DANIEL BALMACEDA



EL CRIMEN DE AÑO NUEVO

NOVELA

DANIEL BALMACEDA

EL CRIMEN DE AÑO NUEVO

SUDAMERICANA

A la doctora Silvia I. de Balmaceda
A la ingeniera química Sofía Balmaceda
Al arquitecto Francisco Balmaceda

TRECE PALABRAS

Júbilo y entusiasmo colmaban el despacho. El aroma de la refrescante horchata se esparcía con los buenos augurios y con los brindis improvisados por los éxitos recientes: la resolución del robo a Los Tres Mosqueteros, algunas capturas concretadas y la recuperación de objetos sustraídos, como el valioso reloj del ministro de Guerra. Fue un momento de distensión que se permitieron el jefe de Policía Marcos Paz, el secretario Enrique García Merou y el asesor letrado Federico Pinedo.

Sin embargo, en un instante, el ruido de las felicitaciones se apagó, y el despacho pareció contener la respiración. Reclinándose en su sillón de cuero verde, el jefe Paz apagó el cigarro con un gesto mecánico. Sobre su escritorio, un sobre sin remitente reclamaba atención. Sus dedos recorrieron la nota con una delicadeza que delataba su curiosidad, pero también una creciente inquietud. La caligrafía, irregular y apresurada, arañaba el papel amarillento, y, al leer las trece palabras, sintió un golpe seco en el pecho. El mensaje anónimo era un escueto resumen de una historia siniestra.

Su mandíbula se tensó, en un intento por contener las frases que se le agolpaban en la garganta. Tragó saliva y, con tono de urgencia, ordenó:

—Cabo, convoque de inmediato al comisario Tobal.

Apretando la nota con una mano, el jefe se levantó y caminó hacia la ventana. Observó el tumulto habitual de la Plaza de la Victoria y el trajinar en las cercanías de la recova vieja. Pero no estaba viendo realmente la ciudad: trataba de procesar lo que había leído. El mensaje insinuaba un crimen escondido a la vista de todos, un misterio que se presentaba como el grave desafío que la naciente Policía de la Capital debía enfrentar.

El cabo anunció que la orden había sido cumplida, pero Paz no respondió. Sus ojos volvieron al papel arrugado que temblaba ligeramente en su mano. Las trece palabras seguían ardiendo en su mente. ¿Podía ser cierto? ¿O era solo una broma cruel de un irresponsable? No podía permitirse dudar. No cuando el reloj ya había empezado a correr hacía tantos días.

PRIMERA PARTE

PROMESA INCUMPLIDA

Tres semanas después de zarpar de Nápoles, los recibió un manto de bruma pesada que envolvía a Buenos Aires. El gris plomizo de aquella desapacible tarde de marzo de 1880 desdibujaba su silueta. La humedad ambiental era sofocante, y traía consigo un revoltijo de olores: peces y musgo, el metal fresco de la lluvia próxima y el aliento agrio del río. Sobre el cielo encapotado, las velas blancas desteñidas de los pescadores se inclinaban al capricho del viento, danzando entre botes y lanchones que, como incansables hormigas, iban y venían desde los barcos recién llegados hasta las carretas.

Depositaban a los viajeros en esos monstruos anfibios de madera, tirados por caballos que chapoteaban con el agua hasta el pecho, y conducidos por criollos de camisa holgada, chaleco y pañuelo al cuello, coronados por un sombrero andaluz que completaba la estampa. El cigarro, apretado entre los dientes, era su inseparable compañero. Apenas concluía el intercambio desde los botes, las carretas comenzaban su avance. Lento. Pesado. Casi solemne. Los cascos se hundían en el fango, que parecía resistirlos. Las ruedas, enormes como molinos, removían el fondo con esfuerzo, trazando estelas pardas que se alargaban y luego se disipaban.

Quince pasajeros, exhaustos y con los rostros marcados por las penurias del viaje, se aferraban con fuerza a los bordes de la carreta. Les habían dicho que un vapor los llevaría a la costa. Sin embargo, el río estaba muy bajo y hubo que emplear el sistema de desembarco de la Primera Clase, aunque sin sus comodidades, ya que viajaban amontonados. El vehículo se tambaleaba, sacudido entre el oleaje y el traqueteo de sus ruedas. Giovanni y Filomena, ceñidos el uno contra el otro, buscaban sostenerse en el vaivén. Cualquier agitación brusca del carretón ponía a prueba no solo el equilibrio, sino también los nervios de quienes soportaban aquel avance errático hacia la playa.

Filomena, con los ojos encendidos de emoción, no podía desatender el espectáculo del puerto. Frente a ella, Buenos Aires se extendía como un mosaico de movimiento y desorden: dos larguísimas chimeneas humeantes, embarcaciones que se balanceaban con el oleaje, carretas pesadas que avanzaban torpemente por la orilla, caballos cubiertos de espuma de río que relinchaban entre las voces humanas, y multitudes que iban y venían apuradas. Giovanni, a su lado, luchaba por mantener la estabilidad y sujetaba su sombrero de fieltro contra las ráfagas de viento fresco que soplaban del este. La carreta los acercaba a su destino, a la tierra prometida donde esperaban forjar un futuro lleno de esperanza.

Giovanni observaba los rostros de sus compañeros de viaje y recordaba el contraste con la escena que habían protagonizado al embarcar en Nápoles. Allá parecían desterrados, obligados a abandonar su mundo conocido. Al dejar atrás el muelle napolitano, caminaban por la cubierta como sombras en pena. Pero al arribar a

Buenos Aires, la transformación era evidente. Todos, y en especial su amada Filomena, alzaban la vista con curiosidad, con los ojos bien abiertos, tratando de absorber, uno a uno, los detalles del nuevo paisaje que se desplegaba ante ellos. El destino que habían imaginado durante tantas noches, el que había tomado forma en sus conversaciones llenas de ilusión, se materializaba ahora ante sus ojos. Nadie en la carreta quería perderse ni un solo destello de aquel momento mágico. Solo se preocupaban de protegerse de las gruesas gotas de agua que salpicaban con cada vuelta de las ruedas.

El precario carruaje se detuvo con un brusco crujido en la playa, junto al cartel que anunciaba: "Muelle de las Catalinas". Giovanni bajó primero, tanteando el suelo resbaloso antes de ofrecerle la mano a Filomena. Ella descendió con movimientos inseguros, mientras cargaba la valija de cuero. A su alrededor, un enjambre de rostros y acentos desconocidos se movía en todas direcciones: hombres con sombreros deformados por el uso, mujeres cargando niños dormidos sobre los hombros, jóvenes empujando carretillas repletas de baúles y cajas. El alboroto era ensordecedor, pero Giovanni y Filomena no lo notaban. Sus ojos, llenos de expectativa, hurgaban con urgencia el gentío.

—¿Lo ves? —preguntó Filomena, ajustándose el chal que llevaba sobre los hombros. Su voz era un hilo apenas audible en el caos que los rodeaba.

Su marido negó con un leve movimiento de cabeza, apretando los labios. Los minutos se estiraban con el peso del desaliento. Giovanni buscaba a su primo, Juan Bautista Sassano, examinando los rostros que pasaban junto a ellos. Filomena, en cambio, se enfocaba en el

horizonte de cuerpos que se amontonaban en la escollera, deseando arrancar con la mirada una figura familiar de aquella marea humana.

Se detuvieron donde comenzaba un terreno de adoquines cubiertos de barro. Giovanni dejó la maleta en el suelo, mientras Filomena se sentaba en el borde de un banco de hierro pintado de azul que miraba al río. Una hora. Una larga hora que transcurrió entre suspiros, miradas furtivas y una creciente sensación de abandono. El primo no aparecía. Entonces, Giovanni se inclinó para recoger la valija. Sus dedos se cerraron en torno a las sogas que la mantenían atada. Habló con determinación:

—Tendremos que ir al Hotel de Inmigrantes.

La joven se encogió de hombros y, al incorporarse, volvió a mirar al muelle, con la esperanza de que Sassano emergiera milagrosamente entre la concurrencia. Pero no fue así. Con la valija al hombro, Giovanni se irguió y avanzó decidido, en el sentido que un changador de camisa azul y cuello punzó le había señalado. Sin ganas, fueron alejándose del muelle, abandonando la ruidosa escollera, inmersos en la bruma que comenzaba a teñir los contornos de la ciudad. La silueta del Hotel de Inmigrantes aún no aparecía en el horizonte, aunque en sus mentes tomaba forma, incierta y lejana. Era un lugar extraño, sí, pero también un refugio, un punto de partida. Filomena se detuvo un instante. Volvió la cabeza hacia el muelle una última vez. En el gris de la bruma quedó suspendida la promesa incumplida. El rostro que nunca apareció.

FILOMENA Y GIOVANNI

Habían cruzado el océano con la promesa del mañana tatuada en el alma. Filomena Magliola y Giovanni San Martín eran como dos barcos recién anclados en el puerto: firmes en su intención de mantenerse a flote, pero aún sacudidos por las olas del viaje.

Filomena, con veinte años, parecía una flor trasplantada en suelo desconocido. Tenía ojos grandes, acentuados por largas pestañas; y tan oscuros como el suelo volcánico de la antigua tierra napolitana. Poseía una belleza discreta, imposible de ocultar incluso bajo las sencillas ropas que había traído. Su pelo, de un castaño oscuro, se desordenaba fácilmente con el viento húmedo de la ciudad. Sin embargo, esos mechones rebeldes no le restaban encanto; por el contrario, había en su desaliño un aire natural que la hacía destacar.

Era una mujer dócil, acostumbrada a los ritmos del campo napolitano, donde las estaciones marcaban el pulso de la vida y los días transcurrían sin sobresaltos. No sabía leer ni escribir, pero dominaba el arte de observar y escuchar, y en sus manos pequeñas y flacas se escondía una ternura infinita, la misma con la que había aprendido a moldear la masa del pan o a consolar a un hermano menor en noches de tormenta.

En Giovanni veía no solo al único hombre que había encendido su pasión, sino también al conductor que seguiría sin cuestionamientos. Cuando él tomaba una decisión —y además le sonreía—, ella la abrazaba como si fuera propia.

Giovanni, diez años mayor, difícilmente llamaba la atención de inmediato. Su rostro, de rasgos comunes, no destacaba ni por su atractivo ni por su fealdad. Aunque el trabajo en los olivares había secado su piel, aún conservaba una frescura juvenil en las líneas de su boca y la firmeza de su mandíbula. Sus ojos marrones, de un tono corriente, estaban siempre atentos, como si buscaran respuestas que rara vez hallaban. Pero había en él una fortaleza que se hacía evidente en los momentos de tensión. Solo se recordaba un leve traspié en su aplomo. Fue cierta vez que afloraron sus celos por un forastero que se acercó a Filomena para preguntarle qué rumbo debía tomar.

Para Giovanni, el horizonte que representaba Buenos Aires encarnaba la idea mágica de "hacerse la América". Esa abstracción era su motor. Filomena, en cambio, sentía que esa agitación la mareaba, aunque al mismo tiempo le provocaba emoción; porque ese caos, tan diferente de las jornadas apacibles en los olivares napolitanos, le prometía algo más. Ella vivía con los pies plantados en el presente, con sueños modestos, limitados por el agobio de cada día. Él soñaba a lo grande; su ambición era el combustible que lo empujaba a avanzar. Estas diferencias, lejos de separarlos, los complementaban. En medio de la agitación de su arribo, de la ausencia del primo que prometió recibirlos, se aferraban mutuamente como si fueran los únicos habitantes de ese nuevo mundo que los embriagaba.

Giovanni la protegía, y Filomena lo seguía, confiada en que él sabría hallar el camino. Sin embargo, en el fondo de sus corazones, donde aún ardía la esperanza que los había traído hasta el Río de la Plata, comenzaba a nacer una emoción nueva y desconcertante: la inquietud.

Ellos representaban el choque entre lo que se deja atrás y lo que está por venir. Lo sabían, aunque no lo dijeran: lo que habían compartido hasta ahora, en los campos de Nápoles y en el viaje, era apenas el prólogo. La vida en Buenos Aires, con su ajetreo incesante y sus riesgos impredecibles, estaba a punto de poner a prueba ese delicado balanceo que los mantenía unidos.

EL ASILO

La tarde iba despidiéndose cuando Giovanni y Filomena treparon la barranca adoquinada que los llevaba al Hotel de Inmigrantes. Percibían un olor indefinido, mezcla de la lejía que empleaban las lavanderas en la costa y el perfume dulce, como de zapallo horneado, que partía de una fábrica de cerveza. La expectativa crecía a medida que se acercaban a la cima, aunque ambos empezaban a sentir el cansancio del día, y del viaje, que pesaba en el cuerpo y en el ánimo.

Llegaron a la reja que circundaba la Plaza San Martín, cuyo nombre, pintado en letras negras sobre un fondo crema, los desconcertó. Bromeaban acerca de que la plaza cuidadosamente arbolada rindiera homenaje al recién llegado. Los dos rieron con ganas. Nada mejor que unas carcajadas para aliviar las tensiones.

Caminaron unos pasos y, finalmente, lo vieron: una estructura circular de madera, oscura y austera, que se erigía en el rincón norte, junto a la plaza. Desde la distancia, parecía un enorme barril olvidado en medio de la ciudad. Giovanni se detuvo en seco, dejando caer la valija. Había imaginado un lugar imponente, un refugio digno de la "tierra prometida". Pero aquello no era un hotel. Era un asilo.

Se acercaron a la entrada, donde un joven de su misma edad, con un uniforme holgado y cara de pocos amigos, los inspeccionó de un vistazo e hizo un gesto para que pasaran. Apenas atravesaron el umbral, la humedad rancia los recibió.

El Hotel de Inmigrantes había perdido el mínimo refinamiento que ostentaba su antecesor, situado en Corrientes y 25 de Mayo. Su ciclo había terminado en 1874 y, tras una breve mudanza a un edificio de Palermo, la Dirección de Migraciones había establecido esta ubicación provisoria, en Retiro, hasta que se terminara el que se construía a pocas cuadras, en De las Artes y Juncal.

Tras registrarlos, previas las preguntas de rigor —nombres, edades, lugar de origen, oficio, si sabían leer y escribir, y adónde pensaban dirigirse después—, les comunicaron que serían alojados en pabellones separados. Filomena abrió los ojos, desconcertada, a la vez que Giovanni apretaba los labios, en un intento por no protestar. Ya habían cruzado el mar en salones dormitorios diferentes, por "cuestiones de moralidad". En el hotel, también esa era la regla. Los hombres dormían en un pabellón al fondo. En cuanto a las mujeres y los niños, eran asignados al salón vecino, más amplio.

Filomena fue a su dormitorio y dejó la valija junto a un rincón de la pared, rodeada de otras maletas, bolsas y cestos de ropa que parecían contener el mundo entero de quienes las habían traído. El bullicio colmaba el espacio: niños llorando, mujeres intercambiando frases rápidas, risas nerviosas matizadas con suspiros largos. Todo era extraño, demasiado ajeno.

Se encaminó al comedor y se detuvo un instante en la entrada para observar las largas mesas de madera repletas de hombres que

hablaban casi a los gritos, agrupados por afinidad. Algunos usaban dialectos italianos que ella reconocía vagamente, otros conversaban en lenguas que jamás había oído, soltando palabras que deambulaban como melodías sin sentido. Había algo inquietante en el parloteo infinito, en aquel movimiento que no parecía detenerse nunca. Pero lo que más llamó su atención fue el olor. Compartió esa sensación con Giovanni cuando se reencontraron. El aroma evocaba las tardes especiales en las que su madre preparaba un guiso de carne y toda la familia se reunía a la mesa. Finalmente, era verdad lo que anunciaban las cartas; aquella correspondencia que cruzaba el océano, donde los que se habían marchado contaban acerca de la "carne *abbondante*" de la Argentina, esa abundancia que sonaba a fábula en su pueblo.

La cuestión del apetito quedó zanjada. Sin embargo, el principal desafío persistía amenazante. Ese hotel no era para quedarse, la estadía no podía superar las cinco noches. Cada día que pasaran allí, sin resolver nada, aumentaría las complicaciones. Necesitaban encontrar a su primo Sassano cuanto antes.

Cuando terminó la comida se despidieron, y Filomena se marchó al pabellón de mujeres. Su catre estaba en un rincón junto a una pared llena de rajaduras, desde donde podía escuchar el viento rascando débilmente la estructura. Se sentó en el borde por un momento, con la espalda encorvada y las manos apoyadas en el regazo, tratando de ignorar la sensación de vacío que le provocaba no tener a Giovanni a su lado, una noche más.

A su alrededor, la conversación de las mujeres la rodeaba sin tregua. Algunas hablaban en susurros rápidos, otras calmaban a niños, y unas pocas se refugiaban en sus pensamientos, con la

mirada perdida en el techo. De vez en cuando, una voz se alzaba para pedir silencio: alguna mujer que claramente tenía un sueño ligero y no toleraba las distracciones. Los sonidos disminuían por un momento, solo para renacer unos minutos después, en un ciclo interminable. Filomena apretó los párpados, tratando de silenciar los ecos del dormitorio y de sus propios pensamientos. Era un desorden que, en un contexto diverso, habría resultado abrumador. Sin embargo, ahí adquiría una cualidad casi familiar. Sentía que todas en aquel gran ambiente compartían un hilo invisible, un deseo común en medio de la incertidumbre. Esa conexión, intangible pero presente, le dio fuerzas. A pesar de la cama rígida y las interrupciones constantes, poco a poco, su respiración se acompasó con ese barullo, y antes de notarlo, su cuerpo comenzó a hundirse en el descanso.

Del otro lado de la pared, Giovanni seguía despierto, con la mirada fija en la penumbra, como si esa primera noche en el hotel fuera un obstáculo que no podría superar. Arrastraba la carga del día, sin embargo sus pensamientos conservaban su efervescencia. La madera húmeda se colaba por las mantas, y el colchón del catre era poco más que un objeto simbólico. A su alrededor, ronquidos, toses y crujidos creaban un fondo irregular que parecía armonizar con su inquietud.

Pensó en Filomena, en cómo la había despedido hacía veinte minutos, separada por la estricta distribución de los pabellones. La responsabilidad, el miedo, todo pesaba. Entonces escuchó las campanas lejanas y las respiraciones profundas de otros hombres. Hasta que el ruido ya no fue un enemigo. Cerró los ojos y permitió que el sueño finalmente lo venciera.

Las horas iniciales en Buenos Aires fueron decepcionantes. Más bien, habían sido una advertencia inquietante de lo que vendría.

DOS MIL CONVENTILLOS

En 1880, Buenos Aires había perdido su antigua quietud.

La ciudad que recibió a la pareja de napolitanos ya contaba con doscientos cincuenta mil habitantes, de los cuales una cuarta parte eran inmigrantes llegados durante la última década. Entre estos predominaban claramente los italianos, especialmente los genoveses, que constituían por amplio margen el grupo más numeroso.

La llegada masiva de extranjeros generó nuevas necesidades: más de dos mil casas de inquilinato ofrecían alojamiento precario a unos cincuenta y cinco mil pensionistas. Todas —salvo un edificio construido específicamente para ese fin— eran antiguas casonas adaptadas para alojar el mayor número posible de inquilinos. Debido a esto, las condiciones de vivienda e higiene eran malas. Ese año, por disposición del gobierno, se ordenó colocar pisos impermeables en las letrinas. Era una época en la que muy pocos conventillos contaban con inodoros, y los baños públicos de las estaciones de ferrocarril solían oler mejor que los de las pensiones.

Para la higiene personal de los habitantes de los conventillos funcionaban establecimientos específicos repartidos por la ciudad. Se pagaba una suma que oscilaba entre veinte centavos y un peso,

según la categoría del lugar, el tipo de ducha —individual o colectiva — y el estado del vestuario.

Los recién llegados veían en Buenos Aires una ciudad en efervescencia. Sus calles ofrecían un espectáculo pocas veces visto, donde los inmigrantes conservaban la moda de sus países de origen, lo que aportaba un colorido heterogéneo y especial. La venta ambulante era cuantiosa y diversa: incluía hueveros, afiladores, fosforeros, panaderos a caballo, vendedores de ajos o pescado, silleteros y naranjeros —estos últimos con un canasto en cada brazo —, además de quienes comercializaban aves para consumo o canarios silbadores. Igualmente, recorrían los barrios el vendedor de carne en carreta, y las fruteras y verduleras que cargaban la mercadería en canastos sobre la cabeza. Otro integrante de la fauna ambulante era el aguatero, con su tonel en el carro tirado por bueyes o caballos. Su agua solía utilizarse para todo, excepto para beber.

Al concierto inagotable de voces pregonando sus productos —cada una con su estilo reconocible— se agregaban las campanadas de las iglesias para anunciar las horas y sus cuartos, los ladridos de innumerables perros vagabundos y el tedioso tronar de las cornetas que ejecutaban los guardas de los tranvías para advertir a los distraídos. El silbato de las locomotoras se incorporaba a la anarquía de los sonidos.

Por otra parte, los extranjeros solían repetir que los trenes argentinos se sacudían demasiado, haciendo que los pasajeros viajaran a los saltos. En los vagones de primera clase, la humareda era notable porque todos fumaban, incluso las mujeres.

Los tranvías y carruajes eran conducidos por pares de caballos. Circulaban junto a los jinetes que, en muchas ocasiones, cabalgaban imprudentemente en zonas donde solo se permitía el trote o el paso.

Alrededor de las cinco de la tarde, el paisaje de los barrios céntricos se enriquecía con la presencia del lechero, en dos versiones: el que llegaba a caballo con tachos y el más requerido, que caminaba con su vaca y el ternero. Cuando las cocineras escuchaban el sonido del cencerro, salían con un balde para proveerse. También se ofrecía leche de mula, con el mismo sistema de ordeñe en el acto.

El paisaje callejero se completaba con personajes como los jovencitos vendedores de diarios y los lustrabotas, el cartero, el vigilante y el changador, siempre listo con su soga al hombro para trasladar un paquete o cumplir un encargo. De igual manera, se multiplicaban los piolines en manos de los niños. En los primeros meses del año, el cielo porteño se llenó de coloridos barriletes de fabricación casera. La moda duró hasta fines de marzo: las autoridades intervinieron debido a los accidentes —algunos leves, otros trágicos— provocados por menores que trepaban a las azoteas para remontarlos. Además, los barriletes dañaban los cables del telégrafo, lo que generó protestas de las compañías.

Una curiosidad para los visitantes era que Buenos Aires carecía del encanto femenino durante las horas del día. Recién al atardecer, calles como Florida, Perú y Esmeralda se poblaban de señoritas que competían en gracia y elegancia. También causaban revuelo en la Plaza de la Victoria, frente a la Catedral. Allí, los caballeros eran abordados por jóvenes de ojos azules o negros penetrantes que, con estudiada coquetería, preguntaban: “¿Cigarros, señor?”. Se trataba

de damas de la alta sociedad que reunían fondos para la caridad con la venta de tabaco.

En contraste, los restantes templos de la ciudad se llenaban de mendigos. Era habitual ver veinte o treinta hombres y mujeres en los atrios, disputándose la limosna de los fieles. El Asilo de Mendigos, construido para dar amparo a quienes vivían en la calle, ya no daba abasto en 1880.

Miles de inmigrantes comenzaron su aventura rioplatense en el Hotel de Inmigrantes y terminaron sus días en el Asilo de Mendigos. De todas maneras, el desánimo no viajaba en el equipaje de Giovanni y Filomena.

FRENTE AL PALACIO MIRÓ

El desayuno llegó con novedades. El mate con leche fue una sorpresa que con el tiempo se ajustaría a su paladar. Además, recibieron advertencias. A la salida del hotel había hombres con carteles ofreciendo empleos. Por lo general, debía darse preferencia a los más antiguos huéspedes del hotel, aquellos a quienes quedaba una noche, a lo sumo dos, de estadía cubierta. Otros carteles ofrecían tentadores alojamientos con cuartos individuales y comodidades a bajos precios. Eran estafadores, más bien ladrones, que se ofrecían a llevar el equipaje de los incautos en su carro, y terminaban desapareciendo con el botín.

Tras el desayuno y las prevenciones, partieron a la Nazionale.

En la Buenos Aires de 1880, las asociaciones de ayuda mutua desempeñaban un papel crucial para los inmigrantes italianos recién llegados. Además de su apoyo clave, reflejaban las divisiones de una comunidad que, aunque compartía orígenes, seguía marcada por las tensiones de Europa. En el centro de estas discrepancias se encontraba la Unione e Benevolenza, fundada en 1858 con un propósito noble: brindar asistencia médica y social a los italianos asentados en los barrios humildes del sur de la ciudad, como La Boca y Barracas. No obstante, con el tiempo, su postura

abiertamente republicana y anticlerical comenzó a suscitar fricciones dentro de la comunidad.

El punto de quiebre llegó en 1861, cuando un sector de sus miembros propuso sumar el escudo real a la bandera tricolor de la asociación y celebrar el cumpleaños del rey como parte de las festividades oficiales. La negativa de la Unione e Benevolenza no solo avivó las tensiones internas, sino que provocó una fractura inevitable. De esa división nació la Nazionale Italiana, una asociación que abrazó los símbolos del Reino de Italia y adoptó una postura marcadamente monárquica. Bajo esa bandera, literal y figurada, la Nazionale se posicionó como una opción más cercana a quienes deseaban mantener viva la conexión con la Italia unificada.

La historia no terminó ahí. Años más tarde, en 1873, una nueva escisión debilitó aún más a la Unione e Benevolenza. Esta vez, fue un grupo de trabajadores quienes, insatisfechos con las prioridades de la asociación, decidieron fundar la Unione Operai Italiani (Unión de Trabajadores Italianos). Su enfoque era más combativo, centrado en la protección de los derechos laborales y en la mejora de las condiciones de vida de los obreros italianos que luchaban por encontrar su lugar en la economía porteña. Así, la comunidad italiana quedó dividida en tres grandes asociaciones, cada una con su identidad y fines particulares.

Para los recién llegados como Giovanni y Filomena, la elección no era fácil. Las tres asociaciones ofrecían diferentes tipos de apoyo, pero durante la travesía en el barco alguien había ponderado la Nazionale Italiana. Aquel comentario fue lo que inclinó la balanza cuando esa mañana dejaron la valija al cuidado del personal del

hotel y salieron a pie, guiados por las indicaciones que les habían dado.

Las calles de Buenos Aires se abrían ante ellos como un laberinto vivo. Habían dejado la efervescencia de la Plaza San Martín, y recorriendo Esmeralda, ahora el barrio se sentía diferente: más estrecho, más íntimo. Surgían casas bajas con balcones de hierro forjado y fachadas repletas de historias que seguramente nadie se molestaría en contar.

A medida que se acercaban, el ambiente cambiaba. Los carros de carga transitaban lentamente las calles, los vendedores ambulantes comenzaban a instalar sus puestos en las esquinas, y el olor a pan fresco se mezclaba con el humo de las chimeneas. Pero para la pareja, el paisaje era apenas un telón de fondo. Se encaminaban al lugar que, ante la ausencia del primo Sassano, debía darles algo más sólido que las promesas vagas que habían traído consigo desde Italia.

Finalmente, se les apareció. La bandera tricolor ondeaba suavemente en el balcón de un edificio en construcción, casi escondido entre las casas circundantes. Y allí, en el centro del paño verde, blanco y rojo, estaba el escudo de armas del Reino de Italia.

Desde el interior del edificio llegaba un coro irregular de voces. Se tomaron de la mano, cruzaron la calle y subieron los escalones hacia la entrada. Aunque la fachada de la Nazionale Italiana se encontraba en remodelación, no bien atravesaron la puerta la pareja se topó con un contraste abrumador: reinaba un orden riguroso que parecía un oasis frente al revoltijo del Hotel de Inmigrantes. Escritorios perfectamente alineados se extendían a lo largo de una sala amplia, donde empleados vestidos con sencillez atendían a los recién

llegados. Los murmullos constantes de preguntas, respuestas y plumas rasgando papeles se acumulaban, junto con el leve olor a tinta.

A su alrededor, las conversaciones parecían girar siempre en torno a lo mismo: datos filiatorios, trabajos perdidos, asistencia escolar, parientes desaparecidos. Ambos —cada uno en su fila: damas y caballeros— respondieron las preguntas y quedaron registrados.

Giovanni consultó por su primo, Juan Bautista Sassano, arribado en 1873. El empleado regresó con un libro añejo de tapa de cuero. El giro de cada página retumbaba como un tambor. Las manos de Giovanni, apoyadas en la mesa, se cerraron lentamente en los puños. ¿Y si no estaba?

¿Y si Sassano se había perdido en el enjambre de la ciudad? Tras lo que pareció una eternidad, el empleado levantó la vista.

—Aquí está —dijo, con una mueca leve—. Folio 105.

Giovanni casi se puso de pie, pero se contuvo. El hombre copió la información en un papel pequeño, escribiendo con precisión: "Juan Sassano, Talcahuano 335". Giovanni tomó el papel con reverencia, y repitió en voz baja la dirección. Cuando cruzó el salón, encontró a Filomena, quien, al verle el brillo en los ojos, no necesitó preguntar.

El trayecto de trece cuadras hasta la calle Talcahuano fue ligero, casi eufórico. Por fin sentían que algo los guiaba, que los pasos tenían un propósito claro. Las calles ahora les resultaban un poco más familiares.

El edificio señalado era sencillo: una pensión con una puerta de madera oscura entreabierta y ventanas protegidas por cortinas grises. El napolitano golpeó con firmeza, ignorando que los inquilinatos siempre estaban abiertos, solo debía entrar. Luego de un

rato, una mujer que cruzaba el patio se acercó. Supo por ella que Sassano no se encontraba. Entonces, optaron por dejarle una nota:

Caro Primo, Filomena y yo hemos llegado ayer. Esperamos verte pronto. Nos alojamos en el Hotel de Inmigrantes, en la Plaza San Martín.

Al salir, contemplaron con asombro la elegancia de una mansión en diagonal al conventillo. No solo los atrajo su tamaño —su superficie era mayor que la del Hotel de Inmigrantes—, sino también sus líneas, tan reconocibles para ellos, y claramente diferentes al resto de las construcciones de la ciudad. En realidad, no sabían su nombre —Palacio Miró— y, equivocadamente, pensaron que era habitado por italianos.

De regreso al hotel, el cansancio volvió a capturarlos. Almorzaron carne y polenta, una comida sencilla que, sin embargo, reconfortó sus cuerpos exhaustos. Podrían haber ido a descansar a sus respectivos dormitorios. Pero conservaban la esperanza de que Sassano llegara en cualquier momento. Por eso, optaron por quedarse en los bancos de madera, junto al mostrador de la entrada. Apoyaron las cabezas el uno en el otro y, sin quererlo, el agotamiento los venció. Se despertaron con la brisa fresca de la tarde. Caminaron por la Plaza San Martín, sin perder de vista la entrada del hotel, dejando que el día se asentara en su memoria: el extraño mate cocido que les sirvieron en el desayuno, la visita a la Nazionale, el mensaje al primo, la mansión de estilo italiano.

La tarde dio paso a la noche, y los veintidós faroles de gas que rodeaban la plaza se encendieron casi al unísono. El hotel los

aguardaba. Tras la cena, volvieron a separarse para dormir. Esta vez, la fatiga era tan grande que no hubo espacio para la inquietud. Ambos se dejaron caer en sus catres y el sueño los transportó a rincones profundos y reparadores. La segunda noche en Buenos Aires era menos impiadosa. Los esperaba un día con grandes novedades.

EL OPTIMISTA DE LAS SILLAS

Juan Bautista Sassano era el rostro cotidiano de esa multitud silenciosa que buscaba rehacer su vida en la Argentina. Era un joven napolitano que, a los 23 años, en 1873, había cruzado el Atlántico tras abandonar Italia, alejándose no solo de la pobreza, sino también de un desencuentro amoroso. Había mantenido una relación incipiente con una joven de un pueblo vecino, pero todo se desmoronó en forma abrupta cuando ella anunció que se casaría con su propio tío, hermano de su madre. Desilusionado, aunque decidido a renacer, Sassano partió hacia lo desconocido.

Su figura resultaba atractiva, no tanto por su belleza física, sino por la personalidad que irradiaba. Su rostro, curtido por el sol tras largas jornadas al aire libre, lucía un espeso bigote que enmarcaba una sonrisa perpetua, reflejo de su inquebrantable optimismo. No era un hombre de proporciones perfectas; sin embargo, poseía un carisma auténtico, un magnetismo especial que trascendía las apariencias.

Arribó a Buenos Aires con una maleta de madera y el corazón roto, aunque lleno de esperanzas. Como tantos otros paisanos, había dejado atrás las penurias de Nápoles para enfrentar las promesas

inciertas del Nuevo Mundo. Entre los italianos, pertenecía a la minoría napolitana, algo que los genoveses no pasaban por alto.

Pronto encontró trabajo como ayudante de cocina en una fonda del barrio de Balvanera. Tras cuatro meses, decidió independizarse. Tomó el oficio de silletero, dedicándose a tejer asientos de mimbre con manos rápidas y precisas, habilidad que había aprendido en su tierra natal. Su madre, que pasaba las tardes haciendo cestas, fue su primera maestra: él observaba atento, memorizando cada movimiento. Los asientos que producía no solo eran resistentes, sino también elegantes. Un amigo paisano se encargaba de ofrecer las sillas —y también fósforos— por las calles.

Cuando no estaba trenzando fibras, colaboraba en obras de albañilería. Sus manos, endurecidas por el esfuerzo, estaban acostumbradas al peso de los ladrillos y a la frialdad de la mezcla que preparaba para su jefe, un gallego emprendedor que había encontrado más clientes de los que podía manejar. Sassano lo admiraba por su habilidad para liderar las obras con autoridad y buen humor, pero también soñaba con tener algún día su propio taller. Sin embargo, aunque era un hombre trabajador y perseverante, a veces buscaba tomar atajos para acelerar las cosas, lo que no siempre resultaba en su favor. Esa amalgama de pragmatismo y cierta impaciencia lo hacía enfrentarse tanto a pequeños fracasos como a aprendizajes convenientes, que iban moldeando su carácter y su forma de ver la vida.

Una de las anécdotas más recordadas de su estancia en Buenos Aires ocurrió en la primavera de 1877. El gallego había aceptado reparar el techo de una vieja pulpería en las afueras de la ciudad. Debido a que Sassano pretendía subir todos los materiales en un

solo viaje, perdió el equilibrio y quedó colgando precariamente de una viga. "¡Madonna mía, esto es peor que lidiar con las mujeres!", gritó, arrancando carcajadas de sus compañeros antes de ser rescatado. Desde entonces, cada vez que lo veían subido a una escalera, alguien rememoraba el incidente, y Juan, lejos de ofenderse, se sumaba a las risas con la alegría que en todo momento lo acompañaba.

Su padre, un campesino humilde, quiso que su hijo progresara. Por ese motivo, pidió al cura del pueblo que le enseñara a Juan Bautista a leer y escribir. Asimismo, le compró algunos libros, sacrificando parte de lo poco que ganaba. El hijo, agradecido, dedicaba horas a la lectura por las noches. Sus obras favoritas eran las novelas de aventuras, aquellas que lo llevaban a lugares lejanos y le permitían olvidar por un momento el cansancio acumulado.

El tiempo le había dado una estabilidad que antes parecía inalcanzable, pero a cambio le había arrebatado algo más valioso: el combustible que alimentaba sus ilusiones. Sassano lo sentía cada vez que volvía a la pensión, donde las mismas voces y los mismos rostros le recordaban que su vida había quedado atrapada en un ciclo interminable.

Había tenido uno o dos romances fugaces, relaciones que le trajeron momentos de pasión, y que se apagaron con la misma rapidez con que surgieron. Aunque breves, esos encuentros a veces lo inquietaban, despertando preguntas sobre si hallaría algo más duradero o si simplemente estaba destinado a una vida de trabajo solitario. A pesar de todo, el napolitano mantenía su carácter optimista, enfrentando las jornadas con paciencia y la habitual sonrisa, aunque esta, a veces, escondiera una melancolía que solo él

conocía. Su figura era un reflejo vivo de la Buenos Aires de finales del siglo XIX: una ciudad de oportunidades, pero también de sacrificios, erigida por manos que no solo levantaban paredes, sino también sueños. Aunque muchas veces quedaran a medio construir.

MAÑANA MISMO SE MUDARÁN

El ruido del salón dormitorio era constante, pero se multiplicaba antes del amanecer. Los ronquidos se sucedían como olas desacompasadas. Una tos insistente parecía arrancarle los pulmones a algún desafortunado. En un rincón, el rechinar de una silla al arrastrarse y un rezo en polaco quebraban la monotonía. Minutos antes de las siete, un leve tirón en el hombro arrancó a Giovanni San Martín de un sueño breve y pesado. Abrió los ojos y se encontró con el panorama que ya empezaba a ser reconocido: el dormitorio del Hotel de Inmigrantes, ese galpón interminable con literas de hierro apiladas como trincheras. La atmósfera se espesaba con el sudor y las exhalaciones del centenar de huéspedes.

Despertaron a Giovanni porque tenía visitas en la recepción. Se calzó a toda prisa, sin preocuparse por tener la camisa bien abotonada ni por estar correctamente peinado. En menos de un minuto atravesó los pasillos hasta la entrada, donde lo esperaba un hombre de piel tostada, con un bigote tupido.

Allí estaba Sassano, que no le dio tiempo a reaccionar, pues lo saludó con los brazos abiertos, como si quisiera abarcar también al vestíbulo en su entusiasmo desbordante. De inmediato se disculpó por no haberlos buscado el día del arribo. La confusión se generó

porque el *Europa*, en vez de atracar en el Muelle de Pasajeros —el principal—, lo había hecho en el de Catalinas, más al norte. Si no fuera por la nota, hubiera continuado pensando que su pariente seguía en altamar.

Por otra parte, le comentó jocosamente que su referencia de la Plaza San Martín lo había desconcertado. En realidad, le explicó, nadie la llamaba de esa manera, sino "Plaza de Retiro". También hablaron de Filomena. Sassano la recordaba, pequeña, jugando en las calles del pueblo. Giovanni le pidió que aguardara media hora para saludarla. Sin embargo, su primo alegó compromisos laborales. De todos modos, se comprometió a gestionar el alojamiento de ellos en su casa —la pensión—, aclarándole que iba a hablar con las parejas del conventillo. Con él no iban a poder estar porque compartía cuarto con dos caballeros. Estaba mal visto que una mujer, por más que estuviera acompañada de su marido, durmiera entre hombres.

Antes de que Giovanni pudiera insistir en retenerlo, Sassano le estrechó el brazo con fuerza y se marchó con paso decidido, perdiéndose entre los madrugadores que deambulaban por la Plaza San Martín.

Giovanni se dirigió al comedor. El gran salón, con largas mesas de madera y bancos, se llenaba poco a poco de huéspedes cuyos semblantes alternaban entre el sueño y la expectativa. En un grupo de mujeres que ingresaban juntas al comedor, divisó a Filomena, con el chal bien ajustado y la mirada curiosa buscando a su marido. Al verlo, avanzó hacia él, y Giovanni se levantó para llamarla con una notable sonrisa. Al enterarse de la novedad, la emoción de Filomena se convirtió en lágrimas.

Ese sábado, libres de su mayor preocupación, decidieron explorar la ciudad. Las calles de Buenos Aires eran un espectáculo abrumador para ellos. Los edificios de hasta cinco plantas, con balcones de hierro y fachadas decoradas, parecían observarlos desde lo alto. Todo les resultaba atractivo o imposible de ignorar. Los aires de Buenos Aires olían distinto a Nápoles. Percibían con claridad un cóctel de guisantes, especias, carbón y basura. También los sonidos se sentían diferentes. Las ruedas de las carretas cantaban su melodía sobre el empedrado, acompañadas por los anuncios de los vendedores ambulantes: napolitano, genovés, toscano, español, francés, y tantos idiomas que flotaban a su alrededor como pájaros exóticos. Se vislumbraron repitiendo esas caminatas mil veces, descubriendo Buenos Aires y sus alrededores. Vencidos por fin, regresaron al hotel al atardecer, con las piernas cansadas y el corazón lleno de expectativas. En el mostrador les entregaron un papel grueso doblado en dos, donde se leía.

Querido primo Giovanni:
Mañana mismo se mudarán. La familia Spaccamonte los espera a las 10 am en Talcahuano 335, y Del Temple. Estoy seguro de que este es el primer paso para algo mejor. Esta noche trabajo hasta tarde, pero pronto podremos charlar tranquilos.
Con afecto,
J. Sassano.

Giovanni y Filomena repasaron el texto mentalmente. Mañana les aguardaba un hogar, y con él, quizás, el comienzo que tanto habían soñado, que tanto anhelaban. Sin embargo, el contenido de aquella

nota ocultaba horizontes impensables. Lejos estaban de entrever que ese primer paso los encaminaba hacia un destino trágico.

LA SIESTA DE LA PASIÓN

Juan Spaccamonte no sabía de descanso. Era un italiano de hombros anchos y manos curtidas, marcadas por el roce constante con las crines y el cáñamo que rellenaban los colchones. En las calles del Barrio Norte lo reconocían por su andar pausado, cargando a menudo un colchón enrollado sobre la espalda, como si fuera un fardo de cosecha. Tenía 37 años. Sin embargo, el sol de la ciudad, implacable, y las largas horas de trabajo habían surcado su rostro con arrugas prematuras. Parecía una década mayor. Había llegado seis años antes desde su pueblo cercano a Nápoles. Dejó atrás la tierra que lo vio crecer, los campos donde trabajó desde niño. Un vapor lo había depositado en Buenos Aires, una urbe extraña, inquieta y estridente. Fue un desafío que supo enfrentar. Acostumbrado a las pocas palabras, llevaba adelante su oficio con la precisión de un cirujano y el hermetismo de quien no necesita la aprobación de nadie.

Conchetta, en cambio, era el corazón que mantenía latiendo su limitado mundo. Menuda, pero de carácter fuerte y lengua afilada, siempre encontraba algo que decir, ya fuera para negociar con los clientes del marido o para reprender a algún inquilino ruidoso de la pensión. Había algo en ella que parecía eterno: quizás la mirada,

siempre alerta, o la forma en que conservaba las manos ocupadas, realizando todo tipo de quehaceres o dibujando flores, su pasatiempo predilecto.

Aunque Buenos Aires también había sido un cambio abrupto para ella, a diferencia de Spaccamonte, aprendió a disfrutar de las ínfimas libertades que ofrecía la ciudad que adoptaron. "No se vive mejor aquí, pero se vive diferente", decía, convencida de que el embrollo porteño no le era tan ajeno como había temido al principio.

Spaccamonte recordaba a Giovanni vagamente. Estaba convencido de que debía ser "el muchacho de las colinas", un adolescente al que había visto alguna vez en su pueblo, trabajando junto a su familia en las tierras de cultivo. Cuando Spaccamonte partió hacia la Argentina, siendo un hombre de más de treinta, Giovanni tenía veinticuatro años. El colchonero no lo había tratado más que en saludos breves al cruzarse en los caminos, pero recordaba el rostro juvenil y la figura delgada de aquel campesino que ahora buscaba un lugar en el mundo tanto como él lo había hecho al llegar a Buenos Aires.

Su querida Conchetta no tardó en expresar sus reservas luego de que Sassano propusiera que Giovanni y Filomena compartieran su cuarto.

—¿Y la intimidad? —había murmurado, apretando los labios a la vez que quitaba el polvo de un biombo desvencijado que por meses permaneció apoyado en la pared.

Sin embargo, no podían ignorar lo evidente: compartir los gastos del alquiler les convenía. Sesenta pesos al mes afectaban las cuentas de Spaccamonte, y la posibilidad de dividir el importe con otra pareja, reduciendo su parte a treinta pesos, era difícil de rechazar. Aun así, Conchetta lo pensó dos veces antes de ceder. "Al menos son

del pueblo", comentó finalmente, dando por zanjado el asunto. Porque si había que soportar la pérdida de intimidad, mejor que fuera con alguien conocido, alguien que hablara su lengua y supiera lo que para ellos significaba "su tierra". Por su parte, Spaccamonte entendía las dificultades que acarreaba desembarcar en una ciudad extraña con las manos vacías, depender de un gesto amable, un sitio en el que comenzar de nuevo. Y aunque no era hombre de caridades, entendía que las oportunidades de hoy podían transformarse en alianzas para mañana.

Giovanni y Filomena llegaron puntuales, cargando la valija con sus pertenencias. Spaccamonte los recibió con un apretón de manos firme, mientras su esposa observaba en silencio. Los rasgos delicados de Filomena y su energía juvenil no pasaron desapercibidos para Conchetta, quien la escrutaba con curiosidad y celos apenas disimulados.

La conversación entre los cuatro fluyó con una naturalidad sorprendente. El mismo dialecto y los recuerdos comunes actuaron como un puente. Sassano llegó poco después, con la jovialidad que lo caracterizaba, inundando el ambiente de relatos.

Filomena siempre pensó que al verlo, lo recordaría. Pero no fue así. Tampoco identificaba a Spaccamonte. Sin embargo, las facciones de Conchetta le resultaban familiares, aunque no lograba ubicarla en el manojo de memorias fragmentadas de su niñez en Italia.

El reloj marcaba el mediodía cuando el olor a tuco de tomate comenzó a impregnar la pensión. Era domingo, el único día en que el movimiento habitual se transformaba en una pausa comunitaria. Después de seis jornadas y media de trabajo, las familias y los inquilinos aprovechaban la media tarde libre para compartir una

comida que parecía unirlos a pesar de las diferencias: pasta hecha a mano, generosa y de tentador aroma, servida en grandes fuentes en el patio común.

Conchetta y Filomena se dirigieron al cuarto de la cocina a leña y la mesa larga cubierta de harina. Allí, las mujeres amasaban tallarines con suma destreza. Conchetta le indicó con un gesto que se sumara a las jóvenes que cortaban tiras de masa mientras ella revolvía el estofado en una olla pesada.

En el patio, los varones, entre los doce y dieciséis años, iban y venían del vecino Mercado Libertad, cargando damajuanas de vino y leña. Un par de niños, sucios de harina, jugaban a perseguirse entre las piernas de los adultos. Spaccamonte se quedó un rato más en el cuarto para terminar de rellenar un colchón que debía entregar el lunes. Sassano, por su parte, decidió aprovechar el tiempo libre para salir a dar una vuelta por el barrio con Giovanni y ponerse al día, pero sin alejarse, ya que el cielo, encapotado, anunciaba lo inevitable.

Al regresar a la pensión, las fuentes de pasta estaban listas y la mesa larga del patio se había llenado de platos, cubiertos desparejos y vasos de vidrio grueso. Las mujeres, cansadas pero sonrientes, sirvieron los tallarines bañados en estofado, acompañados de pan fresco y vino que corría sin restricción.

Giovanni y Filomena se sentaron cerca de Sassano. En cambio, los Spaccamonte ocupaban un extremo de la mesa. La conversación era ruidosa, entremezclando dialectos y risas que resonaban en las paredes del patio.

Al terminar el almuerzo, el colchonero anunció que saldría con su esposa. Las palabras no requerían explicación, pero Conchetta

agregó con tono práctico:

—Que descansen. Les va a hacer falta. Volveremos a las seis.

Para el resto de los pensionistas, era insólito. ¡Spaccamonte se tomaría un recreo! Giovanni y Filomena entendieron el mensaje. Después de casi un mes sin un momento de verdadera intimidad, la ausencia de los Spaccamonte era una invitación.

En el cuarto, el silencio era bienvenido. La tormenta comenzó justo cuando cerraron la puerta. Los relámpagos iluminaron las paredes desnudas. Aun así, el ruido no interrumpió la conexión que buscaban recuperar. Fue un momento sencillo, pero profundo. Un espacio para reencontrarse lejos de las miradas, para aferrarse a su principal sostén: ellos mismos.

Cuando los Spaccamonte regresaron empapados a las seis, Giovanni y Filomena dormían plácidamente, ajenos a la lluvia, a la ciudad y al mundo.

RANCHO, TOLDO, PUCHERO, PONCHO

Entre marzo y abril, las semanas en Buenos Aires pasaban como ráfagas de viento. Las jornadas florecían y se marchitaban sin esperar a nadie. Giovanni, Filomena y Sassano, cada uno a su modo, intentaban superar los retos de una ciudad que prometía mucho más de lo que daba.

Giovanni se ganaba el pan en el puerto de La Boca, donde las aguas del Riachuelo despedían un olor espeso de grasa, pintura fresca y querosén, mezclado con el hedor de la madera putrefacta. Su principal compañero se llamaba Carmelo. Era un florentino de voz gruesa y espalda encorvada, con quien pintaba cascos de barcos mercantes, de lunes a domingo, salvo cuando llovía. Escasa como era, la paga apenas bastaba para el plato del día y la pensión compartida.

Carmelo, sin embargo, se consolaba:

—Al menos acá hay trabajo, que allá en Florencia, el hambre te hacía soñar con manjares que nunca llegaban a la mesa.

Por las noches, Giovanni volvía al hogar con las manos teñidas de rojo y azul, la pintura incrustada hasta en las uñas, pero con la satisfacción de saber que llevaba algo a la mesa. Filomena, en cambio, había descubierto que la ciudad no era amable con las

mujeres que no sabían hacerse entender. Su napolitano sonaba exótico en el mercado, y las señoras la miraban con lástima o desconfianza. Encontró su lugar a la vera del río, trabajando de lavandera. Allí, rodeada de fuentones, jabones de sebo y tendederos improvisados, lavaba la ropa de vecinos del inquilinato y de algún vigilante de ronda que dejaba los pantalones empapados de barro. La mayoría de sus compañeras eran jóvenes italianas atractivas. Aprovechaban la marea baja para sentarse, descalzas y arremangadas, en el fango. Con tenacidad, restregaban, golpeaban y enjuagaban en el agua sucia y fría de abril, que les endurecía las manos. A Filomena no le importaba. Había aprendido a cantar despacio, en voz baja, cuando fregaba los géneros. Era una melodía que la conectaba con Nápoles y con su madre, que solía decirle con entusiasmo: "Mientras cantas, trabajas mejor".

El silletero Sassano, por su parte, se instalaba en el patio del conventillo, bajo la sombra del alero, y trabajaba con paciencia, trenzando el mimbre entre los listones de madera. A veces, el ruido de la calle —carros que transportaban carbón, organilleros tocando alguna melodía familiar— le llegaba como un eco distante, pero él no se inmutaba. La concentración le servía como válvula de escape a las preocupaciones cotidianas.

Los días de abril se agotaron entre el olor a pintura y el ajetreo de la pensión. Para Giovanni y Filomena, la ciudad prometida empezaba a parecerse a una trampa. Por eso, cuando alguien mencionó la cosecha del trigo, no lo dudaron y se subieron a un carro rumbo al campo bonaerense, convocados para un trabajo de dos meses.

Los Spaccamonte quedaron defraudados con los San Martín cuando estos desaparecieron, dejando una deuda de sesenta pesos

por el cuarto que compartían en la pensión. Era un monto que dolía por el orgullo y por el dinero mismo. Pero la vida continuaba. El colchonero, con su paciencia acostumbrada, seguía acomodando la lana con manos ejercitadas y precisas. En cuanto a su esposa, se dedicaba a las tareas del hogar y a las charlas con las vecinas en el patio. De vez en cuando, ya fuera al doblar sábanas o al barrer la galería, se quejaba entre dientes: "Si a mí me dieran la confianza de dejar deudas, ya estaría viviendo como una reina".

De todos modos, más que alguna mirada áspera o comentario suelto, los Spaccamonte no hicieron mucho más que quejarse a Sassano por su mala recomendación. La vida en la pensión continuaba su curso: el ruido de los carros en la calle, el olor picante que emanaba de las ollas al fuego y las idas y venidas de renovados huéspedes que, como los San Martín, también tenían un pie en el campo o en la ingratitud.

A decenas de kilómetros, en el sudoeste de la provincia, Giovanni reafirmaba que la tierra era tan dura como el hierro del puerto; aunque al menos, era una tarea que conocía. Al alba, se encaminaba con quince peones rumbo a los lotes, y esparcía las semillas que se perdían en la profundidad de los surcos. La tarea lo trasladaba a su patria. Allí también trabajaba con los dedos agrietados, pero la cosecha no era de nadie más que de ellos. Ahora, en momentos de gran esfuerzo, recordaba que sería para otros.

Cierta vez que maldijo en voz alta, un vasco con quien cargaba los sacos de semillas le respondió:

—Crees que trabajas para el patrón porque la cosecha es de él, ¿no? Te confundes. Acá, cada grano que entierras, cada gota de

sudor, es para ti y para esa mujer que te espera en la casa. El patrón puede quedarse con el trigo, pero el pan que comes lo ganas tú.

Giovanni hundió el talón en el suelo húmedo, sintiendo la gravedad de las palabras del vasco. Entonces recordó una sentencia campesina que le repetía un tío viejo: "El trabajo nunca es para otro, Giovanni. Lo que siembras con tus manos siempre termina en tu mesa".

El sol pegaba fuerte. De todas maneras, la paga era diaria, y eso bastaba.

Filomena, por su parte, se adaptó al ritmo de vida en el casco de la estancia. Allí, la fragancia de las empanadas horneadas competía con el olor a leña y el calor seco que emanaba de la estufa de hierro fundido. Se encargaba de las tareas domésticas: encender el fuego, limpiar las habitaciones y ayudar a preparar la comida para los peones. La esposa del capataz le enseñó algunas voces criollas (rancho, toldo, puchero, poncho), y Filomena se obligó a repetirlas hasta memorizarlas. Una palabra nueva era una piedra más en el puente que intentaba construir entre ella y ese mundo foráneo. Hablar criollo significaba pertenecer. Y ellos habían decidido que preferían el campo a la ciudad. Más de dos meses. Tal vez, un año, hasta estabilizarse.

Por las noches, la pareja se sentaba bajo el cielo abierto, con las estrellas derramadas como un manto de plata sobre la llanura. Hablaban poco, pero se sentían menos solos. Filomena, con las manos aún marcadas por la jornada, aventuraba tener, algún día, su propia tierra. Y él asentía, mirando el horizonte, con la esperanza de que, por encima de la cosecha y del trabajo para un poderoso, allí les aguardara algo aún invisible pero bueno.

Así fue, hasta que el estallido de la revolución en Buenos Aires los golpeó con fuerza. No pudieron evitar que el daño colateral los alcanzara; y con él, un futuro que jamás hubieran creído posible.

NO SIEMPRE ES EL HOMBRE QUIEN SALVA LA CASA

Se necesitaba sangre para ofrendar a la revolución. Porque la noticia del alzamiento de Carlos Tejedor contra el gobierno nacional llegó con prisa y transformó la calma del campo. Los hombres del patrón abandonaban sus tareas para unirse a las fuerzas que se alzaban contra el presidente Nicolás Avellaneda. El 21 de junio, el enfrentamiento en los Corrales Viejos, junto al Riachuelo, dejó un saldo de tres mil muertos. Ambos bandos necesitaban refuerzos y existían probabilidades concretas de que le entregaran un fusil a Giovanni. Así, la pareja fue arrastrada por la marea del conflicto. El sueño de una vida estable en aquellas tierras bendecidas se desmoronaba ante sus ojos, y no les quedó más remedio que abandonar la estancia y regresar a Buenos Aires.

El enfrentamiento civil había paralizado la economía, y con ella, las posibilidades laborales. Con el poco dinero ahorrado, se vieron forzados a alojarse en un ruinoso conventillo de La Boca. Las condiciones del lugar eran miserables: las paredes estaban manchadas de humedad, y se respiraba sudor y pobreza. Compartían el espacio con gente de vida marginal. Los compadritos merodeaban por las calles, con miradas esquivas y cuchillos

escondidos en la cintura. Pero lo más difícil de soportar era el sentimiento de fracaso que se colaba en todos los rincones del cuarto.

En la penumbra de la habitación sin ventanas, apenas se miraban. Filomena apoyaba la cabeza contra la pared y la frialdad del yeso rugoso recorría su piel. Giovanni, sentado en el borde de la cama, giraba su sombrero entre las manos como si fuera un objeto extraño. Los augurios de prosperidad que los habían atraído a la Argentina se evaporaban. Volver a Italia tampoco era una opción. No contaban con el dinero para comprar los pasajes. Y en caso de que lograran reunirlo, sería suficiente para vivir unos meses en Buenos Aires. Por lo tanto, el regreso no tenía sentido. Transitaban esos callejones sin salida, cuando la propuesta infame de un pensionista que se acercó hasta su cuarto los inquietó. Un portazo decretó el punto final a la indecencia que tramaba. Sin embargo, el hecho transportó a Filomena a las conversaciones de las lavanderas en la playa de Retiro. Mujeres que hablaban de sacrificios que los hombres nunca imaginaban, soluciones que ellas mismas preferían olvidar. "No siempre es el hombre quien salva la casa", había dicho una de ellas con un tono de amargura. Ahora esas palabras regresaban como un eco persistente.

Esa noche fría de julio, la pareja se despabiló conversando, sugiriendo, diciendo y contradiciéndose hasta tarde. Asumieron, con una pena que les dolía, que la decisión estaba tomada. Salvo que no sabían de qué manera manejarse. ¿Acaso debían presentarse ante cualquier madama de Barracas, San Telmo o de la calle Tucumán? Muy a pesar de la vergüenza que significaba para Filomena, resolvieron que al día siguiente acudirían a la única persona en quien

confiaban: el primo Sassano. Seguramente, él podría aconsejarlos, luego de tantos años caminando la ciudad. Habían caído en las redes de la resignación y estaban tocando fondo. El margen de error se hacía cada vez más estrecho. Indefensos y perdidos, se aferraron al hombre de las soluciones.

AQUEL PACTO QUEDÓ SELLADO

El hambre le pisaba los talones. Giovanni necesitaba hablar con Sassano cuanto antes, pero prefería evitar la casa de la calle Talcahuano, donde habían dejado a los Spaccamonte con una deuda pendiente. Por eso, le hizo llegar un mensaje a través de Nicola Rossi, el vendedor de fósforos y sillas. La gestión fue exitosa, y esa misma tarde se encontraron en un bar de la recova vieja para tomar café.

Sassano escuchó con atención mientras Giovanni le exponía su situación y los argumentos que había ensayado. Sin embargo, lo interrumpió con una negativa tajante. Su gesto habitual, afable y comprensivo, se desvaneció cuando declaró que lo que Giovanni proponía no era viable. San Martín, desconcertado, buscó en los ojos de su primo en busca de algún indicio de apoyo.

Sassano, con tono firme, le explicó su plan: a primera hora de la mañana siguiente, regresarían al conventillo de Talcahuano. Él mismo se mudaría con ellos, compartiría la pieza y se haría cargo del alquiler. La solución era temporal, aunque suficiente para salir adelante, al menos por el momento.

Giovanni intentó objetar. La idea de que una pareja y un soltero durmieran en la misma habitación sería mal vista en aquel entorno.

Pero Sassano, con serenidad, le aseguró que, tras siete años viviendo en esa casa, al menos por un tiempo, aceptarían esa condición. Mientras tanto, buscarían trabajo. Sassano se ofreció a acompañar a Filomena a la sede de la Unione e Benevolenza al día siguiente. El primo también abordó el problema de las deudas con el colchonero Spaccamonte. Con esfuerzo, reunirían el dinero necesario para saldar lo que debían. Su plan era claro y sensato, pero Giovanni conocía bien las dificultades que enfrentaría. Había abandonado dos empleos y era una cara habitual en los círculos de ayuda italiana. Volver a la Nazionale o a la Unione e Benevolenza parecía imposible. En un ambiente de supervivencia individual, donde las promesas vacías eran recordadas con rencor, su credibilidad estaba desgastada. Quizás lo mejor era evitar las asociaciones y probar en la entrada del hotel, donde siempre había oferta de trabajos temporales.

Pero después de cinco meses de inestabilidad, ¿cómo justificar su falta de referencias? Para colmo, la revolución de Tejedor no hacía más que reducir las ya escasas oportunidades laborales. Antes de despedirse, Sassano añadió algo más. Al tiempo que dejaba unas monedas sobre la mesa, le pidió a Giovanni que le prometiera algo: no debía revelarle a Filomena el verdadero alcance de su conversación. Sería mejor que creyera que solo habían hablado de las dificultades que enfrentaban.

Giovanni, aunque desconcertado, asintió. Luego estrechó la mano de su primo con firmeza, a la manera tradicional italiana. Aquel pacto quedó sellado: un compromiso silencioso entre ellos para resguardar a Filomena de la vergüenza.

LIBERTAD Y PARAGUAY

La Unione e Benevolenza era un hormiguero en plena efervescencia. El cuchicheo de tantas voces se mezclaba con el rasgueo forzado de las plumas sobre los libros de registro y el seco golpe de los sellos oficiales.

Filomena observaba a Sassano completar la ficha de su solicitud con su caligrafía precisa, mientras la invadía un sentimiento de vergüenza. No solo le incomodaba no saber leer ni escribir ni la lista de habilidades escasas que consignaban, sino también la dependencia del primo de su esposo, un hombre al que apenas conocía. Para ella, Sassano era solo un vago recuerdo de aquel vecino adolescente que alguna vez había cruzado durante su infancia. ¿No habían emigrado a Buenos Aires con Giovanni para construir una vida propia? Sin embargo, en aquel instante, era Sassano quien sostenía su esperanza con mano firme.

A su alrededor, hombres y mujeres se apiñaban frente a una pizarra repleta de ofertas de empleo, que se desvanecían con la fugacidad de un suspiro.

Filomena, consciente de sus limitaciones, intuía que la fortuna no le sería favorable. El pesimismo era su primera opción. Sassano, por el contrario, se mostraba inmune al desaliento que se respiraba en la

sala. Sus ojos oscuros brillaban cuando propuso que visitaran la sede de las Damas de San Vicente de Paul, a solo un par de cuadras del conventillo.

El tiempo no ayudaba. Ese miércoles se contaba entre los más insoportables del invierno, no tanto por el frío, sino por el viento y una lluvia terca que se empecinaban con los peatones. Por eso Sassano decidió que, aunque fueran solo siete cuadras, viajarían en el tranvía de la Anglo-Argentina. A pocos metros de la Unione, en la parada de Corrientes y Suipacha, abordaron el vehículo tirado por dos caballos viejos, cubiertos con una manta mugrienta. Durante el corto trayecto, especularon sobre las perspectivas laborales de Giovanni en la entrada del Hotel de Inmigrantes. Para los dos, la buena condición física era una ventaja. Sin embargo, su carácter impulsivo y su inconstancia le restaban oportunidades y lo llevaban a tomar decisiones equivocadas.

El tranvía chirrió para detenerse en la Plaza Libertad, a cincuenta metros del destino. Al descender, Sassano silbó una *canzonetta*, en un intento de aliviar la tensión. Por un momento, aquella melodía devolvió a Filomena a las alegres calles del pueblo donde se había criado. La feliz evocación se interrumpió en la entrada del edificio.

Los muros blancos, las ventanas enrejadas y la sobriedad arquitectónica irradiaban orden y recogimiento. Filomena, insegura, buscó apoyo en el brazo de Sassano mientras atravesaban el umbral. El vestíbulo que los recibió era amplio, con un suelo de mármol decorado con motivos religiosos y muebles de caoba relucientes, cuya fragancia intensa saturaba el aire. La solemnidad del lugar envolvió a Filomena, reforzando la sensación de que estaría presentando una plegaria más que una solicitud.

Un grupo de mujeres ataviadas con suntuosos trajes negros del local de Madame Vigneau y tocados de encaje, conversaba en voz baja junto a un escritorio. Sus semblantes transmitían serenidad y aplomo. Sassano, con su habitual desparpajo, se presentó como hermano de Filomena y expuso con cortesía la difícil situación que atravesaba.

Las damas escucharon con atención, intercambiando discretas miradas de consentimiento. Una de ellas, cuyos ojos bondadosos revelaban empatía, sonrió a Filomena y le hizo varias preguntas sobre su vida, matrimonio y expectativas en Buenos Aires. La joven se sentía pequeña bajo la observación inquisitiva, aunque amable, de la señora. Parecía juzgarla, pero también comprenderla. Por primera vez en meses sintió que alguien veía algo más que sus sencillas ropas. Profundamente conmovida por la simpatía de la matrona, Filomena respondió con franqueza, dejando traslucir la desesperación que la había llevado hasta allí.

Tras una breve deliberación, la mujer le pidió que regresara al día siguiente, a la misma hora. La sonrisa optimista de la dama llenó a Filomena de esperanza. Salieron de la casa y caminaron en silencio hacia la Plaza Libertad, con la vista al frente y la emoción contenida. Al llegar a la esquina, junto a la obra en construcción de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, Sassano se detuvo y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Filomena, prima, creo que lo hemos logrado. Estoy seguro de que mañana le ofrecerán un empleo. ¿Notó cómo se miraban entre ellas?

—Sí, Juan, comparto su opinión —respondió Filomena, visiblemente conmovida. Ambos se abrazaron, sin que pudiera

establecerse quién había tomado la iniciativa.

En ese instante, Filomena se permitió soltar el peso que cargaba durante meses, y algo en su interior —ese nudo que la oprimía desde que pisó Buenos Aires— empezó a aflojarse.

Al rodearla con sus brazos, Sassano sintió una oleada de ternura y un impulso inexplicable de protegerla. El desapacible 7 de julio dejó de ser un fuerte condimento invernal cuando el calor de ambos cuerpos atravesó todas las barreras imaginadas.

Pronto se separaron, y ese leve resquicio cálido permaneció en el aire, flotando como una inesperada pregunta que aguardaba una respuesta.

USTED ES UN MISERABLE

Tras el abrazo junto a la iglesia en construcción, Filomena y Sassano caminaron hasta el inquilinato. El viento cortaba sus rostros. La lluvia había mojado sus abrigos hasta volverlos pesados. Sassano apretaba el paso y su mirada no se despegaba del suelo. Ninguno de los dos habló; el sonido de sus propias pisadas se mezclaba con el tamborileo del agua sobre los adoquines, y las pulsaciones de ambos en alza. La certeza de que Filomena conseguiría trabajo al día siguiente, gracias a las benefactoras, era muy fuerte.

Llegaron al conventillo. En la entrada, Sassano se quitó el sombrero. Informó a Filomena que la acompañaría solo hasta allí, ya que tenía un asunto pendiente que atender. En ese instante, la figura de Conchetta Spaccamonte emergió desde el interior de la casa. Protegida por una bufanda y un pañuelo, llevaba una bolsa de compras en la mano. Pasó junto a ellos con indiferencia, lanzando un "buenas" escueto, sin siquiera mirarlos, como si fueran invisibles.

Sassano respondió inclinándose para devolver el saludo.

El silletero se despidió de Filomena y se dirigió hacia Callao. La joven napolitana entró a su cuarto. Exhausta, dejó caer el vestido mojado, se arropó en una manta y se desplomó sobre la cama. Sus

párpados se rindieron. Los sonidos de la pensión fueron desdibujándose en su mente. Cuando su respiración se volvió lenta y profunda, el colchón apenas crujió bajo su peso inmóvil. El sueño la atrapó de inmediato.

Mientras tanto, Conchetta Spaccamonte regresaba empapada del Mercado Libertad, cargando la bolsa repleta de verduras y pan envuelto en papel. Entró al conventillo, colocó las compras sobre la mesa de la cocina compartida y se secó con un repasador antes de subir al dormitorio. Allí encontró a su marido, sentado en el banco de siempre, inclinado sobre un colchón que cosía a mano, atravesando el tejido mediante tirones secos y firmes. Conchetta permaneció en el umbral, cruzada de brazos y con la barbilla levantada. Se tomó unos segundos antes de hablar, disfrutando la pausa de quien porta una noticia que espera causar impacto. Spaccamonte, sin quitar la vista del trabajo, preguntó con desgano qué la traía hasta allí y por qué lo interrumpía. Ella se inclinó delicadamente hacia él.

—Vi a la Filomena San Martín. Estaba con Sassano.

Spaccamonte soltó la aguja. Sus labios se tensaron en una línea recta, y los músculos de su mandíbula se movieron al compás de sus dientes apretados con fuerza.

—¿Y el sinvergüenza de Giovanni? —preguntó a la vez que hurgaba por su boina.

Conchetta levantó una mano para detenerlo. Le sugirió que se calmara y que le permitiera averiguar más antes de actuar. Spaccamonte, todavía inquieto, apoyó la boina a un lado y retomó su trabajo con gestos bruscos, maldiciendo en voz baja mientras la aguja continuaba perforando el colchón. “Ya habrá tiempo para

ajustar cuentas", pensó la mujer antes de encaminarse nuevamente hacia la cocina, donde la bolsa de verduras esperaba ser ordenada.

En otro cuarto distante, Filomena despertó por el sonido de una puerta que se abría con más energía de la necesaria. Era Giovanni, quien entró a la habitación mojado de pies a cabeza, pero dueño de un entusiasmo que no le veía en meses, exclamando que había conseguido un empleo. Filomena se incorporó lentamente, tratando de procesar lo que Giovanni le explicaba. Él, sin detenerse, relató que, camino al Hotel de los Inmigrantes, se había cruzado con Carmelo, conocido como "el Fiorentino". Este le había presentado al patrón de una cochería cercana, quien le ofreció comenzar a trabajar al día siguiente. Las condiciones prometían jornadas largas, aunque las propinas eran buenas.

Filomena escuchaba en silencio. Una mueca leve apareció en sus labios, pero no llegó a los ojos. La mención de Carmelo le provocaba una incomodidad que se esforzaba por ocultar. Aquel hombre, que en el pasado había convencido a Giovanni de abandonar su empleo como pintor de barcos, nunca le había inspirado confianza.

De todas maneras, Giovanni interpretó su reacción como una señal de apoyo. La envolvió con fuerza, exclamando lo afortunados que eran de haber encontrado una salida. Filomena permaneció inmóvil en su abrazo, esbozando una sonrisa apenas creíble. Él siguió manifestando su euforia y agradeciendo al primo Sassano por su ayuda. Lo describió como un salvavidas en medio de un naufragio, y se preguntó en voz alta dónde estaría en ese momento.

Antes de que Filomena pudiera responder, golpearon la puerta. Giovanni se levantó rápidamente para abrir. Con alegría y los brazos extendidos, dio la bienvenida a quien esperaba afuera. Sin embargo,

su expresión cambió de inmediato al encontrarse cara a cara con Spaccamonte, cuyo semblante no auguraba nada bueno.

—Usted es un miserable, San Martín —rugió, avanzando—. Se fue sin saldar ni un peso de los dos meses de hospitalidad. Usted, que no tenía dónde caerse muerto, ¿y vuelve como si nada? ¡A vivir con su pareja y otro hombre!

Giovanni retrocedió, buscando palabras que suavizaran la furia del colchonero. Atinó a decir que pensaban ahorrar en el campo y así responder por la deuda, pero la revolución los había dejado en la calle.

—¿Ahorrar usted? Me debe sesenta pesos, San Martín —vociferó Spaccamonte, mientras Giovanni trataba de explicarse.

—Empiezo a trabajar mañana. Filomena también está por conseguir un empleo. En unas semanas le pagaremos…

Spaccamonte lo interrumpió con un gesto tajante.

—Más le vale. Escuche bien. Más le vale que lo haga.

Giró sobre sus talones y salió lanzando furiosamente la puerta. El eco del portazo vibró por unos segundos en las paredes del inquilinato. Luego, como si nada hubiera ocurrido, los sonidos cotidianos volvieron: unos pasos lentos en el patio, el roce de una cuchara raspando el fondo de una olla, una carcajada contenida detrás de una puerta mal cerrada. Afuera, el viento empujaba la lluvia contra las ventanas.

Traspasando los límites del conventillo, Buenos Aires intentaba retomar sus rutinas, pues los focos de la revolución se extinguían. El estado de sitio proseguía, pero los funcionarios nacionales, que en un principio se habían mudado al pueblo de Belgrano, iban regresando al centro. Ese miércoles, 7 de julio, jornada de mal

tiempo, se debatía si los prisioneros de la revuelta serían liberados, si los que habían marchado a combatir recuperarían sus empleos, y cuándo se terminaría de construir el nuevo Hotel de Inmigrantes. Porque los barcos continuaban el incesante desembarco de almas esperanzadas. Esa noche, cuando Sassano ingresó al cuarto, la pareja dormía. Seguramente, soñaban con una definitiva vuelta de página.

NINGUNO LO OLVIDARÍA

Filomena volvió a las Damas de San Vicente de Paul el jueves 8 de julio. La mañana era fresca y despejada; los adoquines aún lucían el brillo húmedo de la lluvia. Caminaba al lado de Sassano, quien, como de costumbre, sostenía el paso firme y la mirada en alto. Giovanni había comenzado a trabajar en la cochería, y Sassano insistió en acompañarla. Al llegar al edificio de la calle Paraguay, Filomena le pidió que esperara afuera. Sassano, con su sombrero bien ajustado, asintió en silencio.

Dentro de la sede, la recibió la misma mujer amable que la había citado el día anterior. Tras un intercambio breve, le fue presentada a la señora de Strassburger, cuyas facciones germanas no estaban en discusión. Esta dama examinó a Filomena con detalle.

—¿Ha cuidado niños? —consultó.

—Desde pequeña. Hermanitos y sobrinos —la respuesta fue directa. La señora de Strassburger asintió, satisfecha.

—Está bien. Empieza pasado mañana, a las ocho.

La alegría de Filomena era imposible de disimular. Agradeció a las mujeres con un gesto cortés. La señora de Strassburger le entregó un sobre con las condiciones del empleo. Filomena lo tomó en momentos en que la dama le preguntaba si había ido sola, sin su

hermano. No estaba bien visto que una joven anduviera por la calle sin la compañía de un pariente o, al menos, una amiga. Filomena aclaró que "su hermano" la aguardaba afuera. Tras la respuesta se saludaron y Filomena salió de la casa, con la alegría dibujada en su rostro. La señora de Strassburger y otras dos damas observaban a la pareja desde una ventana. A distancia prudente de la entrada, le pidió a Sassano que le leyera el contenido de la nota. Era un mensaje escueto. Con letras góticas negras anunciaba: "Lima 406, frente al Mercado Independencia. Sueldo: 220 pesos". Sassano levantó la mirada, incrédulo. Ni en sus sueños más optimistas habrían imaginado semejante oportunidad.

Sin necesidad de más palabras, ambos iniciaron el camino en el mismo sentido que el día previo. Pero esta vez, el trayecto ofrecía mejores perspectivas. El cielo se había despejado por completo, y el viento, que la mañana anterior había sido implacable, ahora soplaba suave, acariciándoles el rostro. El suelo húmedo brillaba bajo el sol tímido del invierno. Al llegar a la construcción de la iglesia, en diagonal a la Plaza Libertad, Sassano se detuvo.

—La felicito, Filomena —dijo, con un tono que apenas lograba contener la emoción.

Antes de que ella pudiera responder, él la abrazó. El tiempo perdió su lógica en esos dos o tres segundos. Retomaron el paso. Ninguno mencionó el abrazo. Ninguno lo olvidaría.

FERIADO A SOLAS

Los latidos no mentían. Desde el 8 de julio de 1880, Filomena Magliola y Juan Bautista Sassano sintieron que algo invisible los unía: una cuerda tensa que ninguno se atrevía a tocar. No lo dijeron, ni con palabras ni con gestos, pero en el roce de sus miradas había un eco de lo que callaban. Ninguno estaba seguro de que las sombras en los ojos del otro fueran reflejos del mismo fuego. Por eso prefirieron el silencio, y que sus corazones latieran al compás que solo ellos, cada uno por su parte, pudieran escuchar.

Al día siguiente, el feriado patrio otorgó una pausa en muchas actividades, pero la ciudad no respiraba celebración. La sangre derramada durante la revolución seguía fresca en la memoria colectiva, oscureciendo los ánimos. Era un feriado nacional. Giovanni San Martín, sin embargo, no tendría descanso. Las obligaciones de la cochería lo mantendrían ocupado con la mayor demanda del día particular: familias que rentaban carruajes para paseos u otros que los solicitaban para asistir a los actos protocolares, por más que aquel 9 de julio solo habría un Tedéum en la Catedral, un encuentro solemne en un ámbito específico.

Giovanni insistió en que su primo Sassano llevara a Filomena a la Plaza de la Victoria. “Le hará bien”, dijo. La joven había aceptado

con un ligero titubeo, sin saber si lo hacía por cortesía o por un deseo que no podía nombrar. Sassano tampoco mostró entusiasmo, aunque, en el fondo, sentía lo mismo: un impulso inconfesable de estar cerca de Filomena.

La salida por el centro tuvo el insípido condimento de palabras sin peso y conversaciones poco comprometidas, temas vacíos de profundidad o pequeños comentarios para llenar el aire. Solo unas pocas risas forzadas matizaron el intercambio. Ambos tenían miedo de que algo, en cualquier momento, rompiera la frágil consistencia que mantenían.

En la plaza, observaron la torre del Cabildo, demasiado alta y con un hueco donde debía estar el reloj. Visitaron la Catedral tras la Misa de Gracias y acudieron al mausoleo del general José de San Martín, cuyos restos habían sido repatriados apenas unas semanas antes. Sassano relató los pormenores de aquella jornada histórica: el arribo del féretro a las costas de Retiro, la ceremonia en la Plaza San Martín, bajo la sombra imponente de su monumento —vecino al Hotel de Inmigrantes—, y finalmente, el solemne traslado a la Catedral. Su voz pausada y narrativa acorralaba a Filomena, quien, sin mover un músculo, saboreaba en silencio el placer de escuchar a alguien que le abría mundos. Y así, la Buenos Aires que tanto la había intimidado se volvía más confortable.

Pero aquel sueño era finito. La realidad aguardaba a diez cuadras de distancia, en la calle Piedad, donde Giovanni completaba su segunda jornada laboral. El fresco del atardecer no los disuadió de cubrir el trayecto a pie. Para Giovanni, la alegría y la sorpresa de verlos llegar fueron palpables.

Sassano, con discreción, se excusó de acompañarlos hasta la pensión, prometiendo regresar pasada la medianoche.

La pareja mató el hambre con una fugazza al paso y luego se refugió en el cuarto. Esa noche tuvo un sabor a despedida: al día siguiente, Filomena se mudaría a la casa de los alemanes para comenzar un trabajo cuyos días francos desconocía. El matrimonio vivió un último momento de intimidad, sin saber cuándo volverían a verse. Esa era, precisamente, la pregunta que daba vueltas en la cabeza de Filomena, aunque no de la manera que imaginaba su esposo.

La cuerda tensa seguía sin romperse.

PRETZELS Y *CHRISTSTOLLENS*

Su nombre era Ferdinand, pero hasta su mujer lo llamaba por el apellido, Strassburger. Era un hombre reservado de cuarenta años, que dirigía una panadería en la planta baja de la casa que alquilaba en la calle Lima, un sector de Buenos Aires donde antiguas residencias comenzaban a ceder paso a la agitación comercial y al trajín de una ciudad en transformación. Su porte erguido, el orden impecable de su vestimenta y su forma precisa de hablar delataban la educación y el rigor propios de su origen alemán. Ferdinand era disciplinado y meticuloso, cualidades que lo convertían en un líder eficiente tanto en su negocio como en su hogar. Aunque no era hombre de largos discursos, su dedicación a la familia y al trabajo era incuestionable. Su mente práctica parecía siempre enfocada en el progreso, lo que había permitido a los Strassburger asentarse cómodamente en la ciudad.

Dora Strassburger, de 32 años, complementaba a la perfección el carácter metódico de su esposo. Participaba activamente en la panadería, colaborando en las tareas diarias con destreza y eficiencia, mientras se ocupaba también de la crianza de sus hijos: Elena, de 4 años, y Fernando, de 2, ambos nacidos en Buenos Aires. De carácter cálido y mesurado, Dora —que prefería ser llamada "la

señora Strassburger”— lograba equilibrar con maestría las exigencias del negocio y las responsabilidades del hogar, convirtiéndose en el verdadero soporte emocional de la familia. Se había casado en Alemania con Ferdinand en 1871, y juntos habían construido una vida marcada por el esfuerzo compartido y la colaboración mutua. A pesar de las múltiples obligaciones que ocupaban sus días, siempre encontraba momentos para inculcar en sus hijos los valores de su cultura germana, como el orden, la disciplina y las tradiciones protestantes que daban forma a su identidad.

El hogar de los Strassburger, decorado con sencillez y pequeños detalles europeos, transmitía una sensación de estabilidad. El aire con aroma a pan recién horneado se entremezclaba con el ruido sutil del reloj de péndulo que marcaba las horas, creando un ambiente que parecía inmune al revuelo de la ciudad exterior. La panadería, destacada por sus pretzels y los tradicionales *Christstollens* que preparaban en las fiestas de fin de año, atraía a otros inmigrantes alemanes y también a vecinos porteños que valoraban la calidad de sus productos. Con esfuerzo y dedicación, la familia había logrado convertir su negocio en un punto de encuentro discreto y acogedor para la comunidad germana.

El 10 de julio, Filomena llegó a la puerta de los Strassburger para comenzar su nuevo empleo. La joven, acostumbrada a la vida rural, quedó impresionada por la pulcritud y el orden que reinaban en aquella casa. Ferdinand y Dora se comportaban con un respeto mutuo que hablaba de una relación equilibrada, casi profesional, mientras los niños jugaban cerca bajo la atenta contemplación de su madre. Aunque el ritmo de la casa era muy distinto al que ella

conocía, Filomena intuyó que su lugar en esa familia sería claro y ordenado, como todo lo demás en la vida de los Strassburger.

El idioma común entre Filomena y la familia era el español, aunque no pocas veces las palabras quedaban cortas frente a las señas. Especialmente con la señora Strassburger, quien tenía una manera inconfundible de marcar defectos. Un dedo alzándose apenas, una ceja arqueada o un suspiro breve bastaban para indicar imperfecciones en la limpieza que, a sus ojos, requerían inmediata corrección. Filomena intentaba adaptarse a ese nuevo entorno, esforzándose en cada tarea. Sin embargo, había algo que no podía controlar: la sensación de vacío que la oprimía.

Solo habían pasado dos días desde su llegada, pero la joven napolitana ya sentía una punzada constante de angustia. Extrañaba con cada fibra de su ser a Sassano, su risa, su presencia, el modo en que todo parecía cobrar sentido cuando él estaba cerca. Más que eso, sentía el peso de lo no dicho, de las palabras que había callado antes de partir. Ahora, lejos de Giovanni y de Sassano, todas sus dudas se habían disipado: lo que la consumía no era el miedo ni la incertidumbre, sino la certeza de que necesitaba verlo de nuevo.

La oportunidad llegó, como suelen hacerlo los giros del destino, de la manera más inesperada. Durante su segundo día en la casa, Dora notó algo que la dejó perpleja: la joven no era buena cocinera. Sus limitaciones frente a las ollas resultaron evidentes.

—Vamos a necesitar una cocinera —dijo la señora Strassburger finalmente, con tono firme—. Y tú tendrás que compartir el cuarto con ella.

Filomena asintió, con un leve nudo en la garganta. La noticia no le preocupó tanto como la pregunta que vino después.

—¿Conoces en tu pensión a alguien de confianza que pueda cocinar para nosotros?

Filomena levantó la mirada. Durante un breve instante, las palabras quedaron atrapadas en su mente, pero su corazón latía con una claridad que no ofrecía dudas. Respondió con calma:

—Mi hermano Juan. Fue ayudante de cocina. Él podría venir.

ENTRE EL TEMOR Y EL DESEO

La señora de Strassburger llegó a Talcahuano 335 a media tarde, tal como le había indicado Filomena. Frente a la modesta vivienda, sus ojos recorrieron el patio, donde algunos hombres trabajaban concentrados. No le costó identificar a Sassano. Lo reconoció enseguida gracias a las señas proporcionadas por su empleada: sombrero chambergo, bigote corto y la labor precisa de ensamblar sillas. Pero, sobre todo, lo recordaba por haberlo visto tras la ventana el día que le presentaron a Filomena en la entrada del edificio de las Damas de San Vicente de Paul.

—¿Usted es Juan? Filomena, su hermana, lo recomendó porque necesitamos un cocinero en casa.

Sassano dejó el trabajo por un momento y, tras limpiarse las manos con un paño, mantuvo una sonrisa cortés mientras asentía, sin corregir el error.

La breve conversación que siguió fue suficiente para cerrar el trato: Sassano sería el nuevo cocinero de la familia Strassburger, con un sueldo de cuatrocientos pesos, alojamiento y comida. Satisfecha, la señora regresó a la calle Lima, convencida de haber resuelto eficazmente el problema de la cocina, sin imaginar que había sido víctima de un embuste.

El 16 de julio, Sassano llegó a la casa de los alemanes con una pequeña valija que contenía algunas pertenencias. Para Ferdinand, su presencia representaba un alivio práctico; Dora celebraba la posibilidad de delegar tareas en manos competentes. Sin embargo, para Filomena, el reencuentro a partir de una mentira cuidadosamente construida era mucho más que eso.

Aquella presencia despertaba un torbellino de emociones que había intentado reprimir. Su corazón, atrapado entre el temor y el deseo, latía con fuerza cada vez que lo veía recorrer los pasillos.

Giovanni, mientras tanto, recibió la noticia con entusiasmo. Por fin, los tres tenían trabajos estables, un lujo del que pocos inmigrantes podían jactarse. Ignoraba, sin embargo, el secreto que unía a su esposa con Sassano. No sabía que la familia alemana creía que eran hermanos, ni sospechaba lo que comenzaba a gestarse en los rincones de aquella casa aparentemente tan ordenada.

Esa noche, la primera de Sassano en la casa, fue el punto de inflexión. La quietud reinaba en el hogar; los niños dormían, y Ferdinand y Dora se habían retirado temprano, agotados tras la jornada en la panadería.

En el pequeño cuarto que compartían los napolitanos, el silencio era abrumador. La habitación, modesta pero funcional, tenía un catre para cada uno y una mesa simple con dos sillas. La cercanía física, justificada por su supuesto parentesco, hacía insoportable la tensión latente.

Sassano se sentó al borde de su cama y comenzó a revisar su valija. La luz del mechero sobre la mesa proyectaba formas danzantes en las paredes. Filomena, tumbada en su catre, cerró los ojos, intentando obligarse a dormir. Pero el ruido de su propia

respiración, amplificado por la quietud, la mantenía expectante. Incapaz de resistir más, se incorporó. Sassano la siguió con la mirada al verla sentarse al borde de la cama. Ella, sin embargo, evitó sus ojos, concentrándose en las sombras que los rodeaban.

Por un instante, ninguno dijo nada. No hacía falta. La distancia entre ellos era mínima, pero la verdad que los unía parecía abrir un abismo insalvable.

Fue Filomena quien rompió el hechizo. Se levantó de su cama y se sentó junto a él. El leve roce de sus brazos transformó el silencio en algo diferente. Sassano dejó escapar un suspiro, y cuando ella alzó la mirada, sus ojos se encontraron. En ese instante, lo inevitable ocurrió. La mano de Sassano se elevó, suspendida por un segundo antes de acariciar suavemente el rostro de Filomena. No hubo palabras. El beso que siguió fue tímido al principio, pero pronto se volvió más profundo, más urgente.

Esa noche, en la penumbra, el muro que los separaba finalmente cayó. Las emociones reprimidas durante ocho días encontraron su cauce en el silencio del cuarto. No hubo explicaciones ni promesas, solo gestos y miradas que decían más de lo que cualquier palabra podía expresar. Al amanecer, ambos sabían que no había marcha atrás. Lo que había nacido en la oscuridad debía permanecer oculto bajo la luz del día.

Cuando la casa despertó, la rutina cotidiana retomó su lugar. Sassano volvió a sus tareas y Filomena a las suyas, pero entre ellos algo había cambiado definitivamente. Ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a lo que había surgido en esa noche a media luz, sin importar las consecuencias.

MERCADO INDEPENDENCIA

Para Filomena, cada día en la casa de los Strassburger se había convertido en un largo compás de espera hasta que llegara la noche. La improvisada luna de miel en el cuarto de los dos catres había transformado la rutina diaria en un trámite soportable, sabiendo que al final del día dormiría con Sassano. Esa expectativa bastaba para ella, pero él encontró una nueva oportunidad para estar más tiempo juntos.

Frente a la casa se alzaba el Mercado Independencia, donde Sassano acudía cada mañana a comprar los insumos necesarios para la cocina. No había pasado una semana desde que había comenzado a trabajar con la familia alemana cuando propuso a la señora Strassburger que permitiera a Filomena acompañarlo. El argumento fue convincente: ella podría aprender a elegir carne, huevos, frutas y verduras, dando sus primeros pasos en el mundo de la gastronomía. Doña Dora, siempre práctica, aprobó la idea, y el mercado se convirtió en el escenario de besos furtivos, abrazos robados y caricias que escapaban a los límites del reducido cuarto de servicio. Las raíces de su amor se hundieron profundamente. Se habían elegido el uno al otro para siempre. Pero esa dicha estaba incompleta. Giovanni, el esposo de Filomena, era un obstáculo

silencioso que acechaba su felicidad. Si se enteraba de lo que ocurría tras sus espaldas, las consecuencias serían impredecibles. Por eso, ambos evitaban mencionar el problema, como si el silencio pudiera resolverlo. Hasta que una noche, tras el frenesí de la pasión, Filomena rompió el tabú.

—Lo que daría porque tu primo volviera a Nápoles… o se fuera con otra mujer —murmuró. Sassano respondió abrazándola con más fuerza. Los dos temían las consecuencias de su amor clandestino. Giovanni era de temperamento sanguíneo, aunque no lo había demostrado con Filomena. Salvo una vez, en Nápoles, había reaccionado cuando un forastero se acercó a su prometida en busca de ayuda. Aquella historia había quedado sepultada en el pasado.

En sus días francos, viajaban juntos en tranvía hasta la pensión de Talcahuano, pero al llegar, se separaban. Filomena iba con Giovanni, mientras Sassano prefería mantenerse apartado. La excepción era el almuerzo dominical. Durante esas comidas, compartidas con la rencorosa familia Spaccamonte y el resto de los inquilinos, Giovanni, ajeno a lo que sucedía, se quejaba de su trabajo en la cochería y fantaseaba con la idea de asociarse con Sassano en algún negocio. Tras el almuerzo, las horas restantes del día libre transcurrían en separación —la pareja por un lado, el primo por el otro— hasta que, al caer la noche, volvían a encontrarse en el conventillo. Al día siguiente, Filomena y Sassano regresaban a la casa de la calle Lima y el ciclo volvía a empezar.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, menos querían separarse. Pero fue un pequeño descuido lo que desarmó el liviano andamiaje que habían construido.

El sábado 8 de agosto, Ferdinand Strassburger advirtió que quedaba canela para uno o dos días, un ingrediente esencial para sus renombrados pretzels. Enterado de que los "hermanos" ya habían cruzado al Mercado Independencia, decidió acercarse para pedirles que incluyeran una bolsa de la especia en el pedido. Al atravesar uno de los pasillos en su búsqueda, sus ojos tropezaron con una escena que lo dejó inmóvil: Sassano abrazaba a Filomena, besándole el cuello con ternura.

Ferdinand abrió y cerró los ojos varias veces, como si intentara convencerse de que se trataba de un error. Pero no lo era. Sin mediar palabra, regresó a la casa y relató a Dora lo sucedido. La decisión fue inmediata: esa misma tarde le comunicaron a Sassano que no debía presentarse el lunes. Le pagaron por los ocho días del mes, y tras reunir sus pertenencias en la maleta, abandonó la casa bajo la mirada desconsolada de Filomena.

Sassano la esperó durante dos horas en la calle Salta. Cuando finalmente ella salió, tomaron juntos el tranvía, ambos golpeados por la noticia. Al llegar a la pensión, Giovanni los recibió con desconcierto. Aunque le informaron del despido de Sassano, guardaron silencio sobre la verdadera causa.

El lunes 10 de agosto, Filomena no fue a trabajar por primera vez. Se presentó al día siguiente, pero fue reprendida por la señora Strassburger. Tres días después, renunció. La frialdad del solitario cuarto que días antes había sido un refugio de amor terminó por decidirla. Para los alemanes, su partida fue una tranquilidad; se sintieron defraudados, pero también aliviados de haber eliminado un problema que alteraba la armonía de su hogar.

A partir de entonces, la ansiada intimidad entre Filomena y Sassano quedó severamente afectada. La pensión de Talcahuano ofrecía pocas oportunidades para la privacidad que tanto anhelaban, y la sombra de Giovanni se proyectaba cada vez más sobre su relación.

CON UN TUTEO IMPROPIO

A pesar de la breve estancia de Filomena y Sassano en lo de los Strassburger, el balance económico fue innegablemente positivo. Más aún, considerando que Giovanni, con su magro salario y las ocasionales propinas de la cochería, también aportaba al presupuesto familiar. Este breve período de bonanza les permitió dar un salto en la calidad de vida que hacía tiempo anhelaban. Por primera vez en meses, los San Martín se deshicieron de los camastros que habían soportado mucho más de lo debido. En su lugar, adquirieron una cama de hierro usada, acompañada de un elástico que, aunque gastado, resultaba un lujo comparado con su antiguo mobiliario. A este avance se sumó un colchón de lana, conseguido con alguna dificultad, pues decidieron evitar cualquier trato con Juan Spaccamonte, el colchonero de la pensión. La enemistad entre Giovanni y Spaccamonte seguía en pie, alimentada por la manera brusca con que se había exigido el pago de la deuda pendiente. Aunque Giovanni disponía de los sesenta pesos necesarios para saldarla, eligió no hacerlo, aferrándose al orgullo antes que al deber.

Las tensiones masculinas, sin embargo, no contaminaban las relaciones entre las mujeres. Filomena y Conchetta no se plegaban a

las disputas de sus maridos y mantenían un trato cordial. Se saludaban con cortesía y compartían las tareas comunitarias en la cocina, donde sus conversaciones cotidianas tejían un lazo flojo pero funcional, capaz de resistir el desgaste de la convivencia.

Por su parte, Sassano también mejoró su situación gracias al dinero ganado como cocinero. Renovó parte de su vestuario: una camisa blanca de algodón, otra más sencilla de lienzo oscuro y un pañuelo de hilo que llevaba doblado con cuidado en el bolsillo. Y no se limitó a lo esencial. Compró una navaja de afeitar con cabo de búfalo, un reloj de cadena de plata que lucía como símbolo de progreso; otro reloj, pero de pared; una pequeña cartera de cuero para guardar correspondencia y una frazada que aportaba calidez a las noches frías de la pensión.

El alivio económico trajo consigo ciertos ajustes en la rutina laboral. A mediados de agosto, Sassano retomó su oficio original, la fabricación de sillas. Filomena, por su parte, consiguió un empleo temporal de diez días en la fábrica de pomos de Arturo Gerding, situada en Lavalle y Talcahuano. Estos pequeños envases, imprescindibles para cremas y perfumes, gozaban de alta demanda, especialmente durante los carnavales, cuando servían tanto de accesorios de tocador como para bromas festivas.

Giovanni, en tanto, empezaba a mostrar las grietas de su carácter. Embriagado por la relativa estabilidad económica, faltó a su trabajo en dos ocasiones, alegando las bajas temperaturas. Su conducta estaba a punto de agotar la paciencia del dueño de la cochería, pero Giovanni restaba importancia al riesgo que corría su empleo.

Con la llegada de septiembre, las vidas de los tres dieron renovados giros. Sassano continuaba trabajando como silletero,

mientras Filomena asumía tareas de limpieza en el estudio del doctor en leyes Marcelino Aguirre y sus hijos, Juan Pedro, también abogado, y Eduardo, ingeniero civil que, por esos días y con tan solo 23 años, además de dictar clases de Geología en la universidad, comenzaba a trazar los bocetos del penal de Sierra Chica.

Los días transcurrían en una débil inercia, pero la presión de las circunstancias se topó con su punto de quiebre cuando Giovanni, incómodo con la falta de intimidad con su esposa, decidió actuar. Insistió en mudarse a un pequeño cuarto, inmediato al que venían compartiendo con el silletero. Este cambio de orden práctico no solo redistribuyó el espacio físico, sino también alteró las tensiones sentimentales. La llegada de un nuevo inquilino al cuarto de Sassano redujo aún más las oportunidades de encuentros clandestinos con Filomena.

Durante este período, los amantes se vieron pocas veces. Los acercamientos, ya de por sí arriesgados, se volvieron fugaces y tensos, marcados por la constante amenaza de ser descubiertos. Pero lo que verdaderamente los distanciaba no eran solo las paredes ni los ojos vigilantes de los vecinos, sino la maraña de mentiras que cada día se volvía más pesada de sostener. Cada roce accidental y cada mirada disimulada alimentaban una pasión que ya no ofrecía salida, y lo que antes había sido un refugio se había transformado en una carga.

El cuarto pequeño, con sus muros delgados y los ecos de pasos siempre presentes, se convirtió en testigo mudo de un amor que luchaba por sobrevivir. Sassano, atrapado entre el deseo y la resignación, regresaba cada noche a una cama fría, mientras Filomena, con una dosis de culpa y otra de nostalgia por las noches

en la calle Lima, se preguntaba cuánto tiempo más podrían sostener aquel secreto.

De esta manera, en medio del endeble límite que separaba la pasión del peligro, los días seguían su curso, dejando tras de sí un rastro de momentos fugaces y sublimes que no podían perdurar. La delicada estabilidad comenzó a tambalearse cuando Giovanni, sin ser plenamente consciente, empezó a notar lo que siempre había estado ante sus ojos.

Primero fueron pequeños gestos: la forma en que Filomena desviaba la mirada cuando Sassano hablaba, una leve tensión en sus manos cuando estaban los tres en el mismo espacio. Después, fue algo más evidente. Una noche que compartían la cena en la pensión, Giovanni notó que el ánimo de su esposa fluctuaba según quién estuviera presente. Era radiante y despreocupada si estaban solos, pero en cuanto Sassano se acercaba, un nerviosismo sutil la invadía.

El golpe final llegó una tarde, cuando Giovanni participaba de una conversación junto a ellos. En un descuido, Sassano se dirigió a Filomena con un tuteo impropio, una cercanía que no tenía lugar entre ellos. Giovanni no dijo nada, pero sus ojos lo delataron: algo en su interior se había roto.

Esa noche, sentado en su cama, el silencio fue más pesado de lo habitual. El reloj de pared vecino, la adquisición de su primo, retumbaba como nunca lo había hecho. Mientras Filomena se movía por la habitación fingiendo que nada había pasado, Giovanni la observó con detenimiento. Solamente veía un rompecabezas incompleto. Había algo que no lograba entender del todo, pero que, en el fondo, ya sabía.

Y así, con un atisbo de sospecha dando vueltas en su mente, Giovanni se propuso estar alerta.

LAS COPAS DE LECHE

Un cielo despejado y un sol cálido anunciaron la primavera antes de tiempo. La ciudad se llenó de vida el 19 de septiembre, y en las calles se multiplicaron sombreros ranchos y sombrillas que intentaban atenuar la intensidad de los rayos. Miles de visitantes se dirigieron —a pie, en transporte público o privado— al Parque 3 de Febrero, el pulmón verde de Buenos Aires, ubicado tres kilómetros al norte del centro.

Filomena, Giovanni y Sassano viajaron en uno de los tantos tranvías abarrotados por la avenida Santa Fe, hasta los portones de Palermo. El trayecto no estuvo exento de peculiaridades: algunas casas lucían banderas italianas anticipando la conmemoración del décimo aniversario de la entrada de las tropas reales en Roma, evento que marcó la unificación de Italia. Además, varios tranvías habían retirado sus lonas, dejando a los pasajeros expuestos al aire primaveral, mientras algunos caballos que tiraban de los vagones llevaban sombreros chambergos acondicionados con aberturas para sus orejas.

El característico traqueteo del tranvía los dejó frente al monumental arco que señalaba el inicio de la avenida Sarmiento. Los portones estaban abiertos. Ante ellos se desplegaba un ancho

sendero de cuarenta metros que conducía al río, flanqueado por plátanos dispuestos simétricamente, que ofrecían una sombra generosa, algo que no ocurría luego, pues al avanzar era el turno de las palmeras, que no se habían desarrollado como se había proyectado, y dejaban a los paseantes expuestos al resplandor implacable del sol.

El trío eligió la vereda norte, junto a la reja de la Sociedad Rural Argentina, donde el aroma a tierra húmeda y flores frescas se mezclaba con las emanaciones del cuero y la fetidez de la bosta. En el centro de la avenida, un desfile de seiscientos carruajes rompía el silencio con un caos orquestado de sus engranajes, los relinchos y la voz de los aurigas, matizados con estruendos provenientes del Gun Club, adyacente a la vereda sur.

Durante el trayecto, Giovanni se valió de su experiencia profesional y enumeraba los distintos tipos de carruajes que pasaban a su lado: landós descubiertos, cupés, *breaks* de paseo para jóvenes y, por supuesto, las victorias, que dominaban la escena con su elegancia. Los caballos alazanes brillaban bajo la luz del día, impecables y lustrosos, equiparándose a las galeras de media caña que lucían los cocheros. De vez en cuando, un landó cerrado con capota y envuelto en una cinta de seda negra transitaba en silencio, pero dispuesto a no perderse la salida, a pesar del luto. A su paso, los hombres se descubrían en señal de respeto.

Todo el conjunto semejaba un desfile de modas al aire libre, con las damas luciendo los más recientes diseños europeos.

Del otro lado de la balanza social estaban los peatones, como Filomena, Giovanni y Sassano, contrastando con aquella opulencia, pero con toda la elegancia que les permitía su estado.

Filomena lucía el más blanco de sus dos vestidos. Giovanni llevaba una camisa blanca de algodón, un corbatín negro y un traje de casimir, mientras que Sassano, con su pantalón violeta a cuadros, camisa de hilo, saco liviano y chambergo, intentaba mantener un aire relajado que contrastaba con la tensión en su mirada.

Al cruzar la avenida Buenos Aires, los tres se adentraron en una zona de grandes sauces que invitaban al descanso. Sentados en un banco con vista a las obras del lago, disfrutaron de la brisa fresca y el perfume sutil de las flores cercanas. Para Filomena y Giovanni, que llevaban seis meses en la ciudad, aquella experiencia era su primer contacto con los auténticos "buenos aires", una bocanada de serenidad en medio de la vida precaria que enfrentaban.

De todos modos, la calma era solo una ilusión. Giovanni, sentado entre Filomena y Sassano, llevaba días intentando descifrar lo que sucedía entre ellos. Su intuición, esa voz muda pero insistente, lo mantenía en guardia, mientras que los otros dos parecían caminar sobre un hilo delgado.

Sassano, siempre consciente de su entorno, evitaba cualquier gesto que pudiera levantar sospechas. Filomena, en cambio, luchaba por mantener la compostura, aunque la inquietud de sus manos la delataba.

Tras una tregua de quince minutos, decidieron caminar hacia la sección zoológica, donde el público se agolpaba para admirar los dos tigres de Bengala, la pareja de osos hormigueros y los camellos que masticaban sin prisa. Más allá, un lobo marino yacía indiferente al entusiasmo de los niños que trataban de llamar su atención. Sin embargo, para Giovanni, el bullicio del zoológico no era suficiente

para distraer su mente, que seguía ordenando fragmentos de miradas, gestos y silencios.

Cerca del lago, en la concurrida casa del Tambito de La Martona, Sassano insistió en invitar a sus compañeros con copas de leche recién ordeñada. Mientras él se acercaba al mostrador, Giovanni y Filomena tomaron asiento en una mesa rústica, sobre tablones desgastados.

Cuando Sassano regresó con las copas, Giovanni notó un pequeño detalle: faltaban las servilletas de papel que solían entregar con las bebidas. Con una sonrisa despreocupada, se ofreció a buscarlas. Pero al abrirse paso entre la multitud, su mirada, como si tuviera voluntad propia, se desvió hacia la mesa. Y entonces lo vio. Filomena, creyendo que nadie la observaba, estiraba su mano hacia Sassano. No hubo palabras, solo un leve roce, un gesto cariñoso.

Sassano, consciente del riesgo, apartó la mano de inmediato y negó con la cabeza. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Giovanni sintió que el torrente de las sospechas se precipitaba sobre él, aplastándolo. Recordó las risas de los buenos momentos, los sueños compartidos durante el viaje, las promesas en los atardeceres en el campo… Ahora todo parecía una farsa. ¿Cuánto tiempo llevaban ocultándole la verdad? Un destello de ira atravesó su mente, pero fue apagado de inmediato por algo más fuerte: una tristeza profunda y fría, que lo dejó inmóvil en medio del gentío. Quiso convencerse de que había malinterpretado lo que vio. Quiso creer que todo era producto de su imaginación. Pero no podía. Las piezas que llevaba días tratando de encajar se ensamblaron de golpe, revelando un cuadro que hubiera preferido no contemplar jamás.

Respiró hondo. Con movimientos mecánicos, tomó las servilletas y regresó a la mesa. La sonrisa en su rostro permanecía intacta, pero en su interior una tormenta silenciosa comenzaba a gestarse, lista para arrasar con todo lo que una vez creyó cierto.

SEGUNDA PARTE

PALERMO VERDE

Hacía cinco años que el Parque 3 de Febrero se había convertido en una visita obligada para los porteños, símbolo tangible del progreso y la modernidad que la ciudad perseguía. Surgió del anhelo de transformar un terreno abandonado en un pulmón verde para la metrópoli en expansión, reafirmando que Buenos Aires estaba hecha de cambios.

Su historia, sin embargo, no fue simple. El parque nació sobre las tierras confiscadas a Juan Manuel de Rosas tras su derrota en la batalla de Caseros, aquel 3 de febrero de 1852 que le dio su nombre. Durante veinte años, Palermo quedó en un estado de abandono casi simbólico, como un manifiesto silencioso de la caída del régimen rosista. Restaurarlo no era solo una cuestión urbanística, sino también política y social.

Muchos cuestionaban la ubicación del parque por tratarse de una zona anegadiza. Sin embargo, Domingo Faustino Sarmiento, con su inquebrantable fe en el progreso, reunió a quince benefactores que tomaron el proyecto como una misión personal. No solo supervisaron las obras, sino que aportaron recursos, plantas y animales, moldeando el parque con su visión compartida. Entre ellos, Adolfo Abel Insiarte representaba mejor que nadie el espíritu

de transformación. Su historia estaba entrelazada con la de Palermo. Hijo de Manuel Insiarte, ministro de Hacienda durante el gobierno de Rosas, Adolfo había crecido en el corazón de la hegemonía federal. De niño, recorrió esos terrenos cuando eran pantanos y luego jardines; fue testigo de su auge y su decadencia. Para él, el Parque 3 de Febrero no era solo un proyecto urbano, sino una causa personal.

Manuel Insiarte, había sido más que un administrador de recursos: fue uno de los pilares del rosismo. Su presencia constante en actos oficiales junto a figuras emblemáticas como Manuelita Rosas lo situó en el centro del poder. Adolfo heredó de su padre el sentido del deber y la responsabilidad de preservar un legado. Abogado de profesión, comenzó a ejercer a los veintitrés años en el estudio familiar. Aunque su carrera lo llevó por caminos graves y delicados, su amor por la naturaleza lo distinguió de otros hombres de su época.

En su vida privada, todo estaba en orden, como en sus proyectos públicos. A los 46 años, se casó con Anita Parravicini, hija del cónsul austríaco, de 24 años. La relación nació en los conciertos de música clásica y óperas, donde compartían la misma sensibilidad por el arte.

El porte distinguido del jurisconsulto y su mirada almendrada irradiaban una elegancia innata. A los cincuenta años, su cabellera oscura y ondulada, apenas tocada por las décadas, desafiaba con dignidad el paso del tiempo. Su energía parecía inagotable: juez del Crimen, miembro de la Sociedad Rural Argentina y de la Sociedad Filarmónica, Insiarte encarnaba el ideal del ciudadano comprometido con el progreso.

Pero fue en el ámbito de la justicia donde se ganó el respeto de Buenos Aires. Desde su despacho en la Penitenciaría de Palermo, enfrentó a abogados y criminales con igual determinación. Años de expedientes interminables habían moldeado su carácter: sereno, pero implacable. Aunque su verdadera pasión no estaba en los códigos legales, sino en las plantas. En la primera muestra organizada por la Sociedad Rural Argentina, se destacó como expositor. Al mismo tiempo, fue un ferviente defensor del Parque 3 de Febrero, trabajando codo a codo con Sarmiento y otros líderes para convertirlo en un símbolo de modernidad. Estas acciones coincidieron con la primera etapa de su matrimonio. Anita apoyaba los proyectos de su esposo, compartiendo su visión de una Buenos Aires más verde y armónica. Además, la dama sumaba su sensibilidad especial con los necesitados.

Insiarte vivía en su hogar natal, una casona en Suipacha y Cangallo, junto a su madre viuda y algunos de sus hermanos, en una rutina familiar estructurada. Sin embargo, los fines de semana y las temporadas estivales le permitían escapar del vértigo porteño: se refugiaba con Anita en su quinta de Punta Chica, en San Fernando, un paraíso de jardines exuberantes que parecía una obra de arte viva. La flora de la quinta Insiarte era famosa por su esplendor y diversidad. Junto a su jardinero, Ángel Fumagali, se enorgullecía de sus veinte variedades de eucaliptos, magnolias, camelias y santarritas. Miles de ejemplares adornaban sus jardines y los invernaderos. Desde el río, los navegantes podían admirar las araucarias y coníferas, contrastando con los jazmines y rosales que teñían las barrancas de color. Su quinta no solo era su refugio, sino su legado botánico, comparable al de Gregorio Lezama, José

Güiraldes, Hugo Bunge y Francisco Madero, todos promotores del paisajismo porteño.

La primavera de 1880 encontró al Parque 3 de Febrero en su apogeo. Doscientos sauces donados por Sarmiento y numerosas especies aportadas por los benefactores ofrecían resguardo y frescura a los paseantes. Familias, parejas y solitarios transitaban sus senderos, buscando alivio bajo las copas de los árboles.

Aquel domingo 19 de septiembre, el doctor Insiarte y Anita Parravicini regresaban de su quinta. A las cuatro de la tarde, el landó del juez ingresó por la avenida Sarmiento. Ordenó al cochero dirigirse a los sectores más concurridos: el de las bestias y el de las obras del lago. Mientras recorría el parque, observaba cada detalle con la satisfacción de quien ha visto sus sueños cobrar vida.

Pero el destino, caprichoso como siempre, tenía otros planes.

Bajo las sombras dispersas de los sauces, se cruzó con dos varones de aspecto italiano y una joven. En los meses siguientes, llenarían doscientas fojas de un expediente criminal que no tardaría en convertirse en su mayor desafío.

¿CUÁNTO TIEMPO MÁS?

El lunes 20 de septiembre, los Aguirre le permitieron a Filomena tomarse la jornada por la celebración de la fecha patria de Italia. Sin embargo, al mediodía decidió presentarse a sus tareas. El aire opresivo del cuarto en el inquilinato, compartido con su marido, era un espacio que prefería evitar. Trabajar en la casa de los Aguirre se había convertido en un refugio donde podía distraerse de los pensamientos que la perseguían.

Su cabeza era una máquina de calesas, donde los encuentros amorosos con el primo de su marido daban vueltas interminables.

Sassano, por su parte, también había elegido alejarse. Esa mañana salió de la pensión en compañía de Nicola Rossi, el fosforero que vendía sus sillas, y juntos pasearon por el centro. A la tarde se dirigieron a un café, donde mataron las horas jugando al billar. Durante esa semana, Sassano evitó mostrarse en el conventillo, y Filomena permaneció aislada, refugiada en sus funciones domésticas.

El sábado 25, pasada la hora del almuerzo, la joven regresó a su hogar. Al acercarse al conventillo, su corazón latía con fuerza. Mientras recorría el patio con pasos inseguros, esperaba que su

marido hubiera dejado atrás las tensiones. Y, sobre todo, verlo a Sassano. Pero ninguno de sus deseos se cumplió.

Giovanni la recibió con un silencio que era más pesado que cualquier palabra. Al igual que el vapor acumulado en una caldera, su ira había estado creciendo, buscando el momento preciso para escapar. Días después, la imagen del roce fugaz entre Filomena y Sassano en Palermo seguía latiendo en su cabeza. Ineludible. Corrosiva. Antes, esos detalles no significaban nada. Ahora, eran todo. Una mirada que se sostenía un segundo más. Una mueca simpática que nunca le había dedicado a él. Un temblor en los dedos al recoger la cuchara. Pequeñas cavidades en la máscara de serenidad de Filomena. Giovanni las veía. Y no podía dejar de verlas. Aguardaba, no por paciencia, sino por estrategia. Necesitaba el momento adecuado para encararla, para deslizar la pregunta que no había dejado de formularse en su mente.

Filomena, por su parte, sentía la presión de su mirada sin necesidad de verlo. Lo percibía en el ambiente cargado de tensión, en los largos silencios que antes habían sido cómodos, en la forma en que su nombre sonaba cuando él lo pronunciaba, como si llevara adherida una acusación.

Aun así, continuaba con su rutina cotidiana, vestida de la misma serenidad con la que había enfrentado tantas dificultades desde que dejaron Italia. Sin embargo, aquella calma era engañosa.

Finalmente, al anochecer del domingo, cuando el lastre de las dudas ya era insoportable, Giovanni habló. Su voz era firme, casi monocorde, pero contenía una amenaza implícita, como el primer trueno que anuncia lo que está por venir.

—¿Cuánto tiempo más? ¿Cuánto tiempo más piensas fingir que no pasa nada?

Filomena negó todo. Lo hizo con la rapidez y vehemencia de quien intenta apagar el fuego, pero no pudo ocultar la expresión en su rostro. Y fue entonces cuando todo se rompió. La discusión estalló con una rapidez vertiginosa, llenando la habitación de gritos que las delgadas paredes del inquilinato no pudieron contener. Los reproches y acusaciones rebotaron en el aire, mezclándose con los insultos, mientras algunos vecinos se asomaban al pasillo con expresión de cansancio y otros, acostumbrados a los dramas ajenos, optaban por ignorar el espectáculo. Las respuestas de Filomena, quebrada en llanto, apenas eran audibles frente a la ira de Giovanni, cuya voz llenaba la habitación de palabras hirientes. Hasta que un portazo seco le puso punto final a la escena.

Giovanni salió sin mirar atrás, bajando las escaleras del conventillo, con la rabia y el dolor hirviendo en su pecho. Se dirigió al pasaje Carabelas, vecino del Mercado del Plata, donde los boliches se alineaban como refugios para los desahuciados y los frustrados. Entró al primero que se le cruzó. Era un lugar estrecho, mal iluminado por la luz amarillenta de un par de lámparas que colgaban bajas sobre las mesas toscas. Las paredes, ennegrecidas por el tiempo y el humo, parecían absorber el murmullo de las conversaciones y las risas ocasionales, que para él no eran más que un telón de fondo irrelevante. Lo único que importaba era el ruido en su cabeza, ese eco persistente de la sospecha que había estado alimentando durante días.

Todo lo que necesitaba era una botella de vino y un rincón donde apagar el incendio que lo consumía. Bebió en silencio. El sabor agrio

del fermento, áspero y opaco, reflejaba su estado de ánimo.

Dos horas después, con la mente enturbiada por el alcohol y las emociones aún en carne viva, regresó al inquilinato tambaleándose. Golpeó la puerta del cuarto de Sassano con una fuerza que resonó en el pasillo, pero no obtuvo respuesta. Sin más, se volvió hacia su propia habitación.

Dentro, Filomena dormía, o fingía dormir. Dio un par de pasos inseguros, se descalzó con torpeza y, con un último esfuerzo, se dejó caer sobre el colchón. Ni siquiera se quitó el saco o aflojó el corbatín. Solo cerró los ojos y dejó que la fatiga y el vino lo arrastraran.

A la mañana siguiente, se respiraba una calma diferente. Giovanni se levantó antes que Filomena. Pasó varios minutos mirándola. Su rostro, tan familiar y a la vez tan distante, parecía extraño e indiferente al tumulto que él llevaba dentro. Cuando finalmente despertó, Giovanni no esperó. Esta vez, no hubo insultos ni reproches. Solo una decisión que no necesitaba explicación.

—Nos mudaremos a otra pensión.

Filomena, aún adormecida, entendió que no había espacio para preguntas. En su larga pausa, Giovanni dejó claro que el cambio no era un escape, sino una sentencia. Sin embargo, ambos sabían que no se trataba de una solución, sino de un aplazamiento. Lo inevitable los esperaba en cualquier lugar al que fueran.

ALMAS EN PENA

Los San Martín plegaron el elástico de la cama, enrollaron el colchón y empacaron sus escasas pertenencias. Se mudaron a una pensión en la esquina de Paraguay y Uruguay, a solo tres cuadras del conventillo de Talcahuano donde Sassano permanecía.

La nueva habitación —planta baja, séptima puerta a la izquierda del pasillo central— era más amplia, pero no más cómoda. Las paredes descascaradas, cubiertas de manchas de humedad, despedían un olor rancio que el patio compartido parecía alimentar. Sin embargo, para Giovanni, aquella distancia era más que un simple cambio de vivienda: era un intento desesperado por cortar los hilos invisibles que, estaba seguro, unían a su esposa con su primo.

La mudanza trajo nuevas rutinas. En el café donde Giovanni pasaba sus tardes, algunos conocidos lo convencieron de que podía ganar más dinero trabajando menos horas. Persuadido por esas promesas, abandonó la cochería y se convirtió en jornalero, realizando tareas temporales sin demasiados compromisos. El resultado fue otro: más tiempo en la pensión o en el bar, menos dinero en los bolsillos.

Aun con los ingresos menguando, insistió en que Filomena renunciara a su empleo en la residencia de los Aguirre y buscara

trabajo por horas en distintas casas. Según él, así podrían optimizar los ingresos del hogar. Filomena aceptó sin cuestionar, consciente de que la paciencia de Giovanni se erosionaba con facilidad y se volvía violento.

Cada día que pasaba, su marido se mostraba más posesivo, más volátil, más inestable. En sus gestos había un control disfrazado de cuidado, una sospecha que no se decía, pero que impregnaba el aire. Filomena, aunque obedecía, solo pensaba en Sassano. Su amor por él, intenso y furtivo, la consumía. La memoria de sus encuentros se había convertido en un tormento dulce. Las noches en la casa de los Strassburger, las escapadas al mercado, la pasión robada en el conventillo… todo ardía en su mente.

Quería estar con él. Lo necesitaba. Pero la prudencia la contenía: ¿y si alguien los veía? ¿Y si Giovanni los descubría? Se aferró a la certeza de que Sassano hallaría la forma de recuperarla. Y no se equivocó.

La mañana del martes 12 de octubre —día de gran expectativa porque asumía la presidencia Julio A. Roca—, Filomena salió de la pensión con una canasta en el brazo. Apenas cruzó la calle, lo vio.

Sassano estaba semioculto tras un árbol, con el chambergo calado sobre la frente. Le hizo una seña rápida. Ella, sin permitirse dudar, lo siguió. Caminaron en silencio hasta el Mercado Libertad, a la vuelta, en la esquina de Talcahuano y Charcas.

Bajo el calor húmedo de la primavera porteña, el mercado mostraba un ritmo incesante. Al traspasar el umbral, una explosión de sensaciones la envolvió: el olor salado del pescado fresco, el dulzor fermentado de las frutas maduras, el acre de la carne colgante, mezclado con la bosta y el sudor de los cuerpos. El griterío

era ensordecedor. Los vendedores pregonaban sus productos, compitiendo con el cacareo de las gallinas, los mugidos de las vacas y los relinchos de los caballos atados al portón de Talcahuano.

Filomena iba detrás de Sassano, esquivando carretillas, sorteando charcos de agua mezclada con sangre sobre el empedrado. A ambos lados, los puestos se alzaban en una mezcolanza de colores y texturas: montañas de lechugas frescas, tomates relucientes y racimos de uvas polvorientos.

Sassano se detuvo junto a un mostrador de pescados. Mientras fingía observar las merluzas plateadas y los pejerreyes brillando sobre el hielo derretido, alzó la vista. La buscó. Filomena estaba ahí. Sus miradas se cruzaron con urgencia y alivio. Sin una palabra, continuaron hasta un rincón más oscuro y apartado, donde pilas de cajas y barriles creaban una barrera improvisada contra el alboroto.

Allí, el mundo entero se suspendió.

Los ruidos, los olores, la humedad opresiva... todo quedó en un segundo plano. Filomena sintió el corazón golpeándole el pecho. Sassano la miró con una intensidad que desarmaba cualquier defensa.

No hicieron falta palabras. Los besos y las manos hablaron por ellos.

ESTO NO PUEDE SEGUIR ASÍ

Desde aquel martes, el Mercado Libertad se convirtió en su escondite. Mientras Giovanni intentaba convencerse de que la mudanza había sido suficiente para calmar sus sospechas, Sassano y Filomena se reencontraban en los pasillos de la feria, entre cajones y barriles.

Pero el conflicto no tardó en alcanzarlos.

Una tarde, Giovanni se cruzó con su primo en la calle.

Sassano lo saludó. Giovanni, con la mirada tensa hacia el frente, siguió caminando sin devolver la cortesía.

Fue entonces cuando Sassano le gritó:

—¡Otra vez que te encuentre, te voy a escupir en la cara!

Giovanni no respondió. Esa noche, al regresar a su hogar, le relató el incidente a Filomena. Ella le reprochó su actitud. Volvieron a discutir.

Los amantes hablaron sobre el episodio en su siguiente encuentro en el mercado, aquel refugio maloliente donde se permitían ser inmorales. No encontraban la solución.

Hasta el jueves 23 de diciembre.

Ese día, Sassano estaba endurecido por la ira y la frustración. No se contuvo más.

—Esto no puede seguir así —dijo, con la voz seca, contenida—. Tenemos que matarlo.

Filomena sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Pero no dijo que no. No podía decir que no.

Aquel día, el Mercado Libertad dejó de ser un refugio. Se convirtió en el lugar donde sellaron su destino.

TÍO NICOLA

Cuando Sassano pronunció las palabras "Tenemos que matarlo", los ruidos del mercado se apagaron. Filomena lo miró incrédula, como si no hubiera oído bien. ¿Matarlo? La palabra no solo le ardía en los labios, sino que se le atascaba en la garganta, sofocándola. Nueve meses atrás, se aferraba a Giovanni en la carreta que los depositó en la playa de Buenos Aires. Ahora lo quería lejos de su vida. Pero, ¿matarlo?

A su vez, la invadía la certeza amarga de que no había otra salida. Giovanni nunca los dejaría ser libres. Sin embargo, la culpa y el terror la paralizaban. Permaneció en silencio, con la mirada fija en el suelo, mientras Sassano aguardaba su consentimiento. En respuesta, lo abrazó con fuerza.

La elocuencia del silletero napolitano demostraba que sabía de memoria cada palabra del monólogo que siguió. Sassano enumeró los pasos del plan, y Filomena asentía sin parar, como si fuera un tic nervioso. Establecieron que no se verían hasta el viernes 31, para alejar todo tipo de sospechas. Aprovecharían la vorágine del mercado por las compras de fin de año. Esa mañana le entregaría el frasco de veneno para que lo vertiera en el vaso de su esposo, durante el brindis de celebración.

Los amantes se abrazaron temblorosos, con el pulso acelerado. Filomena fue hacia el puesto de pan. Ya había comprado queso, mortadela y duraznos de estación. Sassano caminó hacia el otro extremo del mercado, con la cabeza llena de las palabras que había pronunciado. Tenía que alejarse. Desaparecer por unos días.

A la mañana siguiente, buscó a la única persona en quien confiaba: "Tío Nicola".

Nicola Rossi, oriundo de Roma, había llegado hacía tres años al país. Se ganaba la vida vendiendo fósforos y las sillas de mimbre que Sassano fabricaba. La relación entre los dos, que se había iniciado al compartir un cuarto, estaba marcada por la confianza y el respeto mutuo. Ambos valoraban profundamente la cooperación que habían construido a lo largo de dos años.

Muchas veces Sassano acudió a Rossi —a quien solía llamar cariñosamente "Tío Nicola"— en busca de consejos.

Nicola Rossi, también conocido como "El Romano", empujaba el carro sobre los adoquines de la calle Paraguay. El chirrido de las ruedas se perdía en el bullicio de la ciudad, mientras el sol abrasador del 24 de diciembre le arrancaba gotas de sudor que empapaban su camisa oscura, pegándose a su espalda. No lo abrumaba ese esfuerzo que muchos, a sus 54 años, descartarían. Apenas se detenía para ajustarse la boina ladeada, por donde asomaba su delgado pelo rubio.

Su andar, marcado por el balanceo de sus piernas arqueadas, llamaba la atención de los transeúntes, pero Nicola parecía ajeno a las miradas. Era un hombre sencillo, de estatura más que regular, hombros anchos y manos callosas, satisfecho con el hábito diario de empujar, vender y regresar a casa.

Sin embargo, aquella mañana, algo rompió esa rutina. Nicola se detuvo en seco al ver a Sassano esperándolo en la esquina, con el rostro tenso y la mirada cargada de urgencia. No era habitual que su amigo lo buscara a mitad del día, y mucho menos con aquella expresión que presagiaba problemas.

—Tío Nicola, necesito un favor… muy delicado —dijo Sassano, casi en un susurro.

Rossi dejó el carrito a un lado, apoyando ambas manos en el mango mientras lo observaba con ojos entrecerrados. Aunque sabía del amorío con Filomena, no esperaba que Sassano llegara a pedir algo de semejante naturaleza. Nicola lo escuchó en silencio, dejando que las palabras sobre veneno y planes se asentaran en su mente. Su rostro, de facciones redondeadas y amables, apenas cambió de expresión, pero sus ojos gris azulados lo escrutaron con una atención que parecía diseccionar cada palabra.

Frunció los labios y su espeso bigote apenas se torció.

Por fin, se acomodó la boina con un gesto lento, se inclinó hacia su interlocutor y habló con la calma de alguien que ha aprendido a pensar antes de actuar.

—Está bien, Sassano. Pero escúchame con atención: si algo sale mal, yo no existo en esta historia. Nadie, ni siquiera Filomena, puede saber que fui yo.

Sin dejar de mirarse fijamente, los hombres se dieron la mano. Sassano apretó con firmeza, como si quisiera asegurarle que cumpliría con su palabra. Nicola, por su parte, retomó el carro y se alejó, con su particular modo de desplazarse.

La trama estaba en marcha y Nicola se convertía en el tercer eslabón del plan criminal.

PAZ Y SUS HOMBRES

Antes que nada. El objetivo prioritario de Julio A. Roca al asumir la presidencia el 12 de octubre de 1880 fue convertir a la ciudad de Buenos Aires en la Capital Federal de la República. Durante casi dos meses, las negociaciones se sucedieron en un entramado político donde cada acuerdo era una pieza clave en la construcción del proyecto capitalino. Finalmente, en la primera semana de diciembre, se selló el pacto esperado. La noticia desató una celebración que se prolongó por días en las calles, mientras que en los salones del poder se tejía la estructura del nuevo Estado.

Pero sin descuidar otro aspecto clave: la provincia bonaerense no podía quedar a la deriva, había que garantizar la continuidad de sus instituciones.

Entre las prioridades del gobierno estaba la reorganización de la Policía de la Capital. Su creación no era un simple trámite administrativo, sino un cambio fundamental en la seguridad de una ciudad que crecía con la voracidad propia de un puerto abierto al mundo. Buenos Aires, en plena expansión, devoraba sus propios límites y exigía un cuerpo policial más sólido que los viejos rondines armados. Se trataba de modernizar la vigilancia en un territorio donde el frenesí de los mercados, plagados de punguistas y

arrebatadores, dominaba las mañanas, mientras que la penumbra de los cafetines nocturnos escondía apuestas clandestinas y disputas resueltas a cuchillo.

Marcos Paz, de 37 años, fue designado al frente de la flamante institución. Hombre metódico y astuto, su habilidad no residía solo en la organización, sino en la capacidad de moverse con inteligencia en el delicado equilibrio entre política y acción. A su lado trabajaban veinte comisarios, seleccionados entre veteranos experimentados y nombres nuevos en la fuerza. Félix Olazábal, con antecedentes en la policía bonaerense, fue ratificado en su cargo luego de haber ganado notoriedad en octubre al atrapar a un empleado doméstico que falsificaba la firma del jefe comunal, Torcuato de Alvear, para cobrar cheques de grandes montos. En contraste, Octavio González, legendario jefe de la seccional 5ª., y quien ostentaba la mayor cantidad de galardones, fue trasladado a la localidad de Mercedes, y su lugar lo ocupó el oficial ascendido José Cueto, primo del jefe policial.

Entre los hombres de extrema confianza de Paz se encontraba Enrique García Merou, secretario de Policía. A sus treinta años, su dedicación y talento organizativo lo convirtieron en una pieza clave de la estructura naciente.

Junto a él, en el área legal, actuaba el asesor Federico Pinedo, de 31 años, quien cargaba sobre sus hombros un apellido de peso. Su abuelo, Agustín Pinedo, había sido militar desde las Invasiones Inglesas de 1806 y murió en plena retirada tras la derrota de Caseros, el 3 de febrero de 1852, víctima de insolación cuando intentaba reorganizar sus tropas. El hijo del general, de prestigiosa

trayectoria jurídica y política, falleció repentinamente en 1875 con solo 52 años.

Ahora, Federico, quinto de diez hermanos, asumía la responsabilidad de encauzar las acciones de la nueva policía dentro del marco de la ley.

Se realizaron enroques, reemplazos y maniobras para cubrir las vacantes estratégicas. Durante esas semanas, la casa del jefe Paz se convirtió en el verdadero cuartel general de la policía en gestación. La sede oficial, un edificio vecino al Cabildo y la Catedral, seguía ocupado por la policía provincial, que aún debía ser reubicada.

Finalmente, el 10 de diciembre, Paz y sus oficiales tomaron posesión del Departamento Central. Aquella jornada, tras días de tensas definiciones, se permitieron un respiro. En sintonía con los festejos del pueblo, se deleitaron con unas refrescantes cervezas.

Pero la tregua duró poco: esa misma tarde, los comisarios ocuparon sus puestos y la maquinaria de la nueva policía se puso en marcha.

Mientras la fuerza dirigida por Paz comenzaba a ejercer su autoridad, en la jurisdicción de la comisaría 15ª. se gestaba un suceso que escapaba a cualquier organigrama. Un drama pasional, distinto a los habituales, estaba a punto de poner a prueba a los flamantes guardianes del orden.

31 DE DICIEMBRE

Dos horas le tomó a Nicola Rossi conseguir el veneno. Fue a través de un peón llamado Vicente, que trabajaba en una barraca vecina a la Plaza Once. Vicente, confiado y sin cuestionamientos, lo llevó directamente a su hogar, el inquilinato de Montevideo entre Corrientes y Parque, donde Nicola retiró el frasco. Era un líquido de tono ámbar y con un olor sorprendentemente agradable más una apariencia tan engañosa como la de un simple té. En su oficio, se empleaba para matar las chinches de los cueros destinados a la exportación, pero Tío Nicola sabía que su efecto podía ser letal en un contexto completamente distinto.

Al tenerlo en su poder, el fosforero no dejó nada al azar. Guardó el frasco en una caja con llave en su cuarto, asegurándose de que permaneciera fuera de la vista. En un principio, no tenía intención de entregarlo a Sassano inmediatamente; el tiempo sería su mejor aliado para desvincularse de cualquier sospecha. Vicente, por su parte, ignoraba el propósito real del encargo. Había actuado de buena fe, como un simple intermediario, pues Nicola, precavido y frío, se había cuidado de no darle explicaciones.

Sin embargo, el Romano pronto cambió de opinión: quería deshacerse de la pequeña botella. A través de un amigo común

convocó al silletero.

Nicola y Sassano se encontraron en la esquina de Córdoba y Libertad, frente a la cochera del Palacio Miró. El aire de la tarde era fresco, pero cargado de una tensión invisible que solo ellos compartían. Nicola sacó de su carro de sillas un paquete envuelto en un retazo verde y lo extendió hacia Sassano. Este tomó el frasco y en el mismo movimiento lo guardó en el bolsillo interior de su saco. A pesar de la seguridad aparente, un brillo de inquietud se reflejaba en sus ojos.

—¿Estás completamente seguro, Tío? —preguntó, aunque la respuesta ya era obvia.

Nicola no contestó con palabras. Movió la cabeza en un leve asentimiento y extendió la mano. Sassano la estrechó en un apretón breve pero firme.

—Una cucharada basta —indicó Nicola antes de girar y partir con su andar irregular, tirando del carro.

Sassano caminó una cuadra y media hasta la pensión. Apretó el paso, sintiendo el frasco que golpeaba contra el muslo. No miró atrás. En ese momento, todo dependía de seguir avanzando y no dudar. Una vez en su cuarto, cerró la puerta con cuidado y sacó la pequeña botella. El líquido parecía té, como Nicola había sugerido. Lo sostuvo entre las manos por un largo momento. Luego, lo escondió bajo las tablas sueltas del piso, sellándolo junto con sus pensamientos.

Por fin llegó el viernes 31 de diciembre, el día acordado. Desde temprano, el Mercado Libertad hervía de actividad. Las horas finales

del año teñían el ambiente de una energía febril: vendedores más agitados, gritos más intensos, clientes más nerviosos. Cada rincón parecía vibrar con un dinamismo caótico que no dejaba espacio para pausas. Las voces se mezclaban en una sinfonía estridente de ofertas y exigencias.

—¡Sidra! ¡Última caja! ¡De manzana y de pera! ¡Aproveche antes de que no quede nada! —bramaba un hombre, con su carrito repleto de botellas de color verde oscuro.

—¿Va a comprar el panetone de Milán o no? —inquiría una mujer con tono autoritario, mirando a un cliente que vacilaba frente a una imperfecta pila del producto.

En medio de ese torbellino, Sassano avanzó con pasos decididos. Filomena lo esperaba en el rincón más apartado del mercado, el de los besos y las caricias. Llevaban seis días sin verse. La respiración no engañaba: estaban desesperados de amor. Ella parecía tranquila, como siempre, pero Sassano notó cómo sus dedos apretaban el asa de la bolsa con demasiada fuerza. Aquel gesto traicionaba el nerviosismo que intentaba ocultar.

Sassano no perdió tiempo. Le pasó el frasco envuelto en un pañuelo deshilachado. Filomena lo tomó sin mirarlo, escondiéndolo de inmediato en la bolsa. No dijeron nada al principio; el peso de lo que estaban tramando se hacía presente en ese silencio intrigante. Por fin, Filomena rompió la tensión:

—Te amo —balbuceó.

Sassano asintió con gravedad, tomándola por los brazos. Se inclinó lo suficiente para susurrarle al oído:

—Una cucharada basta.

El momento se alargaba más de lo que ambos habían pensado. Sassano, con un vistazo rápido a su alrededor, notó que nadie parecía estar prestándoles atención, pero el riesgo de ser descubiertos era una sombra que siempre los acechaba. Finalmente, propuso lo que ambos temían pero sabían necesario: suspender sus encuentros hasta que pasara un tiempo prudente. Filomena apretó los labios, luchando contra la decepción que subía a su pecho. No discutió, aunque su mirada lo decía todo. Sassano tenía razón, aunque la idea de no verlo durante días —o semanas— le pesaba como el canasto de ropa húmeda que cargaba desde la playa de Retiro.

—Feliz año nuevo juntos… amor —dijo Filomena con un intento de sonrisa, aunque su voz se quebró levemente.

Sassano la observó un instante más. Sin embargo, fue incapaz de responder. Luego, giró y se alejó. Filomena, con el corazón dividido, tomó otro camino, buscando evitar cualquier mirada sospechosa. Al llegar a su cuarto, cerró la puerta sin hacer ruido. Sacó el frasco con cuidado, sosteniéndolo frente a ella. El vidrio era liso, frío al tacto, y cada vez que lo giraba entre sus dedos, la luz que se filtraba desde la ventana arrancaba destellos dorados del líquido oscuro en su interior. Parecía un té espeso, casi inofensivo, pero la calma que transmitía por fuera era una mentira. La sustancia oscilaba suavemente, como si estuviera vivo, como si esperara el momento de cumplir su propósito. Filomena sintió un leve temblor en los dedos, un eco de la conmoción interna que intentaba reprimir. Lo apretó contra su pecho, buscando un respiro, pero el peso del frasco era más grande que su tamaño. Porque, además del veneno, sostenía su propio destino, el de Sassano y, sobre todo, el de

Giovanni. Eran tres vidas atrapadas en un recipiente tan pequeño como peligroso. Mediante una llave que colgaba de su collar, abrió una caja cuadrada. Metió el veneno, cerro la caja y la escondió en la valija, envuelta entre su ropa.

Era el último día del año 1880. Afuera, la ciudad se preparaba para recibir un nuevo comienzo. En las pensiones de Paraguay y Talcahuano, otra cuenta regresiva había comenzado.

VINO CON LIMONADA

El peso del extranjero se hacía notar. En Buenos Aires, como en muchas ciudades donde la inmigración italiana había echado raíces, comenzaba a instalarse una nueva tradición del Año Nuevo. El 1 de enero por la tarde era un puñado de horas reservado para la intimidad familiar, una celebración en la que el hogar reunía a los íntimos como los domingos. "Cada uno en su casa y Dios en todas", solía decirse.

En ese contexto, la cena de Giovanni y Filomena adquirió un aire especial. Las comidas humildes de los días ordinarios cedieron lugar a un festín simple pero atractivo: matambre arrollado, *vitello tonnato* lombardo, *agnolotti* y una pata de cerdo o de pollo que se presentaba como el plato principal. En el centro de la pequeña mesa se alzaba un *panettone* de Milán, y solo faltaba el vino.

Giovanni fue al almacén, dejando a Filomena sola con los preparativos. Ella, con movimientos precisos, aprovechó para tomar el frasco escondido en la valija. Recién entonces, dudó. ¿Una cucharada chica o grande? La indicación había sido imprecisa. Se decidió por la chica, pues con la grande corría el riesgo de que se notara. Vertió la cucharada del veneno en el vaso que aguardaba sobre la mesa.

Cuando Giovanni regresó, traía consigo un cuarto de carlón y una botella de limonada para rebajar el vino. Sirvieron los vasos y se dedicaron a disfrutar de la comida. Fue su primera comida de Año Nuevo en Buenos Aires.

El calor y el vino hicieron lo suyo. Giovanni tomó medio vaso más, y pronto comenzó a agitarse. Filomena, atenta a cada gesto, le sugirió que se recostara. La recomendación sonó natural, aunque era cuidadosamente medida.

—Duerme un rato, seguro es el calor.

Giovanni se dejó caer sobre la cama, cerrando los ojos con la esperanza de encontrar alivio. Pero el veneno ya estaba en su sangre, mezclado con el vino que había bebido con gusto y confianza. Al principio, sintió un ligero mareo, apenas un cosquilleo interno que atribuyó al exceso de bebida. Pronto el calor se transformó en un sudor frío, y la presión en su pecho comenzó a volverse insoportable.

Filomena lo observaba desde la silla, inmóvil. En cambio, su cabeza iba y venía con un vértigo insoportable. El veneno trabajaba en silencio, implacable, despojando a Giovanni de su fuerza con una lentitud que ella no había anticipado. En realidad, había imaginado un final rápido, algo limpio. Sin embargo, lo que tenía ante sí era un espectáculo prolongado de sufrimiento que no podía detener.

El día seguía su curso afuera. El calor implacable del verano envolvía el inquilinato, donde los sonidos más vivaces del día festivo armonizaban la vida cotidiana: conversaciones apagadas, risas lejanas y el eco de pasos en el pasillo. Dentro del cuarto, el aire parecía congelado.

Giovanni abrió los ojos, buscando el rostro de Filomena en la penumbra. Sus labios se movieron, pero las palabras no llegaban. Su voz, ahora un susurro rasposo, era casi inaudible. Filomena se levantó lentamente, acercándose unos pasos a la cama. Las piernas le temblaban. Aun así, su rostro mostraba firmeza. Con su asistencia, Giovanni caminó hasta el baño, en el fondo de la pensión, para vomitar. De regreso, Filomena buscó calmarlo.

—Descansa. Solo necesitas dormir un poco —murmuró con un tono neutro.

Él cerró los ojos de nuevo, girando la cabeza hacia la pared. Su respiración era cada vez más irregular, hasta convertirse en un leve jadeo. Su cuerpo comenzó a arquearse, buscando una comodidad que no encontraba.

Filomena volvió a la silla. El veneno se esparcía en la sangre del napolitano, mientras el tiempo, implacable, seguía avanzando. Ahora, solo restaba esperar.

ESCARLATINA

Los dolores de Giovanni aumentaban. La encargada del inquilinato, Catalina Mallorca, vio cuando Filomena lo llevaba al baño a vomitar y preguntó qué había ocurrido. La napolitana le respondió que a su marido le había caído mal el vino con limonada. Catalina fue la única persona que vieron antes de encerrarse nuevamente en la pieza. Esa noche, apenas durmieron. Un detalle que los conspiradores habían pasado por alto rondaba en sus pensamientos. Filomena creía que el efecto sería inmediato. Sin embargo, aún no había muerto. Se preguntaba si debía darle más veneno o sería conveniente esperar a hablarlo con Sassano. Se mordía las uñas. No podía quedarse quieta. De todos modos, decidió esperar.

Finalmente, esa conversación tuvo lugar el 3 de enero, luego de que el amante, tras merodear tres veces frente al conventillo sin advertir movimientos inusuales, resolvió ingresar. Golpeó la puerta del cuarto de los San Martín, pero se alejó para no ser visto desde adentro. Filomena abrió la puerta y allí, con todo el apuro, cruzaron unas pocas palabras. Al igual que ella, Sassano imaginó que Giovanni moriría el mismo día de la ingestión. Ante la duda, el napolitano fue en busca de Rossi, quien había tenido la misma opinión infundada de la muerte súbita. La cadena de suposiciones se

cortó allí porque Vicente, el proveedor del frasco, se encontraba fuera de la ciudad. Había viajado al campo para trabajar en la siembra; pero, sobre todo, desconocía el uso que se le había dado al frasco. Consultarle significaba sumarlo al secreto y Rossi no lo permitiría. Todos estaban de acuerdo en que había que aguardar. Pero, ¿cuánto tiempo? Una nueva dosis buscó apresurar el trámite.

El 5 de enero, el impaciente Sassano volvió a golpear la puerta del cuarto donde yacía el enfermo. Más que novedades, se encontró con un reclamo de su amada, a quien preocupaban las visitas periódicas. Ella le pidió que no regresara. Ese mismo miércoles, hubo un gran revuelo en la pensión. A las once y media de la noche, todo el inquilinato supo o confirmó lo que estaba ocurriendo.

Filomena salió al patio gritando que su marido se moría. Estaba convencida: nunca lo había visto sufrir así. Genuinamente, supuso que la trama llegaba a su fin. Detrás de ella, asomó Giovanni, retorciéndose por el dolor del vientre y gritando que tenía algo dentro del pecho que le quemaba. Se revolcaba en el suelo hasta que dos vecinos lo llevaron a la cama. Ante las preguntas de los otros inquilinos, la mujer respondió que el 1 de enero había tomado vino con limonada y se sintió mal. Aclaró que debió ser determinante la cantidad ingerida, ya que ella también había bebido esa mezcla, aunque en menor proporción, y no le había producido ningún malestar. Entre todos convencieron a Filomena de que debía verlo un médico. Ella tenía poderosas razones para que no ocurriera, pero el espectáculo había sido tan elocuente que no le quedaba alternativa.

A la mañana siguiente, convocaron al doctor Juan Benigno Borbón, el primero que ubicaron pues su consultorio estaba a dos cuadras. Revisó al sufrido paciente, observó sus marcas en la piel y

tomó nota de la alta temperatura. Mucho más no pudo averiguar porque Giovanni se esforzaba por pronunciar palabras, sin lograrlo, mientras que Filomena repetía, una y otra vez, y con malos modos, que no sabía nada. El médico, disgustado con la situación, manifestó que probablemente había contraído escarlatina. Sugirió que lo llevaran al Hospital Italiano.

Sassano, urgido por noticias, no tuvo mejor idea que reaparecer por el conventillo. En esa ocasión, entró al cuarto y vio el cuadro por sí mismo. Sin dudas, el cuadro se agravaba. Giovanni había entrado en un estado de delirio. Pero no se moría. Entonces, le sugirió a Filomena darle una dosis más. Tenía la excusa de que lo obligaba a ingerirlo, por prescripción del médico.

Esa tarde, el enfermo volvió a consumir vino, al igual que Filomena, quien lo hacía para disimular. La nueva dosis se internó en el cuerpo destrozado de Giovanni. El proceso metabólico se potenció. Para entonces, su único deseo era morir. Llorando, se tocaba el vientre y murmuraba con dificultad: *"Inferno"*.

También se preocupaba Rossi, quien acudió a la pensión el jueves 13 a las ocho de la noche. Necesitaba cerciorarse de que Sassano había cumplido su palabra de no involucrarlo. Por ese motivo, conversó con Filomena y confirmó, para su tranquilidad, que no estaba al tanto. Además, le ofreció una suma de dinero que le permitiría saldar deudas tomadas esos días.

El desenlace demandó poco más de veinticuatro horas. El viernes 14 a la noche, el atormentado cuerpo de Giovanni se rindió de golpe, sin una sola señal de aviso. Su rostro no expresaba alivio. Pero eso ya no importaba.

El maldito plan había funcionado.

Sin embargo, en el cuarto no solo yacía un cadáver, sino también una verdad demasiado peligrosa que, de la misma manera, debía ser enterrada para siempre.

DOS POZOS

El sábado 15 colocaron el cadáver en un cajón de pino hecho a mano, y lo exhibieron sobre dos caballetes en el patio del conventillo. El calor acentuaba el olor de la muerte y la crudeza de la escena. Carmena Sánchez y Juan Malato, hijo del encargado, se acercaron con cautela. Desde la distancia ya habían notado algo inquietante: el rostro ennegrecido, el cuerpo hinchado hasta un punto grotesco. De cerca, la imagen no mejoraba.

El patio de la pensión, sofocado por la temperatura asfixiante, se llenaba poco a poco de curiosos y vecinos que llegaban a despedirse. Algunos permanecían junto al cajón, susurrando especulaciones entre dientes; otros, en cambio, atravesaban el pasillo y entraban en la habitación de Filomena, donde la mujer recibía el pésame con gesto sereno. Una vecina le prestó una mantilla negra de luto, que se colocó sin ceremonias antes de volver a inclinar la cabeza para recibir las condolencias.

A las dos de la tarde, Sassano cruzó el umbral. Camuflado entre los demás visitantes, se desplazó con un aire de normalidad estudiada. Pero su entrada no pasó desapercibida. Carmena y su compañera de cuarto, Manuela Santillán, lo observaron con disimulo. No necesitaban presentación: lo conocían bien. Sin embargo, un

detalle las intrigó aún más: al pasar junto al cajón ni siquiera torció la vista. Caminó con determinación hasta la habitación de Filomena, la séptima, al fondo a la izquierda.

Permaneció allí cinco minutos. Nunca estuvieron completamente solos, pero incluso ante testigos circunstanciales, conversaron en voz baja sobre el entierro. Sassano se comprometió a enviarle dinero para costear un féretro decente, dentro de la modestia posible. Una hora después, Luis Cortasso, su compañero en trabajos de albañilería, apareció con doscientos pesos. Con ese dinero, sumado a una colecta entre los vecinos, Filomena pudo cubrir los gastos y encargar el ataúd.

El siguiente paso era llevar el cuerpo al cementerio de la Chacarita. Cinco vecinos acordaron que era necesario obtener la boleta de defunción, requisito ineludible para autorizar la sepultura.

Comisionaron a Juan Malato para que gestionara el certificado en la comisaría 15ª., en Santa Fe y Callao. Sin embargo, allí se encontró con un obstáculo: dado que la muerte ocurrió en el hogar y se atribuyó a una enfermedad, era imprescindible contar con la certificación de un médico.

Cuando Filomena se enteró, insistió en recurrir al doctor Borbón, el mismo que en vida había diagnosticado a Giovanni con escarlatina. Finalmente, Malato logró ubicarlo el domingo al mediodía. El médico, con visible fastidio, tomó un formulario, escribió la causa de muerte con un trazo rápido y le entregó el papel sin mayor interés.

Con el documento en mano, el lunes 17, Filomena, acompañada por dos vecinas piadosas, se dirigió al cementerio. Una cochería vinculada a la Unione e Benevolenza se encargó del traslado. En

Chacarita, los restos de Giovanni San Martín, italiano de treinta años, registrado en la parroquia Del Pilar, fueron depositados en la fosa 43, junto a otros dos cuerpos anónimos. La confusa caligrafía del médico llevó a que el empleado municipal que realizaba el registro, consultara a la viuda el nombre del muerto. Ella respondió:

—Nombre, Juan; apellido, Martín.

Así quedó registrado. De esta manera, el napolitano había perdido la vida y también su identidad.

Filomena regresó a la pensión y se recluyó en su cuarto. Permaneció allí dos días de luto, saliendo únicamente para ir al baño en el fondo del pasillo. Nadie prestaba demasiada atención a sus movimientos. En una de esas salidas, sin mirar atrás, dejó caer el frasco en el pozo ciego.

Uno bajo tierra. El otro, hundido en agua estancada. Dos secretos ocultos en la profundidad de Buenos Aires, esperando que el tiempo hiciera lo suyo.

TERCERA PARTE

PABLO TASSO

El comisario de turno era el asignado para resolver los asuntos generales de la jornada. Los veinte encargados de las comisarías, más el que actuaba en los mercados y el del puerto, rotaban para hacerse cargo del turno, ocupando un despacho en el Departamento Central. Clodomiro Tobal fue quien tuvo las responsabilidades del 19 de enero. A media mañana, fue convocado a la jefatura. En cuanto ingresó al escritorio, le entregaron un sobre dirigido a: "Don Marcos Paz, Jefe de Policía". La letra desprolija delataba a un autor con poca destreza, pero el mensaje en su interior era inequívoco:

Hace seis días envenenaron y enterraron a un inquilino en la pensión Paraguay 547.

Paz dispuso que se informara de inmediato al comisario Pablo Tasso, responsable de la 15ª. sección, con jurisdicción en la zona donde, según la denuncia anónima, se había cometido el crimen. Él quedaría al frente de la investigación.

Tobal no quiso perder tiempo con telegramas ni mensajeros y salió a caballo desde el Departamento Central. Consideraba más rápido y efectivo explicarle la situación a Tasso en persona que confiar en un

cable o en la intermediación de un agente de menor rango. De todos modos, la información era escasa: tan solo trece palabras anónimas y una cifra. Ese era el punto de partida para el comisario de Recoleta.

La decisión fue acertada. Tasso se presentó en el conventillo de la calle Paraguay sin demora. Lo primero fue establecer quién había muerto seis días atrás. No tardó en obtener la respuesta: unos pensionistas le confirmaron que el fallecido era Giovanni San Martín, jornalero napolitano.

También aportaron un dato de interés: el hombre había estado enfermo desde el primero de enero. Señalaron, además, el cuarto que rentaba la viuda.

No bien ingresó a la pieza, la expresión de Filomena le bastó a Tasso para descartar que fuera la autora del anónimo. Terminó de confirmarlo cuando notó que la mujer no sabía leer ni escribir. Su pregunta fue directa:

—¿De qué murió su marido?

La respuesta también fue inmediata.

—De viruela negra. Lo atendió el doctor Juan Borbón y él mismo firmó el certificado de defunción.

Tasso conocía a Borbón. Vivía a un par de cuadras de la comisaría y en más de una ocasión lo habían llamado para atender heridos de peleas callejeras. Sin pérdida de tiempo, se dirigió a su domicilio.

El médico lo recibió con curiosidad y, tras un breve intercambio de saludos, relató lo ocurrido. Según explicó, el 16 de enero un muchacho se había presentado en su casa, asegurando que lo habían enviado de la comisaría. Le pidió que extendiera un

certificado de defunción para un italiano de apellido San Martín, fallecido dos días antes en un inquilinato de la calle Paraguay.

Borbón admitió que solo había visto a San Martín una vez y de manera superficial. La mujer que lo cuidaba —contó— se había mostrado esquiva y no había querido precisar detalles sobre la enfermedad.

Aun así, el médico había sentido cierta presión para firmar el certificado: en su experiencia, cuando un colega se negaba a extender esos documentos en forma gratuita por tratarse de gente humilde, las críticas no tardaban en llegar. Finalmente, lo firmó. Al recordar que, en su breve visita, había notado una erupción diseminada en la piel del enfermo, consignó la causa de muerte como "escarlatina". Confesó que, aunque ese fue su dictamen, no estaba del todo convencido.

El relato de Borbón coincidía con las sospechas sobre la singularidad del caso.

Tasso regresó al conventillo y le pidió a Filomena los nombres de los amigos y allegados de Giovanni. De los siete u ocho que mencionó la joven, tres llamaron su atención: Juan Spaccamonte, Nicola Rossi y Juan Bautista Sassano.

Reunió a un grupo de agentes y partió a detener a los sospechosos. Sassano y Spaccamonte fueron apresados en el conventillo de la calle Talcahuano. A Rossi lo encontraron en la vía pública, a dos cuadras de su pensión. Los tres fueron llevados a la comisaría y encerrados en celdas separadas. Tasso intuía que la muerte de San Martín no era obra de un solo hombre, sino de varios. Y no pensaba perder ninguna pieza en su primer movimiento.

A la mañana siguiente, jueves 20 de enero, comenzó interrogando a Nicola Rossi. Este juró no haber conocido jamás a Giovanni San Martín. Lo único que sabía era que en la pensión de la calle Paraguay vivía un paisano napolitano enfermo y sin un peso. En su declaración, algo desordenada, contó que el jueves 13, pasadas las ocho de la noche, andaba por la cuadra de aquel inquilinato cuando vio a Filomena. La conocía de antes: en una época había sido su lavandera. Ella le contó que su marido estaba grave y lo invitó a pasar.

De acuerdo con su testimonio, Rossi aceptó y, al entrar a la habitación, identificó al enfermo: habían compartido unas veinte comidas en el pasado. Sin embargo, aseguraba que hasta ese momento ignoraba su nombre. Agregó que le había dejado algo de dinero a Filomena para ayudarla con las cuentas.

El comisario se tomó un instante para procesar la declaración. Había algo que no encajaba: Rossi decía no conocer a San Martín por su nombre, pero al mismo tiempo admitía que habían comido juntos en más de una ocasión. Tampoco pasaba desapercibida la casualidad de haberse encontrado con Filomena en la puerta del conventillo, justo en esas graves circunstancias.

—¿Había alguien más en la pieza del enfermo? —preguntó Tasso.

Nicola asintió. Alrededor había varios hombres, aunque solo reconoció a dos: uno llamado Rafael, cuyo apellido ignoraba, y otro napolitano, un tal Juan Sassano.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de su paisano?

—El domingo, a los dos días. Me lo dijo Sassano.

Tasso ordenó que lo devolvieran a la celda y pidió que le trajeran al detenido que parecía estar más complicado.

JAMÁS LA HE VISTO

Cuando Sassano ingresó al despacho, Tasso le clavó la mirada. No dijo una palabra. Solo lo observaba.

El detenido, lejos de incomodarse, sostenía la misma sonrisa de siempre: la que le había dedicado a Giovanni en el Hotel de Inmigrantes, a la señora de Strassburger cuando lo buscó en la pensión y a su primo y Filomena, en el Parque 3 de Febrero, aquella tarde de domingo, el 19 de septiembre, hacía exactamente cuatro meses y un día.

A la derecha de Tasso, el escribiente Nicolás Muccioli —italiano también— parecía ser el único nervioso en la sala. El comisario rompió el silencio con una pregunta directa:

—¿Conoció a Giovanni San Martín, el hombre que vivía en Paraguay 547?

Sassano achicó los ojos, apretó la boca con una mueca y negó con la cabeza. Tasso no se movió. Muccioli mantuvo la vista en el papel. Entonces, el detenido quebró el duelo de silencios:

—No.

El policía se puso de pie, apoyó las manos sobre el escritorio y repitió la pregunta, esta vez en un tono más bajo, más íntimo.

Sassano, aún sonriente, respondió con una vaga explicación: sabía que en la pensión de Paraguay vivía un paisano, había oído mencionar que un tal San Martín había muerto. Sin embargo, él nunca había estado en ese domicilio.

El escribiente miró de reojo a Tasso, esperando una señal que confirmara lo que ya intuía: el testimonio era endeble. A pesar de coincidir, el comisario no se inmutó. Solo se inclinó levemente hacia adelante antes de lanzar la siguiente pregunta, simple e ineludible:

—¿Conoce a Filomena, la esposa de San Martín?

Sassano desvió la mirada al techo, como hurgando en su memoria. Pero no encontró a ninguna Filomena.

—Tampoco. Jamás la he visto —remató.

Ante una nueva consulta, aclaró que desconocía la causa de la muerte del paisano de la calle Paraguay.

El despacho quedó en un silencio denso.

Finalmente, Tasso ordenó que lo regresaran a la celda. Encendió un cigarrillo, aceptó un mate que le alcanzó Muccioli y se dispuso a recibir al colchonero Spaccamonte. El tercer hombre en cuestión bien podría agregar nuevos ingredientes al cóctel de mentiras. De todos modos, tarde o temprano, la verdad saldría a la luz.

Hasta que las expectativas dieron un giro con la declaración de Spaccamonte.

El colchonero llegó molesto. Tasso sabía diferenciar la inquietud de un culpable de la indignación de un inocente. Spaccamonte, que siempre había sido reacio a la conversación, esta vez mostró su otra cara. Fue elocuente para detallar que Giovanni le era familiar pues provenían del mismo pueblo, que incluso lo había alojado en su casa durante dos meses.

Tasso y Muccioli intercambiaron una mirada. En los ojos de Spaccamonte no vieron dobleces cuando contó que, el día 15, le avisaron que San Martín había muerto la noche anterior, aunque él desconocía la enfermedad que lo había atacado.

Sin embargo, agregó algo más interesante. Algo que no había mencionado ninguno de los otros detenidos. Dijo que hacía ocho meses que no se hablaban, que se habían distanciado por una deuda: sesenta pesos que San Martín le debía por haberle ofrecido un techo.

El comisario no esperaba recibir tanta información de golpe. Se levantó y se dirigió a los mingitorios. Luego se quedó un rato en el patio, encendiendo otro cigarrillo y uniendo las piezas del caso.

Hasta el momento, Spaccamonte le parecía el más sincero de los tres. Sin embargo, era el único que tenía un motivo claro para enemistarse con la víctima: una deuda impaga. Por otro lado, tal vez el colchonero hablaba con tanta soltura pues no tenía nada que esconder.

Tasso decidió interrogarlo de nuevo. No solo para detectar mentiras, sino para confirmar certezas. Quería saber qué tenía para decir sobre Rossi y sobre Sassano.

Fue una buena elección. Porque Spaccamonte le entregó una pieza clave del rompecabezas: Sassano no solo conocía a San Martín, sino que eran primos hermanos. Y algo más. Reveló que ambos habían compartido habitación en el inquilinato durante varios meses.

La bruma de los engaños comenzaba a disiparse. Ahora, era cuestión de reconstruir el camino que había llevado a la muerte del inmigrante napolitano.

RUMORES EN EL CONVENTILLO

Durante su visita al inquilinato, al comisario Tasso le había llamado la atención un muchacho que reunía ciertas condiciones favorables: tenía disposición para colaborar, respondía con aplomo y dejaba entrever que sabía más de lo que contaba. Su nombre ya figuraba en su libreta de anotaciones: Juan Malato.

Hasta el momento, Tasso había escuchado tres versiones de la historia. Ahora esperaba que el joven vecino pudiera aportar nuevos elementos de valor.

Malato era delgado, pero fuerte. Tenía la agilidad de quien está acostumbrado a moverse en espacios reducidos y a ganarse el pan desde chico. Llevaba siempre el pelo corto, y sus ojos, de un castaño profundo, reflejaban su astucia y cautela. La nariz algo afilada y el mentón, aún en formación, insinuaban el fin de la adolescencia. Vestía una camisa de algodón gastada, pantalón de lino remendado y unos botines ajados que había heredado de un inquilino.

Era observador e inteligente, con un instinto natural para leer a las personas. En el conventillo había aprendido temprano que la información es poder y que, a veces, saber callar valía más que hablar. No se metía en problemas sin motivo, pero si alguien lo desafiaba o ponía en peligro a su madre, no dudaba en plantarse.

A pesar de sus 17 años, había desarrollado una madurez inusual, forjada entre las paredes húmedas de la pensión y el roce con gente de todo tipo. Sabía que los mayores solían subestimar a los jóvenes y usaba eso a su favor. Le gustaba escuchar conversaciones ajenas sin ser notado: así aprendía sobre la vida y los secretos de los inquilinos. Podía hacerse el distraído, pero pocas cosas se le escapaban. Si todo seguía su curso, no faltaría mucho para que reemplazara a su madre en la administración de la casa.

Cuando lo citaron a la comisaría, Malato sintió que por fin era parte de algo serio. Se presentó sin demora y dejó en claro su disposición para colaborar. No sabía con certeza de qué había muerto San Martín, pero había escuchado rumores en el conventillo: decían que Filomena tenía un amante y que ese hombre bien podía haberlo envenenado.

Recordó que había visto al jornalero en sus últimos días, sufriendo fuertes dolores abdominales, revolcándose en la cama y vomitando sin parar. Una hora y media después de su muerte, se había acercado a la habitación. Le impresionó el cadáver hinchado y el rostro completamente ennegrecido.

Tasso fue al grano.

—¿Sabes quién es el amante de Filomena?

Malato no dudó. Su rostro se tensó y su mirada se clavó en un punto fijo. Asintió con una seguridad inquietante y mencionó un par de detalles esclarecedores.

Unos minutos después, cuando introdujeron a Sassano en el despacho, los ojos del joven se encendieron con un destello de reconocimiento inmediato. Sus labios se fruncieron en una mueca entre el desprecio y la certeza.

—Es él —dijo con voz firme, sin necesidad de pensarlo dos veces.

No hizo falta que los policías se miraran. La tensión en la sala era palpable. En cambio, Sassano, de pie frente a su acusador, apenas pestañeó.

Cuando retiraron al silletero del despacho, el joven continuó su relato. Durante la enfermedad de San Martín, Sassano había visitado su habitación en dos ocasiones. Y después de la muerte, lo había visto volver al conventillo más de una vez. Incluso, en varias oportunidades lo sorprendió merodeando en la vereda de enfrente, espiando el interior de la casa. Para Malato, estaba claro: buscaba a Filomena.

En cuanto a Nicola Rossi, el informante también tenía algo para decir. Recordó que en una conversación Filomena le había expresado su gratitud hacia un hombre alto, rubio y fosforero, que se había ofrecido a ayudarla si alguna vez lo necesitaba.

La descripción coincidía con Rossi. Para confirmar, los agentes lo hicieron pasar hasta el dintel de la puerta. Malato lo miró con atención y asintió tres veces.

—Sí, es él.

Por último, el joven aclaró un punto clave. Fue él mismo quien, tras la muerte de San Martín, se presentó en la comisaría para gestionar el certificado de defunción. Como hijo de la inquilina principal, creyó que le correspondía encargarse del trámite. Pero cuando llegó, un empleado le explicó que esa gestión era exclusiva del médico.

Por eso, sin dudarlo, había ido hasta la casa del doctor Borbón.

Tasso le informó que, probablemente, lo convocarían otra vez para aclarar algunos puntos. Le pidió que guardara discreción sobre lo

que había dicho y, con un gesto breve, lo despidió en la vereda de la comisaría.

En ese momento, vio acercarse al segundo jefe de la seccional, Bartolomé Superí. No le ofreció explicaciones ni detalles. Solo se limitó a decir:

—La viuda tiene un amante.

Mientras tanto, en la pensión, Filomena seguía encerrada en su habitación. La inquietaba no tener noticias de Sassano. La visita del comisario había sido inesperada, pero confiaba en que el secreto macabro quedaría entre ellos dos. Ninguno traicionaría al otro.

Esa certeza era el único calmante para las horas de incertidumbre.

JUNTO A UN POSTE DE LUZ

Catalina Mallorca, la madre de Juan Malato, comprometió aún más a los implicados. Dijo que en la pensión se especulaba con que Giovanni había sido envenenado, aunque Filomena insistía en que el mal lo había provocado el vino con limonada. Aportó además una nueva pieza al rompecabezas que armaba el comisario: contó que Giovanni había decidido mudarse del conventillo de Talcahuano por celos de su primo Sassano. Y sin que se lo preguntaran, añadió otro dato clave: el día del velatorio, había visto a Filomena hablando en secreto con Sassano.

Recordó que la mañana siguiente de la muerte de San Martín, Filomena le contó que le había dado un vomitivo de tártaro, por indicación del médico. Asimismo, aseguró que Giovanni y Filomena se llevaban bien.

Promediaba la calurosa tarde cuando tomó nota de los testimonios de dos compañeras de cuarto del inquilinato. Manuela Santillán (19 años) y Carmena Sánchez (23) coincidieron en la sospecha de un posible envenenamiento. Esa era una voz que corrió por todo el conventillo. Manuela agregó que en varias oportunidades halló a los amantes conversando en el Mercado Libertad.

Con todos los indicios reunidos, el comisario Tasso se tomó un respiro.

Llamó a Superí, su hombre de confianza, y repasaron los testimonios. En solo veinticuatro horas desde que Tobal le entregó la denuncia anónima, casi todo encajaba.

Pablo Tasso era un hombre impulsivo y absorbido por el trabajo. Su único oasis era fantasear con la idea de un emprendimiento ganadero en la provincia de Buenos Aires. Se imaginaba criando ganado en su propia granja. También soñaba con formar su familia. De todos modos, esos recreos mentales eran breves: las responsabilidades de la comisaría no le daban tregua. La investigación encomendada por el caso de posible envenenamiento lo ponía a prueba. Ya había decidido detener a la viuda, pero el intercambio con Superí le hizo considerar otra opción: consultar al alto mando.

A las siete de la tarde, con el primer alivio que trajo el ocaso, Tasso se presentó en el Departamento Central para informar al jefe Paz sobre los avances de la investigación. En el despacho también se encontraba el secretario García Merou.

Las noticias eran buenas y Paz no dudó en dar la orden: Filomena debía ser indagada. Si era necesario, se la confrontaría con los detenidos. Aunque, a partir de ese momento, dejaban de ser tres, ya que se dispuso la liberación de Spaccamonte.

Dos oficiales de la Sección 15ª. fueron al conventillo. Desde la visita de Tasso la tarde anterior, Filomena apenas había salido de su cuarto en dos breves ocasiones. La tensión era evidente, pero aún así, no esperaba que dos agentes fueran a detenerla.

Mientras tanto, en la comisaría de la calle Santa Fe, Tasso y el escribiente Muccioli se prepararon para una nueva ronda de preguntas y respuestas. Un vigilante buscó a Sassano en el calabozo. El silletero fue invitado a sentarse junto a la ventana que daba al patio interno. La última luz del atardecer se proyectaba sobre el escritorio, alargando las sombras en la habitación.

El aspecto de Sassano había cambiado. Las horas de calor en la celda se notaban en su rostro sudoroso y en la ropa arrugada. El cansancio le jugaba en contra. Sin embargo, se había preparado para el interrogatorio y estaba decidido a mantenerse firme.

Después de todo, solo él, Filomena y Nicola conocían la verdad. Cada uno tenía razones para proteger al otro. Además, los avalaba el certificado médico. Sassano confiaba: mientras la verdad no saliera a la superficie, estaban a salvo.

Pero su andamiaje de especulaciones comenzó a desmoronarse cuando Tasso le hizo una indicación con la cabeza.

—Mire hacia el patio —le dijo.

Sassano giró la vista y descubrió a Filomena, de pie junto al poste de luz.

—La viuda contó todo —aclaró el comisario—. Hable de una vez. Hágase un favor y no mienta más.

Sassano se quedó largo rato observando a Filomena. En su rostro y en sus gestos vio la confirmación de lo que Tasso le decía. Inspiró hondo, giró lentamente y, mirando al comisario a los ojos, dijo con voz grave:

—Voy a contarle todo, hasta en los detalles. Pero con una condición: que mi secreto quede entre nosotros.

Hizo una pausa y agregó:

—Porque de él depende mi vida.

SOLO UN GRAN CARIÑO

El truco de hacerle creer a Sassano que su amante había confesado logró su cometido. Sassano ofreció la versión más completa posible, incluso se adjudicó la propuesta de envenenarlo. Tasso apenas interrumpía para dejar en claro alguna palabra que no se había entendido. El escribiente hacía su mejor esfuerzo para no perder una línea del monólogo. Aun así, hubo momentos en que debió pedirle a Sassano que hiciera una pausa.

Mientras tanto, en el patio, desentendida de lo que ocurría en el despacho del comisario, Filomena se concentraba en su defensa. Al igual que Sassano, suponía que los riesgos se habían ido al pozo junto con el cadáver de Giovanni. Especuló con la posibilidad de que su amante estuviera detenido allí mismo. Sin embargo, sabía que no se traicionarían.

En la oficina del comisario, Sassano continuaba dando precisiones. En dos o tres oportunidades se refirió a "la mala vida que Giovanni le daba a su señora" y aseguró que era violento con ella. Admitió que convivieron en la casa de los alemanes, pero aseguró que nunca tuvo relaciones con Filomena, "solo un gran cariño". Detalló el encuentro con su primo en la calle, cuando Giovanni le retiró el saludo, y reveló que durante uno de los últimos encuentros en el

Mercado Libertad, Filomena le había contado que Giovanni juró matar a los dos.

La noche se adueñó del jueves. Se percibía cierto alivio en Sassano, a medida que iba hilvanando las frases. Su soltura para poner en palabras la maquinaria criminal que había montado no lo atormentaba. Pero hablaba tanto, que en un momento se le secó la garganta. El escribiente salió del cuarto y regresó con una jarra de agua del aljibe, ubicado en el patio donde aguardaba Filomena. Los tres bebieron. Ya frescos, el parloteo de Sassano se volvió menos atropellado y más ilustrativo.

Tasso se acercó al escribiente y tomó una hoja con sus anotaciones. Fingió estar leyendo un par de párrafos, luego alzó la vista y dijo:

—Cuéntenos dónde obtuvo el veneno.

Sassano respondió con firmeza, mostrando seguridad y credibilidad. Apuntó a Rossi, nada menos que Tío Nicola. Aseguró que el fosforero sabía para qué lo necesitaba. Según contó, Rossi le extendió la mano y le reclamó que le asegurara, bajo palabra de honor, que jamás lo delataría. Sassano explicó algo que el escribiente Muccioli sabía muy bien: cuando dos italianos se daban la mano bajo promesa, quien quebrara el acuerdo ponía su vida en riesgo.

Ese era el motivo por el cual Sassano había pedido que su confesión no trascendiera.

Tasso armó un cigarrillo y lo encendió. Superí sirvió otra tanda de agua. Sassano inició su tercer bloque de confesiones narrando que el primer día del año, los italianos festejan mucho. Allí residía la

posibilidad de aprovechar la celebración y mezclarle el veneno en el vaso de vino.

Reconoció las visitas al inquilinato durante la agonía de Sassano y la entrega de dinero a Filomena.

Tasso dio por terminada la indagatoria. Ordenó al telegrafista que comunicara las novedades a la jefatura. El cuadro presentado por Sassano era completo. Solo restaba confirmar sus dichos, o ajustarlos, a partir de las versiones de los otros dos involucrados. Sobre todo, la de Filomena.

CADENA CRIMINAL

A solas en su despacho, el comisario Tasso tomó la pluma y, bajo el parpadeo de la lámpara de gas, trazó lentamente tres eslabones unidos en una hoja arrugada. En el centro de la cadena escribió las iniciales de Sassano. A la izquierda, las de Rossi; a la derecha, las de Filomena. Sus dedos dejaron pequeñas manchas de tinta en el papel. El aire estaba cargado de humedad, y un leve olor a cera y tabaco viejo parecía adherirse a la piel.

Sassano, el instigador. Rossi, el proveedor. Filomena, la ejecutora.

Pero, ¿cuántos eslabones faltaban todavía para cerrar el círculo? ¿De dónde había sacado Rossi el veneno? Tasso entrecerró los ojos, concentrado en el dibujo. Trazó un cuarto círculo, más pequeño, a la izquierda del de Rossi, y en su interior dibujó un signo de interrogación.

Tomó el reloj de su chaleco. Faltaban minutos para las nueve. La comisaría comenzaba a apagarse, solo quedaban las guardias.

—¡Lleven a Filomena al telégrafo! —ordenó con voz seca—. Y que venga Rossi.

El sonido de pasos retumbó en el pasillo. El fosforero ingresó, tomado del brazo por el agente Muccioli. Su camisa empapada de sudor se pegaba a su espalda, y una mueca de fastidio le endurecía

el rostro. Arrastró la silla hasta la mesa con un golpe seco y clavó los codos en el escritorio. Tasso, imperturbable, se alisó el bigote con sus dedos y le preguntó, una vez más, la causa de la muerte de Giovanni San Martín.

—Lo ignoro —respondió Rossi al instante. Tasso no pestañeó.

—¿Quién le dio el frasco, Rossi? —insistió, pisándole las palabras. El napolitano confesó que usted conocía el plan.

El fosforero se estremeció. Su cabeza se agitó en un movimiento involuntario. Un golpe invisible lo había alcanzado. ¿Sassano lo había traicionado? Se mordió la lengua y negó lentamente.

—Eso no es cierto. Sassano nunca se atrevería a repetirlo delante de mí —se apresuró a responder.

Tasso esbozó una media sonrisa, aceptando el desafío.

—Veremos...

Minutos después, Sassano y Tío Nicola se encontraban frente a frente en el despacho. Rossi inclinó apenas la cabeza, apretó los dientes y selló sus labios. Su respiración nasal marcaba el ritmo del momento. Sassano, en cambio, no levantó la vista. Parecía un hombre condenado, hundido bajo el peso de su culpa. Finalmente, gimió:

—Ya lo saben. Lo saben todo. Filomena habló.

Rossi ni siquiera fingió sorpresa. Algo en él se quebró, pero no mostró dolor. Solo cansancio.

—Sí, comisario —admitió, sin emoción—. Le di un frasco de veneno para matar chinches. Eso fue lo que me pidió.

Mientras retiraban a Sassano del despacho, el fosforero lo persiguió con la mirada. Sus ojos se estacionaron en la puerta que

se había cerrado. Tasso volvió a inclinarse sobre el dibujo de los cuatro eslabones y, sin levantar la vista, insistió:

—¿Quién le dio el frasco, Rossi?

—Un paisano llamado Vicente, que se fue a trabajar la cosecha al campo —respondió, resignado. Tasso lo miró, estudiando cada matiz de su expresión. Algo en el rostro de Rossi parecía derrumbarse, aunque sus palabras trataban de mantener una débil estructura de credibilidad.

Proporcionó la dirección del inquilinato que ocupaba el tal Vicente en Buenos Aires y la de una barraca donde trabajaba, cerca de la plaza Once.

—Él puede confirmarlo. Me lo dio de buena fe. Será su palabra contra la de Sassano —añadió con tono más sereno, como si hubiera encontrado una tabla a la que aferrarse.

El problema era el tiempo. Vicente no regresaría del campo hasta febrero. Rossi estaba solo con su historia, y dependía del juicio del comisario.

Pero Tasso no le creía.

Recordaba las respuestas confusas del primer interrogatorio y ese encuentro, supuestamente casual, con Filomena en la puerta de la pensión. Por eso y por la confesión de Sassano, formaba parte de la cadena criminal.

El comisario cerró los ojos un segundo y dejó escapar un suspiro largo.

Era el momento de escuchar a la viuda. La mujer que juraba que Giovanni San Martín había muerto de viruelas negras.

POSEEDOR DE NUESTRO SECRETO

Tasso y Muccioli se dirigieron a la oficina del telégrafo, donde Filomena aguardaba. La mujer mantenía una calma desconcertante. El comisario adoptó un tono más suave que el empleado con los otros detenidos, casi paternal. Le pidió que relatara los hechos desde el 1 de enero hasta la muerte de su esposo. Filomena comenzó a narrar con precisión minuciosa: la salida de Giovanni para comprar vino, la aparición de los primeros síntomas, la llamada al médico y el fatal desenlace. La mujer solo se detenía para aclarar detalles, asegurándose de que no hubiera fisuras en la versión fabricada.

Filomena enumeraba las pocas ocasiones en que Giovanni había salido de la cama durante aquellos días cuando unos pasos y murmullos rompieron el ritmo del interrogatorio. Al otro lado de la puerta aparecieron el jefe Paz y Bartolo Superí. Tras un saludo breve, ambos se ubicaron en un rincón cercano a la ventana, observando en completo silencio. Tasso retomó la indagatoria, esta vez con un tono más incisivo:

—¿Conoce a Juan Sassano?

—Era uno de los tantos amigos de Giovanni —respondió ella sin titubear.

—¿Se reunió con él en el Mercado Libertad?

—No, señor.

—¿Habló con Sassano acerca de envenenar a su marido?

—No.

Tasso entrelazó los dedos y bajó ligeramente la cabeza, mientras acomodaba los pensamientos. Desde el rincón, Paz lo observaba con atención, más pendiente de la estrategia que de las respuestas de Filomena. Superí, que había acercado una silla para ofrecer al jefe, la retiró discretamente al ver que este la rechazaba con un simple movimiento de cabeza.

Tras una pausa cargada de tensión, el comisario volvió a la carga con un manojo de preguntas. Filomena seguía negando cada acusación con una serenidad perturbadora, que era su mejor escudo.

Dijo que Giovanni no era un hombre violento, salvo "una vez que me pegó una trompada, pero nunca lo conté a nadie". Aseguró que jamás había compartido cuarto con Sassano y que el dinero que este le había enviado era para saldar una deuda con su esposo.

—Sin embargo, Sassano dijo que lo hizo para ayudarla —replicó Tasso.

—No es verdad. Le repito que se lo debía.

El silencio volvió a adueñarse de la sala, roto solo por una tos nerviosa y el leve crujido de una silla. Tasso se acercó al telegrafista y le susurró algo al oído. El empleado asintió:

—¡Ya mismo, señor! —respondió mientras abría la puerta y desaparecía por el pasillo. Pocos minutos después, regresó con Sassano. El hombre entró cabizbajo, sujetando su chambergo entre las manos, y el rostro marcado por la derrota. Filomena lo miró

fijamente, buscando en sus ojos alguna respuesta. Pero Sassano evitó su mirada. La conexión entre ellos se había roto.

Tasso no le dio tiempo para reaccionar.

—¿Qué contenía el frasco que este hombre le entregó en el Mercado Libertad? —preguntó el comisario.

—No sé de qué me habla —respondió Filomena.

Fue entonces cuando Sassano comprendió que había caído en la trampa. Filomena no lo había traicionado. Sin embargo, ya era demasiado tarde. La célebre sonrisa optimista del silletero había desparecido definitivamente.

Tomó aire, fijó los ojos en Filomena:

—Di la verdad, querida —murmuró, con la voz quebrada—. El comisario ya es poseedor de nuestro secreto.

Todas las miradas se posaron sobre ella. Filomena se cubrió el rostro con ambas manos. Sintió que el mundo se desmoronaba. Un zumbido sordo le nubló los oídos. La sala se inclinó sobre sí misma. Luego, la oscuridad.

Cuando volvió en sí y habló, no lo hizo con resignación, sino con la firmeza de quien está convencido de sus actos. Dijo que habían decidido envenenar a Giovanni "por la mala vida que le daba" y que su muerte, el 14 de enero, había sido "a resultas de ese veneno".

Estaba todo dicho. El escribiente dio lectura a la declaración en voz alta. Filomena, que no sabía leer ni escribir, aceptó que el telegrafista firmara por ella.

El jefe Paz, Tasso y Superí abandonaron la sala. En menos de cuarenta y ocho horas, el anónimo de trece palabras había permitido desenterrar un crimen de traición y muerte. Giovanni, el napolitano

al que el certificado de defunción atribuía un deceso por escarlatina, había sido envenenado por su esposa y su primo.

Luego de felicitar al comisario por la pronta resolución, el jefe Paz le ordenó preparar el informe sumarial del caso. Los tres detenidos serían trasladados a la cárcel del Departamento Central al día siguiente. Solo restaban los trámites burocráticos antes de enviar la causa a los responsables del fuero Penal. Enero no daba mucho margen debido a la feria judicial: el expediente terminaría en el despacho del juez Adolfo Insiarte.

LA CORRECCIONAL

Las pocas pertenencias de los detenidos quedaron en manos de los encargados del conventillo, reducidas a una lista breve y despojada. Allí figuraba la caja cerrada con llave de Filomena y la cama de hierro que habían adquirido con tanto esfuerzo, la misma sobre la que Giovanni resistió, entre quejidos sordos, sus últimas dos semanas de vida. Estaba también el reloj de pared de Sassano —sus agujas detenidas— y la navaja con mango de búfalo. Por último, colgado en el vacío dejado por Nicola Giovanni, estaba el cuadro de la Virgen de los Dolores, su protectora en las noches más angustiantes. Ahora, convertido en apenas otro número en el inventario, parecía haber perdido para siempre su poder de consuelo.

Uno a uno, los acusados fueron trasladados a la cárcel del Departamento Central de Policía, vecina del Cabildo. Rossi, el primero en llegar, fue alojado en un calabozo de la planta alta. Filomena ocupó una celda en el mismo nivel, mientras que Sassano fue encerrado en el fondo de la planta baja.

La estadía en su nuevo destino fue breve. Al día siguiente, el jefe Paz ordenó su traslado a las cárceles correspondientes y envió el legajo al juez de turno, Adolfo Insiarte. Los hombres, Sassano y

Rossi, arribaron a la Penitenciaría de Palermo en horarios diferentes para evitar el contacto entre ellos. Nicola caminaba por el pasillo con la boina baja y la vista fija en el piso de piedra. Era mejor así. Mejor no ver lo que había detrás de aquellas puertas cerradas. Mejor no pensar.

Ambos fueron asignados a calabozos en los pabellones de encausados, donde, por norma, no recibían tantas atenciones como los condenados, a quienes se les proveía de ropa —mameluco, botines en buen estado y gorra—, estaban bien alimentados y eran tratados como parte del sistema.

El despacho del juez del Crimen se encontraba en el mismo complejo, cerca del portón de la calle Chavango. Adolfo Insiarte no estaba presente aquella mañana. El ingreso de nuevos presos no requería su atención inmediata. Pero el expediente ya lo aguardaba en la mesa de entrada. El lunes lo llevarían a su despacho.

Mientras tanto, Filomena era trasladada a la Cárcel Correccional, ubicada en la misma manzana que la iglesia de San Pedro González Telmo. A la viuda le tocó enfrentar una realidad mucho más dura y humillante porque las malas condiciones del edificio donde la encerraron convertían en privilegiados a los penitenciarios de Palermo.

Cinco guardias, un alcaide, un subalcaide y un ordenanza conformaban el personal de la Cárcel Correccional, que albergaba a 240 reclusos. La población masculina mayoritaria estaba formada por hombres adultos que habían cometido simples contravenciones —borracheras, riñas, hurtos— y pasarían unas semanas en prisión. En cuanto a los menores y las mujeres encarcelados, abarcaban

todo el espectro marginal, desde faltas pequeñas hasta crímenes graves.

En las celdas, de poco más de diez metros cuadrados, convivían dos o tres personas. Cerca de la entrada principal, sobre la calle San Juan, se encontraban los despachos de los jueces del fuero correccional y las áreas destinadas al personal. Luego estaban los calabozos de los hombres y una zona intermedia. Completaba la Correccional un conjunto de celdas, en dos plantas, alrededor del patio del fondo, que daba a la calle Comercio.

Filomena fue ubicada en la zona intermedia. Un guardia la empujó suavemente desde atrás, pero para ella fue como si la hubieran arrojado al abismo. Se detuvo un segundo, paralizada por el olor acre que se pegaba a las paredes. El suelo, cubierto por una costra de suciedad, era un testigo mudo de décadas de abandono. Cada rincón de la celda se presentaba como un refugio para el moho y la miseria. Se sentó contra la pared, rodeando sus rodillas con los brazos, mientras el ruido de las letrinas y el cuchicheo incesante de las reclusas llenaba el aire. No había descanso. No había respiro.

Como la mayoría de las mujeres, dormiría en el piso. Se acostó sobre el frío de las baldosas, con el cuerpo acurrucado y las manos temblando. Sus pensamientos escaparon, buscando refugio en la campiña napolitana, donde el aire se perfumaba con olivos y lavanda. Pero ese recuerdo pronto se deshizo, ahogado por el hedor de las letrinas y el murmullo áspero de la prisión. Hasta el Hotel de Inmigrantes era un paraíso, en comparación.

La vida había dado un vuelco. El camino de regreso, si es que existía, sería largo, oscuro y quizás imposible de recorrer.

Filomena cerró los ojos, sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, ni siquiera podía permitirse soñar.

LOS TRES MOSQUETEROS

El lunes 24, en cuanto ingresó a su despacho, el juez Adolfo Insiarte se dirigió al estante de madera opaca y retiró el ejemplar del viejo Código Penal. Pasó los dedos por el lomo desgastado antes de abrirlo. Mientras recorría sus páginas, un destello de nostalgia lo invadió: recordó las largas noches en que su padre había trabajado aquel texto que ya había sido reemplazado. Aun así, Insiarte solía consultarlo. Tras encontrar el artículo que buscaba, devolvió el código a su lugar y tomó uno de los dos expedientes que aguardaban en su escritorio. Ignoró el delgado sumario sobre el envenenamiento firmado por el comisario Tasso y centró su atención en una carpeta más voluminosa: un expediente que, por la cantidad de fojas, prometía ser más complejo. Se trataba de un caso que no había avanzado más allá de las noticias en los periódicos, el robo a Los Tres Mosqueteros.

Todo había comenzado el miércoles 6 de octubre de 1880, cuando Adolfo Amaré llegó a su sastrería Los Tres Mosqueteros, ubicada a una cuadra de la plaza Lorea. Apenas despuntaba el amanecer, pero solo necesitó un vistazo para comprender que algo andaba mal. La puerta había sido forzada y, en el interior, el orden pulcro del local había sido arrasado. El suelo estaba sembrado de perchas. Habían

desaparecido treinta sacos impecablemente confeccionados y más de ciento veinte cortes de los mejores géneros, listos para convertirse en trajes elegantes. El valor de lo robado superaba los cuarenta y cinco mil pesos.

Unos treinta curiosos rodeaban al sastre, cuando hizo su aparición el legendario comisario Octavio González, jefe de la Sección 5ª. La opinión general no dejaba lugar a dudas: si él estaba detrás de los ladrones, no les quedaba escapatoria.

González, porteño de 44 años, era un hombre al que su tropa admiraba tanto por su dureza como por su generosidad. Era habitual que, durante las madrugadas en que patrullaba, sus subalternos lo esperaran con costillas hervidas a la olla, más papas freídas en grasa a caballo y una botella de cerveza Santa Rosa. Era un jefe justo, pero implacable. Sus hazañas, como la desarticulación de una banda de falsificadores que operaba entre Buenos Aires y Córdoba, aún se contaban entre los policías más jóvenes como si fueran leyendas.

La imagen de González alcanzó su máximo esplendor cuando encabezó, montado en su zaino zarco, la columna policial en el multitudinario homenaje a Bernardino Rivadavia, el 20 de mayo, durante el centenario del nacimiento del primer presidente argentino. El desfile quedó grabado en la memoria de muchos, así como la estampa del comisario cabalgando con aire sereno entre el clamor de la multitud.

Sin embargo, sus pergaminos no bastaron para resolver el caso. El expediente, con algunos nombres de sospechosos que nunca fueron hallados, languideció en el "Purgatorio", nombre que se le daba al anaquel de casos sin resolver de la Comisaría 5ª. Era el umbral hacia el olvido, el preámbulo a la impunidad.

Pero el destino, a veces caprichoso, tenía otros planes. La asunción del general Julio A. Roca a la presidencia de la Nación trajo cambios en la policía. González fue trasladado a Mercedes, en la provincia de Buenos Aires, mientras que José Cueto ocupó su lugar en la Comisaría.

Gracias a un golpe de suerte y a la curiosidad del flamante comisario, el expediente abandonaría el rincón oscuro de los casos olvidados. Una nueva luz empezaba a iluminar el misterio que aún envolvía el robo a Los Tres Mosqueteros.

LA ARAÑA DE GAS

El poder y la influencia eran un imán en Buenos Aires.

Enrique García Merou, flamante secretario de Policía, vivía en una elegante casona en la esquina de Cangallo y Cerrito, una de las cuantiosas propiedades de doña Inés Indart de Dorrego, una matrona de respetada alcurnia y gran benefactora.

La mañana del miércoles 15 de diciembre de 1880, recibió la visita de Marcos Suárez, su vecino. El hombre llegó apurado y visiblemente alterado. Durante la noche, alguien había robado la araña de tres lámparas a gas que iluminaba su sala principal, dejándolo en penumbras y con una pregunta inquietante: ¿quién había osado entrar en su casa?

García Merou lo escuchó con atención y le pidió que lo acompañara a la seccional del barrio, la 3ª., donde el comisario Isidoro Acevedo tomó la denuncia y se puso al frente de la pesquisa.

Desplegó a sus agentes, quienes pronto encontraron la araña en la casa de remates de Pedro Ferrer, en la esquina de Cangallo y Paseo de Julio.

La investigación posterior los llevó hasta José "el Conde" Massi, un italiano que narró una historia poco creíble sobre cómo había llegado la araña a sus manos. Habían transcurrido tan solo cuarenta y ocho

horas del hurto. Massi fue enviado a la Cárcel Correccional. Pero aún aguardaban nuevas acciones.

El último día del año, mientras Filomena Magliola recibía el veneno que cambiaría su destino para siempre, otra historia comenzaba a tejerse en el despacho de la Comisaría 5ª.

José Cueto sostenía un vaso de refresco en la mano y dictaba una orden que el escribiente anotaba en el libro de actas, cuando un tumulto en el pasillo lo interrumpió. Una voz femenina, tensa y enfadada, llegaba hasta el despacho.

—¡Exijo que alguien me atienda! —gritaba la mujer—. Pagué la quincena completa y ahora ese ladrón se niega a devolverme el dinero de mi pensión. ¡Esto es un abuso!

Un oficial intentaba calmarla, pero ella no cedía. Cueto abrió sutilmente la puerta, intrigado por la determinación de aquella voz. Cerró de nuevo y reflexionó un momento. ¿Por qué alguien querría abandonar una pensión antes de tiempo? Una mudanza precipitada casi siempre escondía algo más profundo. Y Cueto no era de los que ignoraban una intuición.

Llamó al oficial con un gesto.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó en voz baja.

—María Casal, señor —respondió el joven, tras revisar su libreta.

El nombre golpeó la memoria del comisario. "María Casal". Entrecerró los ojos, hurgando entre sus recuerdos, y de inmediato reaccionó. Se dirigió al "Purgatorio", el estante donde reposaban los casos sin resolver, y buscó el legajo del robo en la sastrería Los Tres Mosqueteros. Al abrirlo, encontró un papel suelto entre los folios. En él estaban los nombres de los cuatro sospechosos. La española María Casal figuraba entre ellos.

Guardó el documento y ordenó al agente que la llevara a su despacho.

Cuando María entró, Cueto la examinó con atención. Le calculó unos treinta años, quizás menos. Había en su porte modesto algo difícil de ignorar: unos ojos grandes y nerviosos que recorrían cada rincón del despacho. Y sus manos no dejaban de retorcer un pañuelo blanco, apretándolo con tal fuerza que parecía querer borrar un recuerdo doloroso.

Cueto la invitó a sentarse y le pidió que repitiera el motivo de su queja. Mientras ella hablaba, él tomaba nota del antiguo domicilio y la nueva dirección que había mencionado.

Cuando terminó la denuncia, el policía cerró el cuaderno y le pidió que regresara en unos días para resolver el tema. Apenas María cruzó la puerta, el comisario dio la orden: seguirla. Sabía que era solo cuestión de tiempo.

Durante días, los movimientos de María fueron vigilados con precisión. El 5 de enero, las pruebas eran irrefutables. La detención fue rápida y silenciosa. María no opuso resistencia; solo bajó la mirada y suspiró, asumiendo que su tiempo había llegado.

En el despacho de la comisaría, declaró ante Cueto que su marido, José Massi, purgaba una leve pena en la Correccional por el hurto de una araña. El comisario saboreó la respuesta: el Conde Massi era otro de los nombres que figuraban en el expediente de la sastrería.

Entonces, se dio un caso curioso: los concubinos María Casal y el Conde Massi estaban tras las rejas en la Cárcel Correccional de San Telmo. Pero nunca se cruzaron porque ocupaban distintos pabellones. La coincidencia duró pocos días. Luego de un dictamen

del asesor letrado Federico Pinedo, Massi fue trasladado a la Penitenciaría de Palermo.

Mientras tanto, la búsqueda de los otros dos sospechosos se intensificaba. Ciertos datos aportados por una mujer que fue vecina de Casal y el Conde en el inquilinato, llevaron a la captura de los otros dos sospechosos: José Rizzi y Juan José Oggioni.

Cueto envió a todos los detenidos al Departamento Central. Desde allí, los hombres fueron derivados a la Penitenciaría y María Casal a la cárcel de San Telmo.

El juez hojeaba el expediente con gesto serio, memorizando cada punto clave. A la mañana siguiente debía interrogar al Conde, a Rizzi y a Oggioni. Por eso, se reunió con su secretario, Pastor Lacasa, para preparar un borrador de preguntas. El caso de envenenamiento tendría que esperar, pero no por mucho.

El reloj de la justicia nunca se detenía.

INCOMUNICADOS

Eran diecisiete fojas. El secretario Lacasa y el juez Insiarte leyeron en silencio el informe elaborado por el comisario Pablo Tasso. En el despacho del magistrado, el tiempo parecía suspenderse entre el aroma a cuero viejo de los sillones y el susurro casi rítmico de las hojas al pasar.

Minutos antes, Insiarte había estado revisando un expediente de varias fojas, pero rutinario: la causa del robo a una de las sastrerías más importantes de la ciudad. El nuevo legajo, sin embargo, lo devolvía a un escenario mucho más oscuro, cargado de secretos y traiciones. No era un simple delito, sino un crimen brutal, en el que víctima y victimarios compartían un vínculo más que estrecho: eran familia.

Terminada la lectura, el juez ordenó que Sassano y Rossi —y también Filomena, desde la Correccional— fueran informados sobre su situación procesal. Debía interrogárseles sobre si contaban con abogados o, en caso contrario, notificar al Defensor de Pobres para que los asistiera.

Insiarte comenzó a trazar un mapa mental del caso. Por un lado, la envenenadora y su amante habían confesado el crimen. Por otro, Rossi, el proveedor del veneno, afirmaba desconocer para qué sería

utilizado el tóxico. ¿Estaba diciendo la verdad o apostaba por la duda como último recurso?

Aunque convencido de que la investigación lo conduciría a conclusiones claras, había dos ausencias en el expediente que lo inquietaban: el informe del médico Borbón y el acta de autopsia del cadáver. Las palabras de los acusados, aunque fundamentales, no bastarían sin el respaldo de la ciencia. Las sustancias encontradas en el cuerpo del fallecido podían revelar el momento exacto de la muerte y, sobre todo, la presencia del veneno.

Fascinado por las ciencias naturales, Insiarte confiaba más en las pericias forenses que en la ambigüedad de los testimonios humanos. La declaración del doctor Borbón, quien había asistido a la víctima y firmado el certificado de defunción, sería importante para arrojar luz sobre los hechos. El cuerpo del delito, el cadáver, aún tenía mucho que decir a través de la voz precisa de los peritos.

—Lacasa, gestione estas diligencias —ordenó el juez—. Necesitamos el testimonio del médico y ese informe sin demora.

Antes de cerrar la sesión, dio otra instrucción, esta vez dirigida a Enrique O'Gorman, gobernador de la Penitenciaría:

—Que Sassano y Rossi permanezcan incomunicados —dijo, haciendo una pausa para asegurarse de que lo entendieran bien—. Ni una palabra, ni un cruce de miradas. Nada de celda compartida, ni siquiera en el patio. No podemos arriesgarnos a que ajusten sus versiones.

La prisión estaba desbordada aquel enero de 1881. Si bien las órdenes del juez eran claras, O'Gorman tuvo que improvisar. Rossi fue alojado junto a Juan José Oggioni, uno de los implicados en el robo a Los Tres Mosqueteros. En cuanto a Sassano, compartía celda

con Ciriaco Oribe, conocido ladrón. El vecino inmediato de Sassano y Oribe era el Conde Massi.

A primera vista, aquello parecía un simple acomodo circunstancial. Pero esa combinación, tan accidental como inevitable, desencadenaría un giro inesperado en la causa criminal, un cambio que ni el propio juez Insiarte había previsto.

NEGAR Y NEGAR

Las vidas del napolitano Juan Sassano y del genovés José "el Conde" Massi terminaron cruzándose en esa zona gris, donde lo correcto y lo marginal se desdibujaban. A simple vista, sus historias parecían paralelas: ambos inmigrantes italianos, con siete años de residencia en la ciudad. Ambos en la treintena (Massi tenía 35 y Sassano 30) y habitantes del centro porteño, ese hormiguero humano donde la comunidad italiana luchaba por abrirse camino en el país de las promesas. Pero ahí terminaban las similitudes.

Sassano y Massi no podían ser más distintos. El napolitano, silletero humilde y trabajador incansable, vivía para el esfuerzo diario, sin más sueños que pagar el alquiler y llevar comida a la mesa. Massi, en cambio, era un hombre de doble cara: carpintero de día, ladrón de noche. Sus manos hábiles no solo tallaban la madera con precisión, sino que también forzaban cerraduras y abrían ventanas sin hacer ruido.

El Conde Massi no era un ladrón violento. Prefería el sigilo a la confrontación. Se movía con la agilidad de un gato, robando en la madrugada, siempre entre sombras, lejos de miradas indiscretas. Su porte lo delataba: había en él una presunción elegante. Vestía chaquetas ajustadas, un sombrero siempre impecable, y su rostro,

de facciones angulosas, estaba coronado por unos ojos oscuros que calculaban cada próximo movimiento.

No robaba por necesidad. El riesgo lo estimulaba más que el botín. Cada golpe exitoso era una pequeña victoria, una afirmación de su habilidad sobre un sistema que lo desafiaba constantemente.

Juan Sassano, por su parte, jamás habría imaginado terminar como cómplice en un asesinato. Pero la vida —y sus propias decisiones— lo habían arrastrado hasta allí. Massi, en cambio, llevaba años caminando sobre esa delgada línea entre lo legal y lo criminal. Uno había nacido para el trabajo; el otro, para el delito. Y, aun así, el destino encontró una forma cruel de borrar esas diferencias. Al final, ambos terminaron en el mismo lugar: dos celdas contiguas en la Penitenciaría de Palermo.

A pesar de la orden de incomunicación del juez, las restricciones no eran tan estrictas. Las gruesas puertas de sus encierros contaban con ventanillas que a menudo permanecían destrabadas. A veces, incluso las propias puertas quedaban entreabiertas.

Fue en una de esas tardes de descuido cuando traspasó el umbral un abogado maduro de modales suaves y mirada calculadora. Se presentó ante Sassano como Baldomero a secas y le ofreció sus servicios con la confianza de quien ya había jugado esta partida muchas veces… y casi siempre había ganado. Explicó con claridad su estrategia: aprovechar la falta de pruebas forenses y negar todo, incluida la confesión en la comisaría. Baldomero destacó que la única forma de salir indemnes era que los tres detenidos siguieran la misma línea de defensa. Bajo su patrocinio, aseguró, pronto serían liberados.

Sassano lo escuchó en silencio, aunque no tardó en expresar sus dudas. Le recordó al abogado que Tío Nicola tal vez estaría molesto porque él mismo lo había complicado en el crimen y lo había delatado. Baldomero insistió: si no negaban todo, ninguno saldría libre.

Por primera vez desde su detención, el galán Sassano sintió que el muro de su celda se resquebrajaba y dejaba entrever un camino hacia la libertad. Sin embargo, había un obstáculo: el dinero. El abogado cobraba quince mil pesos, una suma muy por encima de las posibilidades del napolitano.

Baldomero hizo rápidamente sus cálculos. Sabía que uno de los tres no podría pagar, pero si entre todos lograban reunir el dinero, había una oportunidad.

—Repítame la Gracia del otro detenido —pidió, tomando su libreta.

—Nicola Rossi. Le dicen "el Romano".

El abogado anotó el nombre con calma y partió a ofrecerle el mismo trato.

Mientras tanto, Sassano y Ciriaco conversaban en voz baja, discutiendo la propuesta de Baldomero. Pronto se sumó a la charla el vecino Massi. La idea, al principio confusa, fue tomando forma, hasta convertirse en un plan audaz para deslizarse entre las hendiduras del sistema judicial y escapar de su destino tras las rejas.

108 ATAÚDES

Las noticias que trajo el secretario Lacasa cayeron como un balde de agua fría. Nada salía según lo planeado. Habían pasado cuatro días desde el lunes 24, cuando el juez Insiarte solicitó el testimonio del doctor Borbón y el informe de la autopsia. Pero el médico estaba fuera de la ciudad, disfrutando de sus vacaciones. Y la autopsia jamás se realizó. El único dato añadido al expediente era la ubicación del sepulcro: Giovanni San Martín había sido llevado al Cementerio de Chacarita, sin más trámite que la boleta de defunción.

Insiarte apretó los puños sobre la mesa, luchando por contener su irritación. La ausencia de una autopsia dejaba el caso pendiendo de un hilo. No había tiempo que perder: dispuso que se convocara al forense Julián María Fernández y un practicante para que el viernes de la semana próxima lo acompañaran en la exhumación.

El procedimiento era claro: debían extraer muestras del cadáver en presencia del juez y llevarlas a análisis. Los preparativos se realizaron con rapidez y el 4 de febrero partieron hacia Chacarita en un tranvía especial de la compañía Lacroze.

A su llegada, los recibió Joaquín Costa, el administrador del cementerio. En su despacho, comenzó a hojear el gran libro de

registro. Sus dedos recorrían las columnas con precisión metódica, deteniéndose cada tanto para verificar un dato. Todos permanecían en silencio, atentos al más mínimo gesto. Las páginas crujieron al pasar. Fecha tras fecha, nombre tras nombre, hasta llegar al 17 de enero. Costa se detuvo. Sus ojos recorrieron la lista.

—¿Están seguros de que lo enterraron aquí? —preguntó, sin levantar la mirada—. ¿El 17?

El juez no respondió. Fernández avanzó hasta la mesa, asomándose por encima del hombro de Costa. Revisó con él cada línea, cada entrada. Pasaron segundos eternos, hasta que por fin apareció.

—Aquí está —anunció Costa de pronto, señalando con el dedo una entrada en la página. El médico se inclinó para leer el nombre en voz alta:

—Apellido, Martín; nombre, Juan; jornalero, 30 años, escarlatina. Domicilio Paraguay 547.

El grupo respiró con alivio, pero Costa no compartió la misma tranquilidad. El ataúd con el cadáver estaba en una fosa común. Ninguno de los presentes podía identificar al napolitano. La exhumación no sería lo que esperaban.

Insiarte frunció el ceño, visiblemente molesto. No solo habían perdido media jornada, sino que ahora necesitaban testigos que confirmaran que estaban extrayendo el cuerpo correcto.

Antes de abandonar el despacho del director, fue terminante. Regresaría el lunes a las diez de la mañana con una comitiva más amplia, esta vez acompañado por el comisario Tasso y un par de testigos. Quería que los posibles cajones mortuorios fueran dispuestos para un rápido reconocimiento.

Mientras el tranvía de Lacroze los conducía de regreso al centro, Costa, en el cementerio, redactaba apresuradamente una carta al presidente de la Municipalidad, Torcuato de Alvear. La situación era mucho más complicada de lo que parecía.

La fosa 43 había sido sellada el último lunes, con 108 ataúdes en su interior. Extraer un cuerpo no sería una tarea sencilla. Habría que cavar lo suficiente para retirar al menos dos mil trescientos baldes de tierra. Durante la excavación, tendrían que exhumar ochenta y nueve cadáveres, que se encontraban por encima del féretro de Giovanni San Martín.

La operación no solo sería compleja, sino también peligrosa. Las lluvias recientes habían causado inevitables filtraciones en los ataúdes y acelerado la descomposición de los cuerpos. Del total, diez habían muerto de fiebre tifoidea, siete de fiebre gástrica y cuatro de viruela. Manipular esos cadáveres implicaba un riesgo sanitario evidente. Costa no podía asumir la responsabilidad, necesitaba una autorización superior.

Torcuato de Alvear recibió la carta el viernes a última hora. Tras leerla con atención, decidió trasladar el asunto a la Sección de Higiene. Ordenó a Costa que no hiciera nada hasta obtener la aprobación de los higienistas municipales. También escribió al juzgado.

El lunes a la mañana, Insiarte sostuvo la carta entre sus dedos, leyendo cada palabra con creciente irritación. Conocía bien lo que significaban esas vueltas burocráticas: semanas, tal vez meses de espera. Cerró los ojos un instante, intentando calmarse, antes de responder con una nota firme y concisa.

No pensaba ceder. Exigió que la exhumación se realizara a la mayor brevedad. La demora pondría en peligro la investigación. Necesitaba el cuerpo del delito, y lo necesitaba cuanto antes.

El papeleo se acumulaba en las oficinas municipales y el caso se complicaba cada vez más.

Eran buenas noticias para Filomena, Sassano y Rossi.

UNA CARTA MISTERIOSA

Juan José Oggioni no pasaba desapercibido. Alto y esbelto, se movía con la despreocupación propia de los veinte años, irradiando una energía inagotable. Vivía con la prisa de quien cree que el mundo entero lo esperaba.

Su piel clara y las mejillas fácilmente ruborizadas conservaban algo del frío del norte de Italia, de donde provenía su familia. Su pelo castaño claro, siempre alborotado, desafiaba cualquier intento de orden, y sus ojos, de un azul vivaz, exploraban el mundo con una mezcla de curiosidad y picardía. Lo más distintivo de Oggioni era su pañuelo blanco, siempre atado al cuello. Impecable, incluso después de largas horas trabajando como mozo de café o durante las noches de baile.

En Buenos Aires, una ciudad donde cada detalle importaba, la primera impresión valía más que nada. Oggioni lo sabía y vestía con esmero: camisa bien planchada, pantalón de lino algo gastado, pero siempre limpio y presentable. A eso le sumaba su personalidad desbordante. Hablador, encantador y algo fanfarrón, no había conversación que no dominara ni historia que no exagerara. Con su fuerte acento lombardo y sus gestos amplios, podía convertir la anécdota más trivial en un relato épico.

Amaba el bullicio porteño: el sonido de las calles llenas de vida y los cafés atestados de gente le recordaban a su Milán natal. Para Juan José, el café no era solo su trabajo, sino el corazón palpitante de la ciudad, donde las historias nacían y las noticias volaban más rápido que en cualquier periódico.

Odiaba el silencio. Cuando el ambiente se volvía demasiado quieto, lo llenaba de palabras, aunque no siempre fueran necesarias. Tampoco soportaba que lo contradijeran, sobre todo en público y menos aún en medio de sus ampulosos relatos. Pero lo que más detestaba era la rutina. Necesitaba acción, novedad, algo que mantuviera el día interesante. Si no lo encontraba, lo inventaba.

A veces su ingenio lo salvaba; otras, lo metía en problemas. Esta vez había terminado en la litera de un calabozo de la Penitenciaría, sentado frente a un romano de 54 años que lo miraba con cara de pocos amigos. Para Nicola Rossi, cada palabra de Oggioni era una gota que caía sobre su paciencia. Aquel torrente incesante de frases no salvaría a nadie; solo traería más problemas. Era algo que él había aprendido por las malas.

Rossi le había hecho un gran favor a Sassano y este lo había implicado con una declaración torpe. Repartir la culpa podía parecer una estrategia desesperada de Sassano, arrastrándolo al Romano Rossi con él. En su mente repetía la escena del momento en que el silletero le estrechó la mano, sellando ese pacto que terminó quebrantado.

Oggioni seguía hablando, improvisando, lanzando frases al aire, hasta que una mano asomó por la ventanilla de la puerta. Era Baldomero, el abogado. Extendiéndole una tarjeta personal con

gesto decidido, llamó a Rossi por su nombre y, sin preámbulos, le explicó la situación.

Había diseñado una estrategia para sacarlo de prisión a él, a Sassano y a Filomena, pero los tres debían alinearse y seguir el mismo camino. No había margen para contradicciones.

Rossi tomó la tarjeta sin decir una palabra. La guardó en el bolsillo de su chaleco y cerró la ventanilla con un golpe seco.

La incomunicación dictada por el juez tenía sus grietas, algo que quedó aún más claro al día siguiente. Una carta, deslizada por debajo de la puerta por un preso vecino, rompió ese silencio forzado. El mensajero advirtió, con una voz que reconocieron:

—¡Para Nicola!

El papel le quemaba las manos. Su contenido parecía cargar un peso inesperado, y el Romano Rossi lo supo antes de que le leyeran la primera línea.

YO NO DIJE ESO

El calor sofocante había vaciado la ciudad. En Palermo, el Parque Tres de Febrero se llenaba desde el mediodía del sábado con porteños desesperados por un poco de alivio bajo los árboles. También se colmaron las Barrancas de Belgrano y la costa del Río de la Plata. Los más afortunados se refugiaron en sus quintas en Lomas de Zamora, Adrogué, Flores, San Isidro, San Fernando y Tigre.

Era uno de los fines de semana más calientes del verano. Muchos especulaban si la lluvia llegaría a dar una tregua. No ocurrió. Por el contrario, el domingo 13 de febrero fue aún más caluroso, con temperaturas que desafiaban el humor general.

Aquella mañana encontró a Adolfo Insiarte y Anita Parravicini desayunando en la galería de su quinta en Punta Chica, gozando de la brisa que traía el aroma de las rosas que el juez cuidaba con esmero. El río les entregaba un espectáculo raro y fascinante: decenas de barcos con las velas desplegadas, dirigiéndose al delta del Paraná. Los principales referentes bursátiles de Buenos Aires se habían congregado en una de las islas para un picnic exclusivo.

Mientras tanto, en el centro, la colectividad francesa celebraba la festividad de Saint-Cloud, con una participación masiva que incluyó al presidente Roca como invitado de honor. Tras el evento, el

mandatario asistió a un agasajo en la cervecería de Emilio Bieckert, en Retiro. Desde la barranca, saboreó un par de *chops* refrescantes mientras la música de la orquesta amenizaba la tarde bajo las sombrillas, que brindaban una precaria protección frente al calor agobiante.

La noche llegó con una incipiente luna llena y renovadas promesas de lluvia. Al caer el domingo, las familias iniciaron el regreso a la ciudad. Insiarte y Anita llegaron a las diez de la noche. Cuando estaban a una cuadra de su casa, un tumulto de voces y movimiento rompió la calma.

—Deténgase —ordenó Insiarte al cochero.

Un policía le informó que aquella mañana había ocurrido un crimen pasional. Un francés, tras ser abandonado por su esposa, la había encontrado en un conventillo con su amante y los había acuchillado a ambos. Ahora el agresor estaba detenido en la Jefatura Policial, mientras las víctimas luchaban por su vida en el hospital.

Insiarte supuso que ese expediente podría llegar pronto a su escritorio. Pero lo que realmente le preocupaba era otro caso, igual de pasional, que lo esperaba al día siguiente: el envenenamiento de Giovanni San Martín.

El lunes 14 de febrero llegó temprano al despacho en la Penitenciaría. No fue el único madrugador. Varios adelantaron el traslado a sus trabajos para evitar el clima pesado y el sol en su plenitud.

Sin novedades sobre la autopsia del napolitano, el juez centró su atención en las indagatorias. Junto a Lacasa, repasó las declaraciones de los tres detenidos, buscando coincidencias y contradicciones que pudieran reordenar la secuencia de los hechos.

Reconstruir el crimen paso a paso era su objetivo. Las confesiones de Sassano y Filomena facilitaban esa tarea. Solo Nicola Rossi, el fosforero, parecía desentonar, enredado en sus propias evasivas.

Sassano fue el primero en ser llevado ante el juez esa mañana. Le leyeron la declaración que había dado en la comisaría. El trámite era rutinario: confirmar el testimonio en sede policial antes de empezar las preguntas. Pero el proceso dio un giro inesperado.

—Yo no dije eso.

Insiarte alzó la vista del expediente y fijó su mirada en Sassano.

—¿Cómo dice? —preguntó, incrédulo.

El silletero negó con firmeza. Alegó que el comisario Tasso había tergiversado sus palabras e insinuó que el impacto emocional tras la muerte de su primo, tal vez lo había llevado a hablar de manera confusa.

—Estaba muy nervioso —añadió, encogiéndose de hombros.

Sassano aseguró que la última vez que había visto a Filomena había sido el 23 de diciembre. A Rossi, en cambio, lo había cruzado por casualidad vendiendo fósforos, días antes de su detención. Negó conocer las causas de la muerte de Giovanni. ¿Envenenado? No podía ser.

Recordaba que el médico había certificado otra causa.

Insiarte lo observaba, buscando una fisura en su serenidad. Sassano se mantenía impasible, aunque sus respuestas tenían débil consistencia.

El juez sabía que algo no encajaba. Sassano se retractaba, el Romano Rossi se hundía en evasivas y el tiempo jugaba en contra.

—Eso será todo por ahora —dijo con voz seca, respirando hondo antes de ordenar que lo retiraran.

Tras media hora de deliberación con Lacasa, dio nuevas instrucciones:

—Devuélvanlo a su celda. Traigan al Romano.

Mientras aguardaba al fosforero, Insiarte repasaba mentalmente las declaraciones. ¿Acaso Rossi también negaría haber dicho lo que estaba escrito?

Para el juez, la cacería acababa de comenzar.

JUGADA INESPERADA

La humedad caliente de aquella mañana del lunes 14 se había vuelto insoportable cuando Nicola Rossi, con el rostro empapado de sudor, fue conducido ante el juez Insiarte. El fosforero parecía incómodo y expectante. Su postura contrastaba con la de Sassano, que había negado todo sin pestañear.

El juez lo observó en silencio durante un tiempo prolongado, buscando en su mirada un atisbo de verdad. Luego, Lacasa procedió a leerle la declaración que había ofrecido en la comisaría. Rossi lo escuchaba con atención, sin mostrar emoción alguna, hasta que Insiarte rompió el silencio.

—Nicola Rossi. ¿Confirma su testimonio del 20 de enero?

—Así es, su Señoría —se apresuró a responder el detenido.

Insiarte alzó las cejas y cruzó una mirada con Lacasa. No eran necesarias las palabras. El silletero napolitano y el fosforero romano estaban en veredas opuestas. El momento de enfrentarlos había llegado.

Sassano se encontraba en su celda, en mangas de camisa y con el torso al descubierto. Conversaba animadamente con Ciriaco Oribe, probablemente relatando su reciente actuación frente al juez. Estaba convencido de que había dado un paso firme hacia la libertad.

Aunque había descartado al abogado Baldomero, venía siguiendo al pie de la letra el mejor de sus consejos: negar siempre, negar todo.

En plena charla, un guardia lo interrumpió. El juez lo requería de nuevo.

Custodiado rumbo al despacho, Sassano imaginaba un nuevo embate que debería sortear. Su optimismo se precipitó cuando vio a Tío Nicola, con el rostro tenso y los dientes apretados.

Recordó las tres cartas que le había hecho llegar a través de otro preso, explicándole la estrategia de la negación. Le habían asegurado que Rossi las había recibido. Tal vez no había respondido para no arriesgarse, pensó Sassano, pero aquella expresión endurecida le generaba dudas.

¿Estaría actuando a favor de la estrategia o a punto de traicionarlo?

Lacasa indicó a Rossi que aguardara afuera. Mientras él ordenaba las hojas del expediente, el juez Insiarte se dirigió a Sassano. Le preguntó si le había pedido un veneno a Rossi. El silletero negó. Insiarte fue más específico: ¿le había pedido veneno en diciembre? Sassano se mantuvo firme y agregó:

—Ni en diciembre ni nunca. ¿Por qué le pediría un veneno a él, si no es boticario?

El magistrado dispuso entonces un careo entre ambos. Sassano mantenía los brazos cruzados, pero un tic nervioso en su pierna derecha lo traicionaba. Rossi, en cambio, permanecía inmóvil, con los ojos enfocados en el secretario.

Una vez leídos los testimonios de cada uno, Lacasa marcó las contradicciones.

Luego, Insiarte les pidió que hablaran, bajo juramento de decir la verdad. Sassano no le dio tiempo a Tío Nicola: respondió de inmediato que se mantenía en sus dichos e insistía en que la supuesta confesión en la comisaría 15ª. era falsa. Rossi, por su parte, no vaciló en reafirmar su testimonio.

Entonces, con la calma de quien ha esperado el momento perfecto, Nicola metió la mano en su chaqueta. Sus dedos rozaron el forro antes de sacar tres cartas cuidadosamente dobladas.

—Aquí tiene, señor juez —dijo, extendiéndoselas—. Me las envió Sassano directamente a la celda.

TE PIDO QUE ME PERDONES

Las tres cartas descansaban sobre el escritorio. Insiarte las contempló por unos segundos y luego preguntó a Sassano si las había escrito y enviado. Fiel a su estrategia, el napolitano negó ambas cosas.

Antes de que el juez pudiera replicar, Rossi intervino. Contó que había recibido las cartas de manos de un paisano de él, Emilio Amiraglia, conocido como "el Cortado". Luego se inclinó hacia Lacasa y le susurró algo que el juez no alcanzó a oír. Insiarte, absorto en otra cuestión, no le dio importancia inmediata: le preocupaba que su orden de incomunicación había sido violada.

Ordenó que se llevaran a los detenidos. Primero, retiraron a Rossi, que salió del despacho con una sonrisa de satisfacción. Minutos después, Sassano fue conducido a su celda.

Cuando quedaron a solas, Insiarte y Lacasa volvieron a concentrarse en las cartas.

La primera era la más llamativa: una hoja de cuaderno con renglones bien definidos, redactada en italiano con tinta negra. La letra, cursiva e inclinada hacia la derecha, era firme y de tamaño medio. Lacasa ensayó una traducción:

Querido Tío Nicola:

Me permito decirte que si te preguntaran si me conoces, diles: "Lo conozco, pero no soy muy amigo".

Si te dicen que vos nos diste el agua, responde siempre que no. Agrega: "Si me hubiesen pedido tal cosa, yo habría dado parte a las autoridades". No nombres nunca el agua. Si te dicen: "La mujer me lo ha dicho", niega también eso. Puede ser una trampa.

Si te recuerdan que ya lo dijiste en la comisaría, responde: "Me maltrataron, me querían matar. Nunca lo he dicho". Así, coincidiremos en nuestras declaraciones.

Mandé a decir a Filomena que también lo negara. Si lo hacemos los tres, no pueden condenarnos.

Teniendo un buen abogado, podemos salir de aquí en poco tiempo y gozaremos nuestros días. Lo que dijimos en la comisaría fue solo un borrador.

Un compañero me aconsejó que lo neguemos los tres.

Estudia bien lo que vas a declarar y, antes de que nos llamen a declarar, rompe esta carta. No tengo más que decir por ahora. Te saludo y te pido que me perdones como si fueras mi padre. Me declaro, de por vida, tu seguro servidor,

Juan Sassano, que tanto te ama.

Insiarte y Lacasa intercambiaron una mirada. La palabra "agua" era claramente una referencia al veneno.

La segunda carta era diferente: media hoja de anotador, sin renglones, con letra apretada y tinta violeta. Los trazos, nerviosos y apresurados, delataban cierta urgencia. Lacasa tradujo el contenido:

Querido Tío Nicola:
Te pido que estés atento. Hoy a la una nos llaman, y te ruego por la Divina Providencia (que nos ayuda y todo lo puede), que digas siempre que no.
Diles: "Yo solo vendía fósforos y sillas, y nada más".
Yo lo negaré siempre. Diré: "Rossi no me dio nada".
Te pido que no me delates. Yo no iré contra vos ni contra la mujer.
Haz lo mismo. Vino un abogado y me dijo: "Nieguen todo, que los saco pronto con poco. Pero si se equivocan, tendrán las penas".
Te saludo y soy, de por vida, tu servidor y amigo.
Juan.

La mención de la hora —"hoy a la una nos llaman"— permitió a Insiarte deducir la fecha: se refería al día en que las declaraciones fueron suspendidas porque el juez tuvo que atender otros asuntos.

La tercera carta parecía un último recurso: escrita a lápiz en un fragmento de papel mal cortado. Los trazos gruesos y desordenados hablaban de prisa y desesperación. El secretario Lacasa no demoró la traducción:

Querido Nicola:
Te pido que, cuando nos llamen a declarar, digas: "Yo no he dado nada", si te preguntan por lo del agua.
Si te preguntan si éramos amigos, responde que me conoces de vista, pero que no somos íntimos. Y si te dicen que mencionaste lo del agua para las chinches, no lo confirmes. La justicia se fija en esas cosas.

Di que no tienes nada que ver con eso, que tu oficio era el de fosforero. Así nos ponemos de acuerdo en nuestras declaraciones.
Si te dicen que la mujer lo contó, contesta: "Si me hubieran pedido algo, los habría denunciado a la autoridad".
Estudia bien lo que vas a decir, y nada más. Tu seguro servidor,
Juan Sassano.

Cada carta confirmaba el patrón de negación de Sassano y su intento de coordinar las declaraciones de Rossi y Filomena. Insiarte no pudo evitar preguntarse si ella también se retractaría. ¿Habría tomado contacto con Sassano?

Sin embargo, otro detalle lo inquietaba más: ¿Cómo había conocido Rossi el contenido de esas cartas, si solo sabía leer en mayúsculas?

Lacasa tenía la respuesta. El fosforero le había comentado en voz baja que se las había leído el compañero de celda, Juan José Oggioni.

Insiarte hizo un gesto breve con la mano.

—Que traigan al Cortado Amiraglia y a Oggioni. Ahora.

Mientras esperaba, el juez volvió a mirar las cartas. Una idea comenzaba a tomar forma en su mente. Sassano no solo los había devuelto al punto de partida: sin querer, les había entregado la clave para remontar la verdad, pieza por pieza.

PORQUE SOMOS CRIMINALES

Se acercaba el mediodía del abrasador 14 de febrero. Algunas personalidades del gobierno —e incluso miembros del Poder Judicial — habían convertido la jornada en un medio feriado.

Domingo Faustino Sarmiento cumplía setenta años y había organizado un almuerzo en su isla del Tigre, lo que explicaba el inusual movimiento en la estación Retiro pasadas las doce.

Pero en el Juzgado del Crimen dirigido por Adolfo Insiarte no había tregua. Las novedades se sucedían sin respiro. Rossi había exhibido tres cartas que comprometían a Sassano, quien, además, había dado marcha atrás con su confesión. El juez, decidido a seguir el rastro de la correspondencia clandestina, convocó al compañero de celda de Rossi y al preso señalado como mensajero.

Juan José Oggioni reconoció las cartas. Admitió que se las había leído a Rossi, quien tenía dificultades para descifrar la caligrafía cursiva y, además, se negaba a usar lentes. Confirmó que las notas llegaron a la celda a través de la ventanilla, pero no había identificado al mensajero.

También mencionó un episodio clave: un abogado había visitado a Rossi, aparentemente enviado por Sassano.

El siguiente en declarar fue Emilio Amiraglia, ladrón condenado a dos años de prisión, que realizaba mandados a cambio de cigarrillos. Sin rodeos, admitió que en tres oportunidades había recibido cartas de Sassano y las había entregado en la celda de Rossi.

Llegaba el turno de Ciriaco Oribe, compañero de celda de Sassano. Sin embargo, un guardiacárcel solicitó con urgencia hablar con el juez. Se llamaba Samuel Prince y había sido enviado por el gobernador O'Gorman para revisar las pertenencias de Sassano. Un hallazgo inesperado lo había llevado corriendo hasta el juzgado, en la entrada de Chavango.

—¿Más correspondencia? —murmuró Insiarte.

Se trataba, efectivamente, de otra carta. Escrita con una caligrafía impecable en una hoja de cuaderno, fechada el 11 de febrero, apenas tres días antes. Iba dirigida a "Mi querido Juan" y estaba firmada por Filomena.

He recibido la tuya con mucho gusto. Siento un dolor en mi corazón al saber que has estado padeciendo por mí. Yo te creo, pero también yo sufro por ti, porque no pasa un día sin que me recuerde de ti y siempre sueño contigo.

Pero quién sabe cuándo llegará aquel dichoso día, porque somos criminales, y me dicen aquí las mujeres que se precisa mucho tiempo para concluir una causa como la nuestra. Pero yo tengo buena esperanza porque María Casal está conmigo y me dice todo lo que debo hacer. Ella niega todo y ha hecho como su marido le ha dicho. Y así hago yo también.

Cuenta conmigo mientras viva.

Mándame algún peso si tienes porque aquí se padece mucha hambre. Muchos recuerdos de María, mi compañera. Muchos recuerdos por su parte a José Massi.
Si me mandas algo, que sea con la carta de José porque él también siempre le manda algo.
Cuando te tomen la declaración, mándamelo a decir. Un recuerdo a Nicola el Romano. Sin más, tu querida Filomena.

La carta era más que un mensaje de afecto. Confirmaba que la orden de incomunicación del juez había sido burlada, no solo dentro de la Penitenciaría, sino también más allá de sus muros. Existía una red de intercambio entre la Cárcel Correccional y la Penitenciaría.

Antes de proceder con el interrogatorio de Oribe, Insiarte necesitaba confirmar la identidad de los nuevos nombres mencionados en la carta. Revisó el expediente del robo en la sastrería Los Tres Mosqueteros. Su sospecha era correcta: allí figuraban los aludidos, María Casal y su esposo, el Conde Massi.

El segundo hallazgo era aún más revelador. Filomena no había escrito la carta. Ni ella ni María sabían hacerlo. Alguien más estaba involucrado dentro de la Correccional.

El interrogatorio de Ciriaco Oribe tendría que esperar. Sassano debía ser confrontado. Por tercera vez en el día, lo trajeron ante el juez. Pero esta vez, su negación fue aún más rígida.

Negó haber recibido la carta. Desconocía su contenido. Alegó que estaba escrita en español y que él solo sabía leer en italiano.

—¿Cómo llegó a estar debajo de su catre?

—Probablemente, cuando me trajeron a la celda, se enganchó en mi alpargata, que está algo rota.

Insiarte entrecerró los ojos.

—¿Cuántas cartas le ha escrito a Filomena desde la prisión?

—Ninguna —repitió Sassano sin vacilar.

El juez tomó aire. Su voz bajó un tono, volviéndose más cortante.

—Se lo preguntaré otra vez. ¿Cuántas cartas?

—Ninguna.

El tono enérgico del juez no surtía efecto. Ordenó un careo entre Sassano y Amiraglia, pero el enfrentamiento no arrojó nada nuevo. Ambos se mantuvieron firmes en sus versiones, sin fracturas en sus discursos, evitando confrontar.

Las puertas de la verdad seguían cerradas.

Cada mentira de Sassano pendía del testimonio de Ciriaco Oribe. Aquel hombre, con múltiples antecedentes en la Penitenciaría, tenía fama de ser un preso conflictivo, pero en esta ocasión, su expediente mostraba meses de buena conducta carcelaria. Su testimonio podía ser clave.

Cuando finalmente compareció, no comprometió a su vecino de celda en lo más mínimo. Nunca lo vio escribiendo. Nunca lo vio con papel ni tinta. La ventanilla de la puerta siempre estaba cerrada, salvo cuando los guardias pasaban la comida o limpiaban la celda.

Tampoco recordaba visitas de abogados.

A las tres de la tarde, mientras Buenos Aires experimentaba la temperatura más alta del verano, Insiarte y Lacasa se tomaron un respiro. En lo que iba del lunes, habían tomado siete testimonios, realizado dos careos y recibido cuatro cartas con información valiosa. Y, sin embargo, Sassano seguía firme en su negación.

Pero el día aún podía traerles una sorpresa.

Oggioni había mencionado que el misterioso abogado que visitó a Rossi en la celda le entregó una tarjeta personal. Si Rossi la había guardado —como hizo con las cartas— quizá tendrían la pista que faltaba.

De confirmarse que el abogado era el nexo secreto entre Rossi, Sassano y Filomena, entonces, tal vez, allí estaba la hendija para cercar a los amantes.

DUELO EN LA NOCHE

El interrogatorio a Nicola Rossi fue breve. Insiarte y Lacasa querían una sola cosa: saber quién había sido el abogado que había contactado a los tres sospechosos.

Antes de responder, el Romano tomó de un trago el vaso de agua que tenía frente a él. No era cristalina, pero estaba fresca, lo suficiente como para aplacar, aunque fuera por un instante, la pesadez del día. Luego, deslizó la mano por el bolsillo de su chaleco y extrajo una tarjeta de visita.

El juez y su secretario leyeron el nombre al mismo tiempo. El silencio posterior decía mucho. Insiarte resolvió el fin de la incomunicación de Rossi, dejó la tarjeta dentro del expediente y anunció:

—Por hoy, hemos terminado.

Al salir del juzgado, abordó un tranvía de regreso a casa. Pero el traqueteo del carruaje apenas lo distraía del nombre impreso en aquella tarjeta:

"Baldomero García Quirno".

Por supuesto que lo conocía. ¿Quién no lo conocía?

García Quirno había nacido en Entre Ríos y tenía 43 años. Llevaba dieciocho ejerciendo la abogacía y, como muchos de sus colegas,

pertenecía a la masonería. Se había casado muy joven con Teodosia Sagastume en Concepción del Uruguay, y luego la pareja se trasladó a Buenos Aires. Allí criaban a su primogénito varón y cuatro niñas en una casa sobria de San Telmo, a dos cuadras de la iglesia y a tres de la Cárcel Correccional.

En el ámbito judicial, su nombre inspiraba respeto. Pero en la memoria colectiva de Buenos Aires, García Quirno no era solo un abogado: era el protagonista de un duelo que aún latía en las calles de la ciudad.

Como suele suceder, todo había comenzado con palabras de más.

José Luis Viana y Baldomero García Quirno se habían enfrentado en un litigio. Sus disputas no quedaron solo en los estrados. Un comentario malinterpretado —o tal vez no— llegó a los oídos de García Quirno. Se sintió ofendido. Exigió explicaciones. Viana intentó desentenderse, asegurando que sus comentarios no iban dirigidos a él. Sin embargo, la duda quedó sembrada, echando raíces en el resentimiento.

Días después, Viana pasó a su lado sin saludarlo. ¿Un descuido o una provocación? García Quirno no lo dudó: lo consideró una ofensa más. Y, como una brasa que no termina de apagarse, la tensión entre ambos se avivó, esperando su momento para estallar.

La noche del 17 de junio de 1872, Buenos Aires vibraba con su agitación habitual. En la salida del Teatro de la Ópera, las luces de los tres faroles iluminaban la dispersión del público. Entre murmullos y el eco de los carruajes sobre el empedrado, García Quirno divisó a Viana conversando con unas señoras.

No perdió un segundo. Se desplazó entre la multitud con paso decidido.

Pretendía pasarle por delante. Primero fue un roce. Un contacto sutil, pero suficiente para que Viana endureciera la postura. García Quirno intentó avanzar. Viana no se movió y, sin mediar palabra, le asestó un codazo seco y preciso.

Fue un golpe sutil. Lo justo para parecer casual. Lo suficiente para desatar lo inevitable.

García Quirno sintió la sangre subirle al rostro. Lo tomó del brazo y lo apartó del gentío. Aquello no podía resolverse en medio de la multitud. Cruzaron Corrientes y tomaron Suipacha hacia la calle del Parque, lejos de los testigos. Viana, titubeante, intentó escabullirse.

—No puedo seguirlo, mi familia me espera —balbuceó. García Quirno ni siquiera lo oyó.

—¿Por qué me dio un codazo?

Viana negó con la cabeza. Pero la tensión era demasiado espesa como para que las palabras la disiparan. Y entonces, Viana arrojó la chispa final.

—Lo de la vez pasada no fue más que una estupidez de su parte.

Acompañó la frase con un empujón en el hombro. Instintivamente, García Quirno reaccionó. Su puño voló hacia el pecho de Viana. Quizás su golpe fue el primero, quizás el otro respondió al mismo tiempo. Lo cierto es que la disputa había pasado al terreno físico.

Viana intentó arrebatarle el bastón, sin saber que aquel aparentemente inofensivo apoyo de caminante escondía un arma.

Hubo un chasquido seco: el roce del metal contra la madera. En un instante, el bastón se separó en dos partes.

La caña quedó en manos de Viana, convertida en un garrote improvisado. En las de García Quirno, relucía la hoja desnuda de un

estoque.

El filo buscó su objetivo, y Viana soltó un quejido ahogado.

—Estoy herido —murmuró.

No cayó. Con paso tambaleante, alcanzó la esquina de Corrientes y subió a un tranvía. Desde allí, aún con el aliento entrecortado, insultó a García Quirno y se jactó de haberle arrebatado el bastón.

Damián Castro, testigo involuntario de la escena, se acercó a García Quirno. Juntos caminaron por Suipacha, pero el abogado mantenía las pulsaciones en alza. Debía recuperar su bastón. Corrieron tras el tranvía, lo alcanzaron y, a través de la ventanilla, Quirno exigió la caña. Viana se la negó. Ni siquiera la intervención del traductor público Pablo Frugoni, un conocido de ambos, logró que cediera. Finalmente, fueron otros pasajeros, Mercedes Olivera y su marido, Alberto Huergo, quienes le devolvieron la caña a su dueño.

Cuando García Quirno examinó el estoque bajo la luz de un farol, no vio rastro de sangre. Sin embargo, al llegar a casa, descubrió una mancha rojiza en el filo.

Al amanecer, la duda lo carcomía. Se presentó en casa de Huergo para preguntar si había visto a Viana herido. Alberto y Mercedes le aseguraron que no había señales visibles. La respuesta tranquilizó a García Quirno.

Pero Viana sí estaba herido. Y de gravedad.

Las dos perforaciones en su espalda eran profundas. Una había alcanzado el pulmón izquierdo. La hemorragia interna hizo el resto. A las dos y media de la madrugada del 19 de junio de 1872, José Luis Viana dejó de existir.

Tenía 29 años. Con su flamante título de abogado mantenía a su madre viuda. Su muerte sacudió Buenos Aires, no solo por su juventud y posición, sino por la brutalidad de su desenlace.

Algunos intentaron justificar a García Quirno, buscar atenuantes. Aun así, la realidad era ineludible: un abogado del Foro de Buenos Aires había muerto por la mano de otro. La ciudad, que nunca olvidaba, convirtió el caso en un relato sobre las costumbres salvajes.

El abogado se presentó espontáneamente ante el jefe de Policía, Enrique O'Gorman (futuro gobernador de la Penitenciaría).

Adolfo Insiarte había seguido con atención los pormenores de aquel hecho de sangre que había generado debates en los Tribunales, en los cafés y en la intimidad de los hogares. De todas maneras, más allá del escándalo, su interés se debía a la muy buena relación que habían tenido los padres de ambos, volcados al federalismo. A cualquier otro abogado, lo hubiera llamado a declarar. Pero García Quirno era demasiado hábil y el vínculo invisible que los unía aún pesaba.

Por ahora, haría una excepción.

Por ahora, se enfocaría en Filomena Magliola.

UNO DICE QUE SÍ Y EL OTRO DICE QUE NO

El viernes 18 de febrero, cuando faltaba un día para que se cumpliera el primer mes desde la detención, Insiarte se presentó en la Correccional de San Telmo y pidió al ordenanza que llevaran a Filomena Magliola a la sala de las visitas. Mientras tanto, saludó al juez Virgilio Tedín en su despacho. Los magistrados aprovecharon para ponerse al día sobre dos causas de hurto.

Además, Tedín relató pormenores de los festejos por los setenta años de su amigo Sarmiento. La distancia generacional, pues el juez Tedín tenía tan solo treinta, no era un obstáculo, sino todo lo contrario.

Tras la charla con su colega, Insiarte se dirigió a la sala donde lo aguardaba la mujer acusada del crimen. Allí, por primera vez, vio a Filomena.

Bajo la suciedad de su ropa y la delgadez que le afilaba el rostro, aún se intuían los vestigios de una juventud que, en otras circunstancias, habría sido feliz. Pero en sus ojos no quedaban rastros de ese tiempo: solo cansancio y una resignación que parecía haber echado raíces.

El juez se presentó, Lacasa tomó la pluma y comenzó la indagatoria.

—¿Sassano le entregó un frasco de veneno para volcar en el vino de su marido?

—No.

—¿Sassano la visitó después de la muerte de San Martín?

—No.

—¿Tuvo una relación ilícita con Sassano?

—No.

—¿Estuvo con Sassano en el Mercado Libertad en diciembre?

—Nunca estuve con él.

—¿Conoce a Nicola Rossi?

—No.

—¿Conoce a Carmena Sánchez?

—Sí.

—A ella le dijo que a San Martín lo enfermó un vino que tomó. ¿Por qué no mencionó eso al médico?

Filomena bajó la mirada y permaneció en silencio.

Entonces, el juez le mostró la carta que estaba en la celda de Sassano. Ella la reconoció: era su respuesta a un mensaje que le había hecho llegar María Casal. También recordó, de golpe, que Sassano efectivamente había concurrido al velatorio, aunque su visita había sido breve.

El juez puso fin a la indagatoria e instruyó al alcaide para que revisaran la celda de María Casal. La búsqueda fue exhaustiva. Los empleados leyeron cada carta en su poder, la mayoría firmadas por el Conde Massi. Separaron tres que hacían referencia directa al caso de envenenamiento.

En una, la mención era explícita: “Entrega este papelito a Filomena Magliola, que es la que ha envenenado a su marido”. En

otra, el Conde reclamaba: "Pídele una respuesta a la Filomena Magliola, la que envenenó a su marido".

La tercera misiva ofrecía detalles comprometedores:

Dile a Filomena que Nicola ha confesado todo y que Juan, su querido, lo ha negado todo. Que ella haga lo que le parezca, pero será un caso difícil porque uno dice que sí y el otro dice que no.
Les tomaron declaración a ambos y después el juez los dejó incomunicados para que no se pusieran de acuerdo.
Así que se van a joder mucho.

Ante el juez, María Casal negó haber sido mensajera o consejera de la querida de Sassano.

Aurora Arce, otra reclusa, admitió que había escrito una carta que le dictó Filomena. Aclaró que hubo otra misiva, pero la redactora había sido una mujer llamada Urbana, que ya no estaba en la cárcel.

—¿Conoce el contenido de las cartas que Sassano le envió a Filomena?

—No las leí, eso lo hizo Rosa Cattaneo. Pero escuché que Sassano dijo que un abogado le había pedido quince mil pesos para sacarlos.

—¿Y qué escribió usted en la carta?

—Filomena le pidió que no le mandara más papeles y que se quedara tranquilo, que ella no iba a delatarlo.

Por último, compareció Rosa Cattaneo, la encargada de leerle las cartas a Filomena. Confirmó lo dicho por Aurora sobre el contenido. Recordaba que él le pedía a su querida que declarara lo mismo que la primera vez en la comisaría.

Aquella tarde, concluida la jornada en la Cárcel Correccional, Insiarte se retiró de la ciudad junto a Anita y se dirigió a la quinta de Punta Chica. Dos lluvias recientes, una el miércoles y otra ese viernes, habían refrescado el aire y aplacado el calor estival. Durante el trayecto, el juez repasó mentalmente sus próximos movimientos.

Debía interrogar al Conde Massi para ver qué sabía y presionar a la Municipalidad para autorizar la exhumación. Y aún quedaba más por hacer. Pensó en los nombres de cinco testigos, cuyos testimonios podían darle un giro definitivo al caso.

Mientras tanto, en su celda, Filomena comenzaba a darse cuenta de que la esperanza con la que se había sostenido durante semanas se desvanecía poco a poco, dejando apenas un rastro tenue, una débil sombra de lo que alguna vez creyó posible.

EL PROBLEMA ERA GEOGRÁFICO

Al Conde Massi lo tomó por sorpresa el llamado del juez aquel lunes 21 por la mañana. Ya había prestado declaración y, según su abogado, solo restaba esperar los testimonios de algunas personas convocadas por edicto. Nada hacía suponer que lo requerirían de nuevo.

Sin embargo, al sentarse frente al magistrado, comprendió de inmediato, por un comentario al pasar del secretario Lacasa, que no se trataba del robo en la sastrería. No. Esta vez el asunto era más grave: el crimen de los napolitanos.

Le presentaron las cartas y, sin evasivas, las reconoció como suyas. Él mismo las había escrito. Hasta ahí, todo en orden. Pero la conversación pronto tomó un tono diferente.

—¿Cómo supo que "Nicola ha confesado todo y que Juan lo ha negado"? —preguntó el juez. Massi no dudó en responder: se lo había contado Sassano, en uno de esos días en que las celdas estaban abiertas.

Insiarte se puso de pie, visiblemente irritado. ¿Después del careo del lunes 14 los incomunicados seguían conversando? ¿De qué servía el procedimiento si los acusados podían intercambiar información con total libertad?

El Conde, ajeno a la molestia del magistrado, siguió hojeando las cartas. Entonces se detuvo en una frase comprometida: "la que ha envenenado a su marido". Antes de que le preguntaran cómo sabía que eso había ocurrido realmente, se apresuró a explicar.

Sassano le había contado que estaba preso bajo sospecha de envenenamiento. Que el muerto, en lugar de ingerir el remedio prescrito por el médico, había bebido un veneno. Que la confusión se debía a que ambos frascos estaban en la misma mesa. En definitiva, según Sassano, Giovanni San Martín había sido el único responsable de su muerte.

El juez siguió indagando.

—En esta otra carta, usted le pide a Casal que le entregue un papelito a Filomena.

Massi tenía sus propios problemas como para ocuparse de los de Sassano. "Que cada cual cuide su propia espalda", pensó, con desdén, y respondió.

—Esa carta, señor juez, me la dio Sassano para la Filomena.

—¿Qué decía?

—Le pedía que negara todo. Que el abogado así se lo había aconsejado y que, de ese modo, saldrían en libertad.

—¿Algo más, Conde?

—Que negara su segunda declaración en la comisaría.

Massi terminó su relato con calma, como si aquello no tuviera mayor trascendencia.

Aunque hubiera querido, el Conde no pudo advertir a Sassano sobre su testimonio. El napolitano ya no estaba en la misma celda: había sido trasladado al pabellón de los penados. Por lo tanto, no supo que su situación judicial se complicaba. Pudo enterarse de que

la mudanza se debía a una orden del juez para preservar la incomunicación. Eso no lo preocupaba. Al contrario. Siempre optimista, celebró su nuevo alojamiento. El sector de los penados estaba más limpio, olía mejor y, además, la comida era de mejor calidad.

Quien no corría con la misma suerte era Nicola Rossi. Su sinceridad le había costado caro y ahora soportaba su castigo en el pabellón maloliente, compartiendo espacio con Oggioni, quien no dejaba de hablar ni siquiera en sueños.

Mientras tanto, fuera de las celdas, el juez seguía luchando con la burocracia.

El pedido de exhumación del cadáver de San Martín estaba atrapado en un laberinto administrativo. Torcuato de Alvear, jefe del municipio, había derivado el asunto al Departamento de Higiene de la Ciudad. Pero ellos, en un movimiento típico de la burocracia porteña, lo habían trasladado a los higienistas del gobierno nacional.

El problema era geográfico.

Los cementerios principales estaban bajo la órbita municipal, de eso no había dudas. Pero las cuestiones de salud abrían otra discusión. Como Chacarita quedaba fuera del área delimitada como Capital Federal, la jurisdicción se volvía difusa. Y en el centro de ese embrollo estaba el juez Insiarte, tratando de esclarecer un crimen que, sin lugar a dudas, tenía el sello de un drama pasional.

También en el medio, como pieza clave y olvidada, yacía el cadáver de San Martín en la fosa 43, esperando decir su verdad.

Insiarte decidió jugar una carta fuerte. Acudió a la Suprema Corte de la Provincia en busca de una definición. La respuesta del tribunal

superior llegó el 21 de febrero, casi al mismo tiempo que el dictamen del Departamento de Higiene de la Nación.

Los expertos no dejaron margen de maniobra. Consideraban "nocivo" realizar la exhumación, al haber transcurrido solo cinco semanas desde el entierro. Recomendaban esperar unos meses. Por primera vez, el juez sintió que el caso San Martín, con los responsables confesos tras las rejas, podía perderse en el aire.

La ironía era brutal.

Los trámites formales demoraban semanas, atrapados en escritorios y resoluciones interminables. Mientras tanto, el resultado del careo que había realizado el lunes entre dos presos incomunicados —Sassano y Rossi— era conocido antes del viernes en otra cárcel.

Insiarte dejó escapar un suspiro y se permitió una broma con su secretario:

—Si el Conde y su esposa trabajaran en el Departamento de Higiene, el trámite estaría resuelto hace días.

Lacasa sonrió. Sabía que el comentario no era válido, pero, en medio de tantos sinsabores, un poco de humor no venía mal.

INCÓMODO REENCUENTRO

Cuando el juez fumaba junto a la ventana, era porque estaba ordenando sus ideas. Entre bocanadas, hacía cálculos: la causa exigía firmeza en todos los frentes. Atado de pies y manos por la imposibilidad de avanzar con la exhumación del cadáver, resolvió apuntalar los testimonios imparciales. Cinco funcionarios —Tasso, Bartolo Superí, el escribiente Muccioli, el telegrafista Casildo Pezzano y el jefe Paz— afirmaron que habían presenciado las confesiones de los amantes.

Por otra parte, Sassano enfrentó dos careos —uno con Tasso y otro con Pezzano— sin resultados relevantes, pues el napolitano insistió no solo en su inocencia, sino también en rechazar que alguna vez hubiera admitido su culpa.

Luego comparecieron los vecinos que habían declarado en la comisaría: Spaccamonte, Carmena Sánchez, el joven Juan Malato y la señora Mallorca. Los cuatro confirmaron sus testimonios, mientras que Carmena recordó un detalle que antes no había mencionado: Sassano visitaba a Filomena en la pensión cuando Giovanni no estaba. Incluso, una vez la escuchó decirle que se marchara, "porque la gente iba a hablar". Lacasa asentó el comentario en el expediente.

La conclusión del juez Insiarte fue que todos sostenían sus declaraciones previas, salvo Filomena y Sassano. Pero entre ellos había dos discrepancias que podrían convertirse en el punto débil de sus defensas.

Mientras Filomena aseguraba que Sassano la había visitado cuando velaban a Giovanni, el silletero negaba haber ido alguna vez a la pensión. La otra discrepancia giraba en torno a la carta encontrada entre las pertenencias de Sassano, aquella que, según él, se había incrustado en su alpargata rota. Filomena había reconocido que era su respuesta a una misiva que él le había enviado. En cambio, Sassano sostenía que él nunca le había escrito.

Esas diferencias eran suficientes para enfrentarlos el 8 de abril en el despacho del juez, en la Penitenciaría.

Cuando esa mañana le anunciaron a Filomena que debía prepararse para viajar, no imaginó que en dos horas se reencontraría con Sassano. La última vez que se habían visto había sido en la oficina del telégrafo, en la comisaría. Once semanas la separaban de aquella noche en que él le pidió, delante de los policías, que confesara lo que habían hecho. Y, desde la carta, habían transcurrido dos meses sin noticias de Sassano.

La mala vida en la cárcel había movido los resortes de su pensamiento. Filomena estaba más pendiente de su libertad que de los sentimientos que la habían arrastrado hasta ese destino. De todos modos, aunque no tanto como antes, seguía pensando en él.

Sassano sabía que lo convocaban para un careo con Filomena. Sin embargo, esa información era insuficiente. ¿Por qué los enfrentaban? ¿Acaso ella había admitido su culpabilidad? ¿Les tenderían una nueva trampa? No tenía manera de saber lo que

vendría. Decidió que, fuera lo que fuera, se mantendría en su postura, aunque eso perjudicara a la mujer por la que había participado en un crimen.

Filomena se sentó frente al escritorio y el magistrado ordenó:

—Traigan al reo.

Ella se quedó observando al juez, que leía un expediente y hacía anotaciones en una hoja. En ningún momento le habló. Hubiera querido que le confirmara que el reo era Sassano, pero Insiarte actuaba como si ella fuera invisible.

Finalmente, la puerta se abrió. Sassano tenía el pelo muy corto y una barba prolija. Un pañuelo azul rodeaba su cuello. Filomena lo vio más delgado y con las facciones endurecidas. Él esbozó una sonrisa breve, de compromiso.

El juez los dejó estudiarse. Tras unos minutos, preguntó:

—¿Se vieron la noche del velatorio de San Martín o no se vieron?

Sassano intervino para negar el hecho. Filomena fijó la vista en el juez.

—Miente. Vino a saludarme a la habitación y me deseó que tuviera una buena noche.

—No, señor juez. No fue como ella dice.

Insiarte sabía que Filomena decía la verdad. Esperó a que Lacasa registrara las respuestas y formuló la segunda contradicción.

—Sassano, ¿envió usted cartas a Filomena Magliola desde esta prisión?

—No, señor juez.

Filomena giró el rostro y lo miró. Asintió varias veces en silencio.

—Responda, señora —pidió Lacasa.

—Sí, claro. Me envió dos cartas.

Sassano negó con la cabeza.

—Es suficiente. Devuélvanlos a sus celdas.

Sassano se retiró conforme. Las discrepancias no eran graves. Por otro lado, no podía admitir que le había escrito a Filomena y se preguntaba por qué ella lo contradecía. Además, la notó enojada. Especuló que se le pasaría. Cuando tuvieran tiempo de hablar de aquel incómodo reencuentro, él iba a explicarle y ella entendería.

Mientras tanto, en el trayecto de regreso a San Telmo, Filomena lloraba. Nunca se había sentido tan sola como aquella mañana del 8 de abril.

LA AUTORIZACIÓN

El 1 de julio de 1881, cuando se cumplían seis meses del brindis fatídico, el secretario Lacasa irrumpió en el despacho del juez Insiarte con una noticia alentadora. Un contacto en la Municipalidad le había asegurado que, en el transcurso del día, el Departamento de Higiene firmaría la autorización para exhumar el cuerpo de Giovanni San Martín.

Insiarte recibió la información con cautela. Sabía que era cuestión de horas, pero no se fiaba hasta ver la nota oficial sobre su escritorio. Aun así, debía adelantarse. Envió a un ordenanza a la Comisaría 15ª. con la misión de informar a Tasso la novedad y solicitarle que localizara a dos vecinos del conventillo que pudieran actuar como testigos. Era imprescindible que hubieran participado del velatorio y pudieran reconocer el ataúd y la ropa de San Martín.

Cuando el empleado del juzgado ingresó a la seccional, el comisario se encontraba en su despacho, conversando con un español llamado Florentino Muñiz, que le pedía que liberara a dos hombres —un belga y un argelino— que habían sido detenidos la noche anterior por merodear los alrededores del Cementerio de la Recoleta. Tras considerar la situación, el comisario dispuso su liberación, despachó al señor Muñiz y se dirigió prontamente al

inquilinato en la calle Paraguay para ocuparse de elegir dos buenos testigos.

Mientras tanto, el ordenanza enviado por el juez concurrió a la casa del médico de Tribunales, Julián María Fernández, quien ya había participado de la fallida exhumación. El doctor respondió que estaría listo y atento al llamado.

La coordinación fue impecable. El lunes, no bien llegó la notificación oficial, el juez movilizó a todos los involucrados. Un ordenanza partió al Cementerio de Chacarita con instrucciones precisas: los trabajos de excavación debían comenzar de inmediato.

Todo quedó dispuesto para el miércoles 6 de julio.

PANTALÓN VERDE A CUADROS

A las nueve de la mañana, la comitiva abordó un tranvía especial de la Compañía Lacroze en la intersección de Corrientes y Callao. A bordo viajaban el juez Insiarte, Lacasa, Tasso, el doctor Fernández y los testigos Carmena Sánchez y Juan Malato. El invierno imponía su presencia: el cielo estaba cubierto, ráfagas heladas cruzaban las calles y la humedad espesaba el aire. Las lonas que recubrían el vagón mitigaban el frío, pero Malato, con el rostro pálido y rígido, evidenciaba su incomodidad.

Al llegar a Chacarita, los recibió Costa, el administrador del cementerio, quien les ofreció tazas de humeante café antes de dirigirse a la fosa común. En la sección octava, cinco hombres trabajaban con palas y sogas. A la derecha del pozo, un centenar de ataúdes embarrados se apilaban de manera irregular.

El jefe de la cuadrilla, un hombre corpulento, con una camiseta de frisa empapada en sudor y un bolo de tabaco mascado entre los dientes, anunció sin preámbulos:

—Ya estamos en la última capa, señor director.

Eso significaba que habían alcanzado el nivel más profundo, donde yacía el féretro de San Martín. Tres sepultureros comenzaron a arriar los últimos cuatro ataúdes. Los testigos debían identificar cuál de

ellos contenía los restos del napolitano. El primer cajón fue descartado de inmediato: su tamaño evidenciaba que pertenecía a un niño. El segundo, a pesar del barro adherido, dejaba ver un tono marrón claro que no coincidía con el de San Martín. Solo quedaban dos: ambos negros, ambos de pino.

Malato y Sánchez recordaban que el interior del féretro estaba forrado con un género oscuro. También tenían presente la ropa con la que había sido enterrado. Sin embargo, no había marcas visibles que permitieran distinguirlos desde afuera.

El jefe de la cuadrilla, sin levantar la vista del suelo, escupió el tabaco y preguntó:

—¿Cuál le abro, señor administrador?

Costa trasladó la decisión a Insiarte con un simple cruce de miradas. El magistrado encogió los hombros, sin darle mayor importancia. Entonces, el sepulturero eligió el que tenía más cerca.

Levantó la tapa y un vaho putrefacto lo golpeó de lleno. Se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la boca. El viento arrastró el fétido olor, que se expandió como una marea invisible. Primero, los sepultureros. Luego, el comisario, el juez, los testigos. Uno a uno, el asco los atrapó. Entre toses y arcadas, todos retrocedieron instintivamente. Solo después de unos segundos, cuando el aire pareció despejarse, se animaron a acercarse.

Tasso y el médico Fernández fueron los primeros en inspeccionar el interior del ataúd. Tras ellos, el resto. No hubo dudas: allí estaban los despojos de Giovanni San Martín.

Vestía el saco azul y el pantalón verde a cuadros, ambos desgarrados por el tiempo y la humedad. Su cráneo descansaba sobre una frazada. El pelo corto era lo único visible de la cabeza; el

rostro, en cambio, estaba cubierto por un puñado de cal, un método habitual para acelerar la descomposición y evitar que el olor atrayese aves carroñeras.

Tal como recordaban los vecinos, el forro del féretro era de lienzo negro. Malato y Sánchez confirmaron que aquel cuerpo pertenecía al vecino napolitano.

Los sepultureros transportaron el cajón hasta el tranvía que los esperaba. Luego, los seis pasajeros subieron y tomaron asiento alrededor del féretro.

Apenas avanzaron dos cuadras, Lacasa le ordenó al cochero que retirara las lonas. Preferían el frío, antes que el nauseabundo hedor que emanaba del ataúd.

Los restos de San Martín fueron depositados en la morgue del Hospital de Hombres. Ahora, la tarea quedaba en manos del doctor Fernández: determinar la causa de muerte y examinar las vísceras en busca de rastros de veneno.

Insiarte tenía grandes expectativas. El resultado del peritaje podía ser la clave para desmontar la estrategia evasiva de los amantes. A seis meses de su ejecución, el crimen de Año Nuevo se encaminaba inexorablemente hacia su veredicto final.

Mientras tanto, Sassano apostaba a que las demoras en la autopsia jugaran a su favor. Más allá de lo que Filomena dijera. Más allá de la inminente confrontación con Tío Nicola.

Él estaba solo. Enfrentado a la justicia, a los recuerdos, a los testigos. En un mano a mano con la pura verdad.

UN MURO INVISIBLE

El tiempo transcurría con una lentitud exasperante en el despacho del juez Adolfo Insiarte. Habían pasado cuatro meses desde la exhumación del cadáver de Giovanni San Martín y aún no había noticias del informe pericial del doctor Julián María Fernández. La demora, lejos de ser una irregularidad menor, representaba una amenaza para la causa.

Todo dependía de aquel peritaje. Sin la confirmación científica del envenenamiento, cualquier avance en el proceso quedaba suspendido en la incertidumbre. Al principio, Insiarte contuvo la ansiedad con la paciencia de quien confía en los tiempos institucionales. Pero cuando los días se transformaron en semanas, y luego en meses, su expectativa se desmoronó, dejando paso a una inquietud áspera.

No era el único que se lo preguntaba. Su secretario Lacasa, aunque menos ansioso, también observaba con recelo la falta de respuestas. Un mes después de la exhumación, envió el primer reclamo formal al doctor Fernández, instándolo a no dilatar más el informe. No obtuvo respuesta. Repitió el pedido el 10 de septiembre. Silencio.

Insistió el 10 de octubre. Nada.

Finalmente, el 8 de noviembre, elevó un último mensaje con tono severo, exigiendo que el dictamen fuera remitido de inmediato o, al menos, que se explicara la razón de la demora. El silencio como única respuesta solo alimentó su frustración. Y había una razón más que lo apremiaba: a fin de año dejaría su cargo, pues había sido convocado para asumir nuevas funciones. No quería marcharse con la causa inconclusa, sin firmar la resolución que pondría fin a meses de interrogatorios, careos y pruebas acumuladas.

El 19 de noviembre, por fin, la respuesta llegó. Pero con ella también lo hizo el golpe más devastador de toda la investigación.

El informe era conciso, técnico e implacable. El estado del cadáver hacía imposible verificar el envenenamiento. La descomposición había avanzado al punto de anular cualquier detección química concluyente. Como única medida, Fernández había conservado fragmentos del hígado, el intestino y el estómago en frascos sellados, en caso de que se considerara oportuno un análisis posterior. Aunque, en su opinión, cualquier intento sería inútil.

Insiarte dejó el documento sobre su escritorio y lo leyó de nuevo, buscando en la frialdad de las palabras alguna brecha, algún resquicio al que aferrarse. Sin embargo, no había nada.

Meses de espera, un desgaste interminable… para esto.

El fracaso golpeó con fuerza, pero no lo abatió por completo. Si Fernández había desistido, aún quedaba una última opción: recurrir a toxicólogos de renombre, más experimentados que el médico de Tribunales, que pudieran abrir una rendija de esperanza. Actuó con rapidez.

Convocó al doctor Pedro Arata, una autoridad indiscutida en la materia. Si alguien podía refutar el dictamen de Fernández, era él.

Arata lo recibió con cortesía, pero su veredicto fue tajante: el informe era claro, rotundo. No había nada que hacer.

Aun así, Insiarte no se rindió de inmediato. Buscó una segunda opinión y recurrió al doctor Juan José Jolly Kyle, el renombrado especialista escocés que llevaba años ejerciendo en Buenos Aires. El veredicto fue el mismo.

No quedaba camino por recorrer.

Se dejó caer en el sillón y fijó la vista en el techo, con el rostro ensombrecido por la derrota. En toda su carrera, había lidiado con evasivas, mentiras y encubrimientos. Pero esta vez era distinto. No era la corrupción ni la cobardía lo que se interponía entre él y la verdad. Era algo peor: el límite infranqueable de la realidad.

Se levantó con pesadez, caminó hasta la ventana y miró la calle. La vida seguía su curso. Los carros iban y venían, indiferentes a lo que acababa de suceder en ese despacho. Afuera ignoraban —y poco les importaba— que el juez había chocado contra un muro invisible.

Al final, comprendió algo que le costaba aceptar: la justicia no depende solo de la voluntad de los hombres. A veces, por más esfuerzos que se hagan, la evidencia simplemente se escapa, como arena entre los dedos.

Y en este caso, la verdad sobre la muerte de Giovanni San Martín se había desvanecido con el tiempo.

SIETE NOMBRES

El lento crujido del portón de hierro rompió el silencio rabioso de aquella tarde de marzo. Seis hermanos cruzaron el umbral del Cementerio del Norte, avanzando entre mausoleos y lápidas cubiertas por el tiempo con un velo de penumbra y mármol ajado. Conocían ese recorrido de memoria: una vez al mes visitaban la tumba de su madre, Mercedes Arana, fallecida nueve años atrás.

En esta ocasión, caminaban a un costado del féretro de su padre.

Era lunes 27 de marzo de 1871, y el sol apenas se insinuaba entre las sombras grises de la Recoleta, como un espectador discreto en el adiós a un héroe civil. Un hombre cuya ausencia dejaba un vacío en su hogar. Y en toda la ciudad.

El cortejo fúnebre era imponente. Entre tumbas y mausoleos, las personalidades más relevantes de Buenos Aires se habían congregado para rendir homenaje a Roque Pérez, el mártir, que en sus últimos días, alzó la bandera de la compasión.

Juez del Crimen, pionero de la masonería en la Argentina, redactor del antiguo Código Penal, presidente de la Comisión Popular que enfrentó la epidemia de fiebre amarilla en aquel fatídico 1871. Mientras muchos huían, él acudió a los barrios del sur, los más

golpeados, llevando auxilio y asistencia. Fue allí donde la enfermedad lo alcanzó.

Ahora, su cuerpo era conducido a su última morada. Pero, en ese mar de rostros graves, la verdadera carga del momento recaía sobre sus seis hijos.

El menor de los hombres, Ricardo, de diecisiete años, avanzaba en silencio, con el mentón alzado, pero con los ojos oscuros fijos en un punto impreciso. Pensaba en la conversación que habían tenido con sus tres hermanos varones antes de salir de casa, cuando decidieron que sostendrían el sólido legado profesional de su padre. Felipe, el mayor, estaba más avanzado en la carrera de abogacía. Ricardo, en cambio, aún no había comenzado.

Sin embargo, su destino ya estaba escrito.

Siete años después, en 1878, completó sus estudios y empezó a foguearse en los Tribunales. Su primer nombramiento lo llevó a representar a quienes no podían pagar honorarios. Se convirtió en Defensor de Pobres.

Así asumió la representación de siete procesados: el conde Massi, María Casal, Rizzi y Oggioni, junto con Filomena, Sassano y Rossi.

Siete nombres.

Siete destinos entrelazados por unas cartas en un mismo embrollo judicial. Y dos veredictos polémicos, pues provocarían aplausos y rechazos.

EL HIJO DEL BOTICARIO

En la foja 108 del expediente quedó asentada la última instrucción firmada por Adolfo Insiarte: la convocatoria al doctor Pedro Arata, el más capacitado —junto con Juan José Jolly Kyle— para interpretar los mensajes del microscopio. Aquella sería su última acción en el caso. Su tiempo en el Juzgado del Crimen llegaba al punto final y, con él, la posibilidad de dar el golpe final en la investigación que tanto había perseguido.

El expediente pasaría ahora a manos de su sucesor, un nombre hasta entonces relegado a los márgenes de la escena judicial: Guillermo Torres.

A sus 31 años, Torres asumía el cargo sin la experiencia de su predecesor. Se había graduado como abogado en 1876, pero pasó la mitad de su carrera con un fusil en la mano, más pendiente de las revoluciones políticas que de la redacción de alegatos. Su vocación se inclinaba más hacia la acción que hacia los estrados, hasta que llegó el momento de ejercer. Entonces, su desempeño fue sólido y bien ponderado.

Su astucia e independencia de criterio compensaban la falta de trayectoria en los tribunales. Pero en este caso enfrentaba un

desafío mayor: un crimen de envenenamiento en una ciudad donde la ciencia forense aún avanzaba con pasos inciertos.

Desde su juventud, Torres había mostrado talento para la oratoria y el debate. Se educó en el Colegio Modelo de Salvador Negrotto y hablaba inglés con fluidez, una herencia de su madre, Ann Barton, descendiente de británicos. Su infancia estuvo marcada por la rigurosa educación anglosajona y por la farmacia familiar, donde pasaba horas observando a su padre preparar remedios y fórmulas químicas.

Don Santiago Torres no era un boticario del montón: era el más respetado de la ciudad. Su farmacia, ubicada en la calle Defensa, frente a la iglesia de San Francisco, había sido frecuentada incluso por el gobernador Juan Manuel de Rosas. Allí, junto a su cuñado Ralph Barton, elaboraban medicinas e importaban preparaciones como la famosa soda carbonatada que consumían los porteños.

Guillermo Torres eligió el derecho en lugar de la botica, pero el conocimiento sobre sustancias y venenos, aprendido en aquellos días, permanecía en algún rincón de su memoria.

El prestigio de la farmacia no evitó que la familia atravesara turbulencias. En 1874, su tío Ralph Barton abandonó Buenos Aires de manera repentina. Se marchó con su esposa y sus hijos rumbo a Lima sin dar explicaciones. Guillermo y sus hermanos sospechaban que la partida había sido consecuencia de una fuerte discusión con su padre. Ralph nunca regresó y el vínculo con la familia se fue diluyendo.

Pese a la ruptura, don Santiago no solo sostuvo la farmacia en pie, sino que la expandió. Su esposa, Ann Barton, jugó un papel crucial

al desarrollar unas pastillas para fumigar que se convirtieron en un éxito comercial, mientras su hijo rendía las últimas materias.

La graduación de Guillermo fue tan celebrada como las ventas del fumigante. De todos modos, la teoría estaba lejos de la práctica.

Torres asumió su falta de experiencia en los tribunales con pragmatismo. Se apoyó en Pastor Lacasa, el secretario del juzgado, quien se convirtió en su mano derecha para comprender los casos pendientes.

Pero su mejor lección llegaría fuera del despacho.

En mayo de 1882, visitó con su familia —Carolina Blanco y tres niños— la quinta de los Torres en Flores, donde sus padres disfrutaban de una vida más tranquila. Durante el almuerzo del domingo, las charlas se alargaron entre anécdotas familiares y discusiones sobre los cambios en la ciudad.

En un momento, Guillermo, sin mucho entusiasmo, mencionó el caso del envenenamiento. La falta de pruebas concretas, la negación de los imputados y la incertidumbre científica hacían del proceso un callejón sin salida.

Su padre levantó la vista.

—¿Qué dicen los análisis?

Guillermo torció el gesto.

—Aún nada concluyente. Y si las pruebas no aparecen, los acusados podrían salir libres.

Santiago Torres sonrió con la calma de quien sabe las respuestas.

Lo que siguió fue una lección improvisada sobre venenos, su metabolismo en el cuerpo y sus efectos. Santiago no solo era un boticario excepcional, sino un hombre con profundos conocimientos en química y toxicología.

Mientras su padre hablaba con pasión acerca de compuestos químicos, Guillermo comprendió lo poco que sabía sobre la naturaleza del veneno y lo esencial que era ese conocimiento para el caso que enfrentaba.

La farmacia que había ignorado de niño se convertía ahora en la clave para comprender lo que enfrentaba como juez.

Con la mente aún girando en torno a lo aprendido, Torres regresó a Buenos Aires.

El crimen seguía sin resolverse. Pero ahora, al menos, sabía cuáles eran las respuestas que debía encontrar.

TODO A LA VENTA

Los tres presos cumplían su primer año en la cárcel, aún lejos de la absolución o la condena. Filomena fue asignada a la lavandería de la correccional y también asistía a un curso de pintura de objetos decorativos. La rotación de presos era alta en aquella prisión, pues los delitos eran menores. Ella, en cambio, pertenecía al reducido grupo de las asesinas pasionales. Su encierro sería largo: debía esperar la sentencia y, de ser hallada culpable, cumplir la condena. El tiempo la convirtió en una de las veteranas, reconocida en todos los ámbitos, incluso entre los hombres que cumplían penas menores. Filomena despertaba el deseo de muchos reclusos.

Mientras ella intentaba encontrar su lugar en la Correccional, en la Penitenciaría de Palermo, la realidad se configuraba de otro modo. Adaptado a su nueva situación, Sassano realizaba tareas manuales en el taller. Rossi, por su parte, pelaba papas y limpiaba los utensilios de cocina.

Gracias a ello, estaba mejor alimentado que el resto de su pabellón, el de los encausados. Sin embargo, seguía sin aceptar aquel destino que lo marginaba de su mundo en las calles, donde pregonaba sillas y fósforos, con días buenos y malos, pero en libertad.

Sentía, con razón, que el defensor de pobres no colaboraba. Algo de cierto había. El joven abogado Ricardo Pérez se movía con cautela, pues representaba a los tres. Sassano y Filomena negaban los hechos, al punto de no facilitar las acciones del defensor oficial, lo que llevó a discusiones del abogado con sus patrocinados.

Rossi, en las antípodas de los amantes, se encontraba estancado entre las mentiras de Sassano y la pasividad de Pérez. Se propuso, entonces, contratar un abogado.

Eligió a Martín Fragueyro, siguiendo el consejo de Alphonse K. de Peñaranda, un belga que había conformado una banda de inmigrantes.

Tío Nicola acudió a un amigo para que vendiera todas sus pertenencias en una ropavejería y en un bazar, y así reunir el dinero necesario para pagar los honorarios del abogado. Necesitaba estar preparado para enfrentar la posible embestida del fiscal.

LA PALABRA DEL FISCAL

Manuel Peña tenía cuarenta años. No irradiaba autoridad, pero sus convicciones eran firmes. Su pelo, oscurecido con pomada y echado hacia atrás, delataba pulcritud, al igual que su bigote recortado con esmero. Vestía con sobriedad: traje oscuro bien ajustado, chaleco de paño sin adornos y un reloj de bolsillo que consultaba a menudo, como si disputara una carrera contra el tiempo.

Había llegado tarde a la justicia, pero no por falta de mérito. Provenía de una familia con vínculos ilustres, emparentada con el caudillo Martín Güemes, y la fortuna le había sonreído al recibir una beca del general Urquiza para estudiar en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay junto a cuatro de sus trece hermanos. Sin embargo, su título de abogado no le fue regalado: lo obtuvo recién a los treinta y cinco años, después de grandes esfuerzos. Trabajó para costearse los estudios. Fue secretario del general Bartolomé Mitre, y buena parte de la correspondencia del militar llevaba su buena caligrafía.

En su función de fiscal, transitaba un período de formación. La búsqueda de certezas, matizada con su falta de experiencia en el cargo, podía jugar en su contra: a veces, forzaba las piezas para que encajaran, construyendo la verdad de la manera más lógica posible.

Así, el caso del envenenamiento no le ofrecía dudas. ¿Faltaban las pericias en el cadáver? No eran necesarias, porque las confesiones eran contundentes. ¿Los principales acusados negaban sus propios testimonios? No importaba, ya que cinco funcionarios policiales, incluido el jefe Paz, afirmaban que los habían dado.

El 22 de mayo de 1882, Peña escribió su dictamen. Su pluma se deslizó con la precisión de un verdugo. No hubo dudas ni titubeos. Filomena debía recibir cadena perpetua por asesinato premeditado, agravado por el vínculo. Para Sassano, diez años por complicidad. En cuanto a Rossi, el fiscal no encontró los méritos suficientes para acusarlo.

El defensor oficial dejó de lado sus disputas con Filomena y acudió a la Correccional para comunicarle la novedad. Reunidos en la salita de los abogados, no se preocupó por aclararle las diferencias de valoración entre la opinión del agente fiscal y la sentencia. Al conocer la noticia, Filomena sintió náuseas y se desmayó sobre la mesa.

Recuperada en la enfermería, donde pasó dos jornadas llorando, fue devuelta a su celda. Ya no estaban sus compañeras Aurora Arce, Rosa Cattaneo y María Casal para consolarla. Todas habían salido en libertad.

El alcaide le otorgó unos días de licencia de sus responsabilidades. Tendida en su catre, no hizo más que dormir y llorar. Odió con toda su alma a Sassano.

Su decaimiento era tan grande que el propio alcaide la convocó para explicarle que aún quedaban muchas instancias de la justicia, además de que la opinión del fiscal no tenía por qué ser determinante para el juez.

De a poco, Filomena pudo ir restableciéndose. Incluso volvió a pensar en Sassano, de quien se había distanciado desde aquel ya lejano 8 de abril del año anterior, el día en que los enfrentaron en el careo.

Sassano, en cambio, ya no se preocupaba por Filomena ni, mucho menos, por Tío Nicola. Si su salvación dependía de hundirlos a ellos, lo haría.

LA SORPRESA DE LOS ALEGATOS

Cuando todas las partes accedieron al dictamen del fiscal Peña, el doctor Fragueyro, defensor de Nicola Rossi, presentó su descargo. Semanas atrás, en otra causa, había objetado la "calenturienta imaginación" de un fiscal en un caso de robo. Pero esta vez coincidía con Peña en un punto esencial: había una asesina, un cómplice y un inocente injustamente implicado, su defendido.

Lo dejó en claro desde el principio, con una declaración tajante:

Un hombre inocente, con los mismos derechos que cualquier ciudadano, arrastrado a una acusación sin sustento, condenado al oprobio por una simple presunción sin base alguna.

Fragueyro fue directo en sus ataques a la policía. Fueron ellos quienes arrestaron al fosforero basándose únicamente en el testimonio dudoso de Sassano. Con meticulosa precisión, el abogado fue desmontando una a una las mentiras del amante de Filomena. Sassano había dicho que no conocía a San Martín ni a su esposa, pero la evidencia lo desmintió. Juró que nunca visitó a Filomena después de la muerte de su marido; testigos lo refutaron. Negó haber coincidido con ella en el Mercado Libertad y, una vez más, las

pruebas demostraron lo contrario. Aseguró que jamás escribió a Rossi ni a su amante. Otra mentira.

Si era un fabulador compulsivo, ¿por qué la policía le creía, entonces, cuando mencionaba que Rossi sabía del veneno?

Fragueyro tenía una respuesta: los policías estaban más preocupados por su reputación que por la verdad.

> *La sociedad de Buenos Aires ha aplaudido repetidamente la actividad desplegada en las pesquisas por los encargados de la vigilancia diaria. Aunque no pocas veces ha dado a ciertos actos un colorido diferente del que tuvieron en su origen, transformando un hecho real en algo distinto.*

Aseguraba que algunos sumarios policiales parecían provenir de la pluma de un fabulista. Además de la fama, Fragueyro insinuó otro posible incentivo:

> *La prensa ha denunciado constantemente las dádivas prodigadas a estos funcionarios, como en el caso del secuestro del cadáver de doña Inés de Dorrego.*

Fragueyro conocía bien ese escándalo. Había defendido a uno de los acusados —el que lo había recomendado con Rossi— y exponía los rumores de que la familia Dorrego había recompensado con generosas sumas a los policías que resolvieron el caso. Nunca se probó, pero la sospecha persistía.

Para él, la justicia no podía ser rehén de los intereses policiales. Era momento de frenar los abusos. Y el primer paso debía ser la

liberación inmediata de su defendido. Así terminó su sólida intervención. Llegó el turno del defensor de pobres, Ricardo Pérez, quien representaba a Filomena y Sassano.

Su alegato dejó a todos perplejos.

Lacasa, el secretario, fue el primero en notar algo extraño. El escrito de la defensa de los dos principales implicados, en lugar de extenderse por páginas, no superaba una carilla y media. Frunció el ceño, hojeó los párrafos y, tras conocer el contenido, interrumpió al juez Torres para mostrárselo.

Torres lo leyó en silencio. No tardó en entender la causa del desconcierto de Lacasa. Pérez abría su defensa con una afirmación sorprendente:

Tras un prolijo estudio del expediente en busca de la inocencia de mis defendidos, he corroborado que son los autores del envenenamiento. Así lo prueban las declaraciones que prestaron ante el comisario, así como los testigos que han firmado este proceso.

Torres parpadeó, incrédulo. ¿Pérez estaba asegurando que sus propios representados eran culpables?

Siguió leyendo:

Si bien ellos niegan ahora sus primeras declaraciones, su veracidad ha sido confirmada por quienes las presenciaron. No existe en los autos del expediente causa que justifique el crimen, por lo que me adhiero a lo expuesto en la vista fiscal.

Era inaudito. Un abogado defensor que, en lugar de proponer argumentos para defender a sus clientes, al menos pidiendo que se atenúen las penas, confirmaba su culpabilidad y se alineaba sin reparos con la fiscalía.

Torres se tomó un día para procesar lo sucedido. Reflexionó sobre los consejos de su padre, consultó con colegas sobre la extraña validación del hijo de Roque Pérez y revisó el informe del fiscal Peña, con quien tenía un resquemor por una disputa pocos meses atrás, en febrero.

Finalmente, tomó una decisión.

Su resolución resultó tan impredecible como el alegato del defensor de pobres.

CUARTA PARTE

TENSA Y DISTANTE

El desencuentro del juez Torres con el fiscal Peña se inició por el caso del robo en la sastrería Los Tres Mosqueteros.

Todo comenzó el 26 de octubre de 1881, cuando el antecesor de Torres, Adolfo Insiarte, dio por concluida la instrucción sumaria. El expediente pasó al fiscal Manuel Peña, quien debía examinar el expediente y redactar la acusación contra los imputados: el conde Massi, Rizzi, Oggioni y María Casal. El funcionario solicitó para todos una pena de seis años de penitenciaría.

La defensa oficial no conformó a Oggioni. Entonces, anticipándose al fallo del juez, decidió nombrar un nuevo abogado: Luis V. Varela.

Las fechas se sucedían sin apuro: el sumario se cerró el 26 de octubre; el fiscal presentó su acusación el 22 de abril; el abogado defensor formuló su alegato el 29 de mayo, y el colega Varela asumió la defensa el 4 de junio. A la vez, los presos aguardaban, sin demasiadas expectativas, una definición.

Para comienzos de julio, se esperaba que Varela devolviera el expediente con su alegato. Ante su silencio, se le envió un reclamo que quedó sin respuesta. En agosto, se lo intimó nuevamente. En septiembre, tras un tercer requerimiento, se comprometió a entregar el legajo en tres días. No cumplió. A fines de mes, Torres ordenó a la

policía recuperar la causa. Dos oficiales acudieron a su estudio y secuestraron la carpeta, con la defensa ya incorporada: un alegato sólido y minucioso.

Antes de analizar el contenido para dictar sentencia, el juez Torres revisó las fechas. Fue entonces cuando detectó una irregularidad que había pasado inadvertida para todos. Quizás él mismo no la habría notado de no ser por la demora de Varela.

Los delitos estaban probados. Sin embargo, Torres advirtió que el fiscal Peña había incumplido los plazos procesales: presentó su acusación en abril, varios meses después de la clausura del sumario. Basado en ese argumento, el juez resolvió la liberación de los imputados: el tiempo para procesarlos había expirado.

El expediente pasó a segunda instancia, a la Cámara del Crimen. El fiscal de la segunda instancia Gerónimo Cortés expresó su frustración:

> *Es lamentable que, por un error en los plazos, criminales reincidentes, habituados al robo como medio de vida, queden impunes. Pero, por encima de cualquier consideración, está el respeto a los principios y la veneración por la justicia, base del orden público y única garantía de los derechos individuales.*

Finalmente, la Cámara confirmó el fallo en febrero. El día 20, los cuatro acusados fueron puestos en libertad.

La sentencia de Torres dejó en evidencia el error de Manuel Peña. Desde entonces, la relación entre ambos se volvió tensa y distante.

PARA QUEDAR BIEN CON EL GOBIERNO

Lacasa y Torres se dedicaron a desmenuzar el expediente. En esta oportunidad, los plazos procesales por un crimen eran más amplios, por lo que no existía el riesgo de que se cayera la causa, como ocurrió con el caso del robo a la sastrería. Dos de los protagonistas ya no formaban parte de la escena: el juez Insiarte cumplía otras funciones y Tasso había dejado la fuerza policial.

Torres decidió reiniciar el caso y reconstruir en pocas semanas lo que había llevado veintiún meses. El rearmado incluía interrogar a los tres detenidos en presencia de sus abogados, analizar los frascos, traducir las cartas escritas en italiano, peritar sus caligrafías y verificar las firmas de Sassano en el expediente y en la confesión registrada en el libro de exposiciones de la comisaría 15ª.

La rapidez con la que dispuso cada paso fue ejemplar. Si algo había aprendido de su padre, era la disciplina en el método. Por eso, elaboró un pequeño calendario con plazos estrictos para resolver cada cuestión.

El 21 de septiembre de 1882 puso en marcha su planificación. Esa mañana interrogó a Sassano y luego a Rossi. Por primera vez, se encontraba cara a cara con los procesados.

El silletero napolitano acudió acompañado por Ricardo Pérez. El juez abrió la indagatoria con una pregunta formal. Necesitaba saber si ratificaba a Pérez como su defensor. Sassano confirmó. Fue su única afirmación. A todo lo demás, respondió con las mismas negativas de siempre.

—¿Cómo puede negar —preguntó Torres— la declaración que hizo en la comisaría, cuando el jefe de Policía, el comisario Tasso y el escribiente Muccioli lo escucharon confesar?

—No he prestado esa declaración —contestó con un tono estudiado—, aunque ellos lo afirmen. Deben decir eso para quedar bien con el gobierno.

Además, aseguró que no había firmado ningún documento en esa ocasión. También negó haberle pedido un veneno a Rossi. Según él, jamás solicitó nada ni recibió frasco alguno.

—Sassano, usted le pidió a Rossi algo para matar chinches.

—No, señor juez. Si quisiera matar chinches, bastaría con agua caliente.

Lacasa tomó nota de la respuesta.

Torres dio por terminada la indagatoria. Media hora después, interrogó a Rossi, asistido por el doctor Fragueyro. El fosforero repitió lo mismo de siempre con absoluta convicción.

Lacasa preguntó al juez si consideraba necesario un careo, pero Torres lo descartó: no tenía sentido. En cambio, ordenó que la policía localizara a Vicente, el hombre que, según Rossi, le había proporcionado el veneno.

A la mañana siguiente, el juez Torres dio su segundo paso: se presentó en la Cárcel Correccional. Era el momento de conocer y escuchar a Filomena. Antes de la entrevista, conversó con el alcaide,

quien le informó que la mujer había mejorado de la depresión de mayo, cuando se enteró del dictamen del fiscal. Con resignación, se había dedicado al lavado y planchado de ropa, además de la pintura decorativa de objetos.

El juez lo confirmó al verla. Aunque su piel seguía pálida, Filomena irradiaba una serenidad y confianza ausentes en los otros acusados. Al igual que Sassano, compareció junto al defensor de pobres, por disposición del juez.

Su declaración fue un reflejo de la del napolitano. Negó haber puesto veneno en el vino de su marido. Torres insistió varias veces sobre su confesión ante los funcionarios, pero ella se mantuvo firme: eso nunca ocurrió.

Entonces, el juez le preguntó sobre la carta hallada en la celda de Sassano, la misma que ella había reconocido y en la que se leían frases como "lo que estás padeciendo por mí" y "nos llaman criminales", además de la recomendación de negarlo todo. Esta vez, sin embargo, renegó de su contenido. Aseguró que Aurora Arce había escrito barbaridades.

—¿Barbaridades? —preguntó el magistrado.

—Sí, cosas que yo jamás habría dicho.

Con esa respuesta, el juez dio por concluida la audiencia. No necesitaba más. Había dejado en claro las posturas de los tres acusados. Esta vez, sus declaraciones contaban con la validación de sus abogados.

El plan que había diseñado señalaba el inicio de los peritajes. Todo parecía en orden. Pero Torres se equivocaba: no todo saldría según lo planeado.

NO JUEGUE CON NOSOTROS

Un químico, un traductor y dos calígrafos. Con esa singular combinación de expertos, el juez Torres armó su equipo para desentrañar los puntos oscuros del expediente. Cada uno tenía un papel crucial en la investigación y aportaría su habilidad en un intento por arrojar luz sobre el caso.

El doctor Miguel Puiggari, prestigioso químico nacido en Barcelona, llevaba ya tres décadas en Buenos Aires. No solo era un experto en su campo, sino que había sido discípulo del padre del magistrado. Honrando aquella antigua relación, aceptó analizar los fragmentos de las vísceras de San Martín que aún conservaba el doctor Fernández. Era la última esperanza para probar el envenenamiento.

Mientras tanto, el traductor público Pablo Frugoni, originario de Génova, se encargó de las tres cartas que Rossi había aportado al expediente. La orden del juez era clara: debía trabajar con rapidez. Frugoni no defraudó. En cuarenta y ocho horas, las traducciones estaban listas sobre el escritorio del magistrado.

La celeridad en cada paso era clave para cumplir con el riguroso calendario que Torres había trazado. Por eso, Lacasa, su secretario,

insistió una y otra vez en reclamar los frascos al médico forense. No podían perder más tiempo.

Por su parte, los calígrafos enfrentaban una tarea que requería precisión y agudeza. Pedro Uzal, un hombre de gran orgullo y carácter firme, atesoraba una tabaquera de plata que había pertenecido a su abuelo, Francisco Uzal, un valiente veterano de las Invasiones Inglesas que murió a consecuencia de las heridas de guerra. Pedro, sin embargo, no se dejaba eclipsar por la historia familiar: con apenas veintiséis años, había sido condecorado por su labor durante la epidemia de fiebre amarilla, colaborando con su padre y el malogrado Roque Pérez.

A su lado, Enrique Hoyo, más joven y con menos experiencia, poseía un mérito singular: había sido el primer calígrafo público recibido en el país. Con solo cinco meses de graduado, asumía el peritaje con la seriedad que la causa exigía.

Ambos tomaron posición frente a Sassano, quien permanecía sentado, con los puños cerrados sobre la mesa. A su lado, el abogado Ricardo Pérez y el secretario Pastor Lacasa seguían cada gesto con atención. La tirantez era palpable.

Uzal se inclinó ligeramente y extendió una pluma de mango negro. Sassano la observó un instante, como si el objeto tuviera vida propia. La tomó con la diestra, con gesto mecánico. Pero, antes de empezar a escribir, la pasó de manera casi imperceptible a la izquierda.

Hoyo, que no le quitaba los ojos de encima, golpeó suavemente la mesa con los nudillos.

—No juegue con nosotros, Sassano.

El napolitano levantó la vista, con una leve sonrisa nerviosa.

—¿Jugar? ¿Yo?

Uzal intervino, con tono calmo, pero autoritario:

—Sabemos que es diestro. Empiece de nuevo. Con la derecha.

Sassano tomó la pluma con la mano correcta, la sumergió en la tinta y comenzó a escribir frases extraídas de las cartas originales que Hoyo le dictaba con voz pausada. Trazaba las palabras con lentitud calculada, con clara intención de modificar su caligrafía, pero el perito no se dejaba engañar.

—No se esfuerce en cambiar el trazo, Sassano. Su escritura ya ha hablado antes.

Tras completar el dictado, le indicaron que firmara tres veces en la misma hoja. La última rúbrica salió más tensa, con la presión de quien siente la pesadez de cada trazo sobre el papel.

Los calígrafos se miraron en silencio y recogieron las dos hojas con el cuidado de quien sostiene una prueba crucial. La labor más meticulosa aún les esperaba, pero, en aquel instante, supieron que Sassano había dejado al descubierto más de lo que intentaba esconder.

Mientras los estudios avanzaban en distintas direcciones, un retraso comenzaba a preocupar cada vez más al juez Torres. El doctor Fernández no entregaba los frascos. Ya no había margen para esperas, así que le envió una carta exigiéndolos con urgencia.

La respuesta llegó al día siguiente. No con los frascos, sino con la noticia no deseada.

Sr. Juez:

Por orden del doctor Insiarte se practicó la exhumación y autopsia de Giovanni San Martín que había fallecido hacía ya seis meses.

Inhumado en el suelo, y contenido el cadáver en un cajón de pino delgado, la putrefacción había destruido casi por completo las partes blandas, extrayéndose del vientre fragmentos de estómago, hígados e intestinos, importantes para la investigación médico-legal.

Estos fragmentos estaban completamente descompuestos, a tal punto que toda investigación era inútil.

Así se hizo presente al juez de la causa. Sin embargo, los frascos se retuvieron hasta hace poco tiempo, cuando el que suscribe, creyéndolos completamente inútiles, por la destrucción total en que se hallaban, se deshizo de ellos, pues además de carecer de valor, era antihigiénico retenerlos en mi poder.

El despacho de Torres se envolvió en un silencio tenso.

El doctor Puiggari nunca llegó a intervenir. No habría pruebas, no habría certezas.

La evidencia más relevante, aquella que podía confirmar el envenenamiento, había sido descartada. El juez sufrió así el revés más grande de la investigación.

Definitivamente, el caso se quedaba sin respuesta.

EL ÚLTIMO INFORME

A pesar del revés que supuso la ausencia de un dictamen químico, el Juzgado del Crimen esperaba con expectativa el análisis caligráfico. De aquel estudio dependía la resolución del caso. Después de eso, no quedaba ningún otro procedimiento.

La respuesta llegó el 1 de octubre, con la celeridad que el juez había exigido. Los expertos, tras cotejar la letra y las firmas, elaboraron un informe contundente de siete páginas.

El primer punto señalado fue una dificultad evidente: los trazos eran irregulares. Sassano no tenía una caligrafía uniforme, sino que alternaba distintos estilos de escritura, lo que impedía establecer un patrón claro de comparación.

Aun así, los peritos advirtieron que había intentado forzar su letra. Presionaba la pluma con más intensidad al firmar los documentos que le solicitaron. Lo mismo ocurrió con los textos dictados:

—No hay un solo rasgo trazado con espontánea naturalidad —concluyeron.

El intento de engaño no alteró el veredicto final: Sassano era, sin duda, el autor de las cartas y de la firma que acompañaba su confesión. Disponían de pruebas suficientes para demostrarlo, pero

Uzal y Hoyo optaron por no detallar los aspectos más técnicos en su informe:

> *No nos explayamos en detalles más específicos que corroboran todo lo dicho por no distraer la ilustrada atención de Su Señoría, absorta en otros asuntos de más elevada y trascendental importancia.*

El juez leyó el documento en silencio. Era exactamente lo que esperaba. Sassano había confesado y la firma en el libro policial le pertenecía.

Ya no quedaban dudas.

Solo faltaba incorporar al expediente una copia del texto de aquella confesión.

El secretario Lacasa solicitó a la Policía el libro de exposiciones de la comisaría 15ª., que fue entregado dos días después. De inmediato, se transcribió el testimonio de Sassano en el expediente.

El caso quedó completo.

Ahora era el turno del fiscal y de la defensa.

Manuel Peña y los abogados tenían su última oportunidad para presentar alegatos. Alegatos nuevos en todo sentido. Porque Fragueyro y Pérez ya no representaban a los procesados.

Cada acusado aportaría su propio abogado.

Tenían la palabra los hombres que definirían el pleito.

EL AÑO NUEVO

Guillermo Torres felicitó al personal del juzgado por la precisión con la que cumplieron los plazos establecidos. El 19 de septiembre había iniciado la ejecución de su programa y, en solo tres semanas, completó el ciclo. A partir de ese momento, el manejo de los tiempos dejó de depender de él. Las notificaciones a las partes involucradas, por ejemplo, tomaron un par de semanas.

El expediente pasó entonces a manos del fiscal Manuel Peña, quien no compartía la urgencia del juez. Recibió la carpeta el 31 de octubre, pero no la devolvió hasta el 15 de noviembre, a pesar de que su escrito, fechado el 4 de noviembre, solo informaba que no tenía nada que agregar. Con ello, reafirmaba su postura: solicitar cadena perpetua para Filomena, diez años de prisión para Sassano y la libertad de Rossi.

Las notificaciones sobre la respuesta del fiscal Peña demandaron otra semana. Luego, llegó el turno de las defensas. A diferencia de la fiscalía, allí sí hubo novedades importantes.

Durante una charla en el patio de la Penitenciaría, un grupo de presos le aconsejó a Sassano que cambiara de abogado. Le recomendaron a José Boneo, un experimentado hombre de leyes de 51 años. Los Boneo eran una familia de renombre en distintos

ámbitos: un primo de José era vicario del arzobispado; otro, un pintor afamado. Su abuelo había dirigido los trabajos de construcción de la Vieja Recova y de la Plaza de Toros en Retiro.

Debido a las dificultades para costear los honorarios del doctor Fragueyro, Rossi consiguió el padrinazgo de Alberto V. López, un joven defensor de pobres de veinticinco años. Nieto del autor del Himno, López era aficionado a pintar marinas, actividad a la que dedicaba su tiempo libre.

Por su parte, Filomena estuvo representada por otro defensor oficial: Juan Agustín García, de tan solo veinte años, que llevaba unos meses de graduado.

Entre avisos, respuestas y confirmaciones, el año se esfumó. Los imputados recibieron a 1883 tras los muros de la cárcel.

El Año Nuevo en prisión era un evento extraño, cargado de un simbolismo ambiguo. Para algunos, era una cuenta regresiva incierta, el avance inexorable de un almanaque que ya no les pertenecía. Para otros, apenas era una grieta en la monotonía de los días calcados, la vaga promesa de que el ciclo entrante pudiera traer algo distinto.

A los acusados por el crimen de San Martín, en cambio, la fecha los transportaba a aquel brindis, el de 1881, que había sentenciado sus vidas.

En la memoria de Filomena, la imagen persistía: el vaso alzado, el murmullo de un deseo de salud que Giovanni jamás sospechó traicionero. El líquido ámbar, disimulado en el vino, girando en el cristal. El engaño consumado con la suavidad de una rutina festiva.

Ya viejo, el año 1882 se deslizaba hacia el olvido, igual que ocurrió con su predecesor. Un implacable 1883 los alcanzó de golpe.

El tiempo avanzaba. El pasado no podía borrarse.

NO HAY PENA SIN CRIMEN

Era un hombre de baja estatura, maneras graves y refinadas, con una simpatía natural que lo convertía en un conversador irónico y cautivador. Culto hasta la exageración, Juan Agustín García contaba apenas veinte años cuando, en febrero de 1883, asumió la defensa de una joven de veintidós.

Con su frente ancha, los ojos nostálgicos y el bigote triangular, representaba mayor edad. Nunca conoció a Filomena Magliola fuera del expediente. Probablemente, sus caminos jamás se habrían cruzado de no ser porque él, en sus primeros pasos como abogado, ejercía como defensor de pobres, y ella, atrapada por un anónimo dirigido al Jefe de Policía, no pudo escapar de la acusación de un crimen planificado.

Pulcro hasta la obsesión y de educación impecable, García provenía de una familia de ilustre trayectoria. Su árbol genealógico estaba plagado de fundadores de Buenos Aires, rectores de universidad, damas de alcurnia y juristas prestigiosos. Su propio padre, homónimo, había hecho carrera en la Justicia, además de ocupar dos veces una banca de diputado, ser ministro, director de banco y accionista del diario *La Nación*.

Sin embargo, entre tantos títulos y honores, prefería que lo recordaran simplemente como un sibarita.

Para Juan Agustín García hijo, como firmaba, Filomena solo existía en el expediente. Y ahí estaba aquel legajo, sobre su escritorio, esperando ser diseccionado.

Sabía que las expectativas sobre su desempeño eran bajas. Le faltaba experiencia, pero le sobraban lecturas. De libros y de los manuscritos de su padre.

Había recorrido 121 fojas cuando se topó con el alegato de su antecesor, el doctor Ricardo Pérez. Su reacción fue de incredulidad. Tomó nota en su cuaderno borrador. Cuando llegó a la foja 150, tenía clara su estrategia.

Veinticinco páginas. Con ellas construyó la defensa de la napolitana.

Mientras trabajaba en el alegato, le llegó el nombramiento como profesor del Colegio Nacional. Su primer empleo remunerado. El primer reconocimiento tangible de su talento.

Sin embargo, la alegría no lo apartó de su deber. Tres semanas después, tenía lista su defensa. Y el Juzgado del Crimen la esperaba.

LA MÁS REMOTA PRUEBA

Antes de abordar el caso, García se encargó de cuestionar la actuación del anterior abogado de Filomena y Sassano, el doctor Pérez. Su crítica no dejó margen a la interpretación:

> *El antiguo defensor de pobres, en su escrito, reconoce tan ampliamente probada la criminalidad de mi defendida, que no se le ocurre decir mejor cosa en su defensa que concuerda por completo con el fiscal, que pide penitenciaría indeterminada.*
> *No me puedo explicar cómo el defensor ha encontrado tan liso y llano el punto, que ni siquiera los honores de una corta disensión le concede.*
> *Creo mi deber comenzar por pedir a Su Señoría que se sirva no tomar en cuenta el citado escrito.*

Dicho esto, pasó a la verdadera esencia de su alegato.

> *He leído este proceso con un espíritu más bien contrario que favorable a los intereses que defiendo, y la impresión que me ha dejado, es que faltan absolutamente las pruebas, no tan solo de la*

criminalidad de mi defendida, sino de que haya sucedido el hecho de que es acusada.

Su prioridad no era discutir la inocencia o culpabilidad de Filomena. García planteó una cuestión aún más elemental: ¿Estaba probado que hubo un crimen? A su juicio, la ausencia del cuerpo del delito invalidaba todo el proceso. No se podía debatir quién lo había cometido si ni siquiera se había demostrado que el delito había ocurrido.

Con un lenguaje llano —sin recurrir a las citas en latín que probablemente habría usado su padre, como *nulla poena sine lege, nulla poena sine crimine* ("no hay pena sin ley, no hay pena sin crimen")—, expuso su punto con claridad:

Se ha apresado a mi defendida por sospecharse que su esposo ha muerto envenenado. Han transcurrido dos años, se ha hecho un sumario en toda regla y, por más que he buscado, no se encuentra la más remota prueba del cuerpo del delito.

Más que defender a Filomena, García cuestionaba la legitimidad del proceso en su totalidad.

Se corren rumores de que se ha cometido un delito, aunque la justicia no tiene ninguna prueba del hecho. ¿Con qué derecho, antes de tener la evidencia de que ha sucedido el crimen se procesa a nadie?

Luego, formuló el principal interrogante:

La acusada podría contestar a todos los cargos de Su Señoría: ¿Sabe el señor juez si San Martín ha muerto envenenado? ¿Tiene alguna prueba de este hecho? A lo que Su Señoría tendría que contestarle que no. Y entonces, ¿con qué derecho se le acusa, y con qué derecho se la mantiene presa?

Su punto era innegable. Sin pruebas materiales, todo el juicio se sostenía en conjeturas.

Con la base del cuerpo del delito demolida, García pasó al siguiente blanco: el doctor Borbón, quien había firmado el certificado de defunción de San Martín. En ningún momento, el profesional sospechó envenenamiento. Y, sin embargo, después de su fallecimiento, dudó.

Si Giovanni San Martín hubiera muerto por arsénico o estricnina, dos venenos con efectos fácilmente reconocibles, el médico lo habría notado. García, entonces, planteó la duda:

¿A qué doctor Borbón debemos creerle?
¿Al que extendió el certificado de defunción o al que después se contradijo?

El certificado de fallecimiento era un documento oficial y, según García, el juez no podía ignorarlo. Si el médico no había sospechado envenenamiento en su momento, ¿por qué hacerlo ahora? Era un golpe directo al corazón de la acusación.

Con una mezcla de solidez argumentativa y un estilo elegante, García desmontó los pilares de la causa. Pero aún persistían varios

obstáculos: las confesiones en la comisaría, las cartas enviadas desde la prisión, los testimonios de los vecinos del inquilinato, los peritajes.

Cada uno de estos elementos seguía pesando sobre Filomena y Sassano. Y García estaba listo para enfrentarlos.

En la segunda parte de su alegato, entregaría una de las piezas defensivas más brillantes de su tiempo.

SI LOS COMISARIOS FUERAN JUECES

García podría haber terminado su alegato allí. La falta del cuerpo del delito era razón suficiente para exigir la libertad de Filomena. Pero su convicción era tal que decidió ir más allá: propuso olvidar todas sus argumentaciones previas y partir de la base de que San Martín efectivamente murió envenenado. Aun en ese caso —explicó —, la culpabilidad de su defendida no estaba probada.

Desde el inicio, la investigación se había construido sobre una suposición: si hubo un crimen, la culpable debía ser la esposa. ¿Pruebas? Ninguna. Solo conjeturas y un apresurado razonamiento policial.

Hay un tal Sassano que dicen que es muy amigo de Filomena. El asunto se presenta clarísimo. ¿Quién ha envenenado a San Martín? ¡Quién ha de ser! ¡Su esposa! ¿Y por qué? —pregunta tal vez alguno poco creyente—. Porque Filomena es muy amiga de Sassano, quien, al decir de un testigo, es primo de San Martín. Luego, Filomena Magliola ha asesinado a su esposo.

La lógica era ligera, pero suficiente para la policía, que no tardó en interrogar a los sospechosos. Al principio, ambos negaron cualquier

participación en la muerte de San Martín. Pero, tras un segundo interrogatorio, los comisarios, "que emplean recursos que no tienen los jueces", lograron que Sassano, "de la manera más fácil y lisa", confesara. Y Filomena, según el acta policial, corroboró sus palabras.

Para García, la clave estaba en el origen de esas confesiones. No habían sido obtenidas por un juez, sino por comisarios, funcionarios sin autoridad para recibir declaraciones judiciales. Su labor era únicamente preventiva: recoger información preliminar hasta la intervención de la justicia. Sin embargo, en este caso, la policía había actuado como si tuviera poder para condenar.

> *Su Señoría: si los comisarios fueran jueces, ya hace tiempo que mi defendida habría ido al patíbulo.*

Y aún más sospechoso: aquella confesión que la acusación presentaba como prueba clave había sido negada por Filomena, no una, sino varias veces, ante el tribunal. ¿A quién debía creerse? La ley era clara: en caso de duda, la declaración tomada con todas las garantías legales debía prevalecer sobre la obtenida en una comisaría, bajo circunstancias desconocidas.

Además, ¿cómo se explicaba que Sassano se incriminara a sí mismo con tanta facilidad? Un inmigrante de treinta años, sin códigos judiciales, confiando ciegamente en un comisario al que, según el acta, pidió que no repitiera su declaración a nadie. Era absurdo.

Las pruebas reales, las que sí tenían valor, eran otras: las declaraciones de Filomena ante el tribunal, las cartas que se le atribuían, el testimonio de Sassano.

Interrogada por el juez, quien comprendía que era el encargado de una indagatoria legítima, Filomena negó la acusación con firmeza y sin contradicciones.

Confiesa haber conocido a Sassano y no niega que él fuera a su casa algunas veces, pero rechaza haber mantenido con él relaciones amorosas.

¿Su esposo sospechaba algo? No, aseguró. Y los testigos que vivían en la misma casa confirmaron que la pareja convivía en armonía.

Tratándose de personas de esta condición social, en que los disgustos de familia se hacen públicos inmediatamente entre sus amigos, que vivían en una casa de inquilinos donde lo que sucede en un cuarto se sabe en todos los demás, es raro que ninguno de los vecinos haya notado nada.

¿Y la carta? La fiscalía sostenía que era prueba de culpabilidad. Filomena, en cambio, explicó que no la había escrito: no sabía escribir. Se la había dictado a una compañera de prisión. Y su contenido, lejos de ser incriminatorio, demostraba algo evidente:

Es lo más natural, señor juez, en gente ignorante que ve en el tribunal no a un juez, sino a un enemigo; que cree que una palabra pueda comprometerla y que se limita a decir que no a todas las preguntas, aun cuando dice la verdad.

¿Era eso prueba de asesinato?

Para García, la respuesta era clara. La acusación se sostenía sobre arena. Un crimen sin pruebas. Una confesión obtenida en condiciones dudosas. Unas cartas que no demostraban nada.

Y, sin embargo, la viuda de San Martín seguía en prisión. García dejó en el aire la única pregunta que importaba:

—Señor juez, ¿con qué derecho?

Y solicitó, en la foja número 25 de su alegato, que Filomena fuese puesta en libertad de inmediato.

COMO LA LUZ DEL MEDIODÍA

El juez Torres, que mantenía su encono hacia el fiscal Peña y se había molestado con la defensa de Ricardo Pérez, no pudo menos que sentir un respeto intelectual por Juan Agustín García hijo. La calidad profesional del joven quedaba en evidencia en su defensa. Era digno vástago del doctor García, que había sido uno de sus profesores en la Facultad.

El trabajo del novato llevó a que Torres pensara en sus tres pequeños varones y en el porvenir. Eran proyecciones lejanas. Dos de ellos recién aprendían a leer y escribir, mientras que el menor aún se paseaba en brazos de su madre o de su nodriza. Torres había podido presentarse ante su padre con el título, al igual que García. ¿Llegaría él a ver los logros de los suyos?

Tras ese breve recreo otorgado a la imaginación, comentó con Lacasa los pormenores de la defensa de Filomena. El secretario se quedó con el legajo y preparó la ronda de notificaciones, que en tres días fueron resueltas.

El expediente, entonces, pasó a manos del experimentado doctor José Boneo.

El abogado de Sassano repasó por encima los escritos, centrándose en las declaraciones de su defendido y los alegatos. Las

cartas enviadas desde su celda, la confesión ante el comisario Tasso, los testimonios. La defensa del napolitano requería de su destreza como hábil litigante. Sin embargo, no hizo falta que pusiera a prueba su pericia. García, el representante de Filomena, le había allanado el camino. Entonces, escribió:

> *Después de la honrosa y bien fundada defensa hecha por el abogado de Filomena Magliola, nada tengo que agregar, salvo reproducirla en todas sus partes.*

La mujer era la principal imputada. Su inocencia arrastraba la de su defendido, pues Sassano no sería cómplice de un crimen sin responsables.

> *Si no ha habido envenenamiento, como resulta de la causa, no ha habido envenenadores y, por consiguiente, no puede prolongarse la prisión de Magliola y, mucho menos, la de Sassano.*

El letrado expuso que las condenas por un crimen "exigen una prueba tan clara como la luz del mediodía". Por lo tanto, en la segunda y última foja de su presentación, reclamaba, al igual que su par, la pronta liberación de su defendido.

En la misma línea, el alegato del doctor Alberto V. López fue breve, aunque con un matiz distinto. El abogado de Nicola Rossi señaló que, además de la notable falta de pruebas sobre el envenenamiento del que se acusaba a Filomena y Sassano, se sumaba la opinión del fiscal, quien había dictaminado que su cliente debía recuperar su libertad.

Mi defendido resulta, pues, inocente, y su pretendida criminalidad no aparece en el sumario, ni siquiera por una presunción remota.

López firmó su alegato el 15 de marzo y devolvió el expediente al juzgado al día siguiente. Una vez completada la ronda de notificaciones, el legajo se sumó a una pequeña pila de expedientes en el escritorio del juez.

Mientras tanto, cada abogado se reunió con su cliente para comunicarle las novedades. Las expectativas eran favorables para los tres, pero especialmente para Rossi, pues hasta el fiscal consideraba injusta su prisión. Por su parte, Sassano recibió las noticias con una sensación de alivio.

Filomena y Juan Agustín García se conocieron en la Correccional durante la primera semana de abril. En la pequeña sala de visitas, eran dos jóvenes veinteañeros de mundos opuestos.

Él llevaba las manos impecables; ella, las uñas gastadas por el jabón de la lavandería. Él hablaba con frases medidas; ella respondía con la urgencia de quien ha peleado por cada día. Él representaba la ley; ella, la transgresión.

Pero los dos eran prisioneros de las posturas ajenas.

Filomena cargaba con el estigma del asesinato. García, con el peso de la inexperiencia. Ambos sentían la necesidad de torcer un destino trazado por las circunstancias.

Y, por primera vez, hallaron en el otro una mirada libre de juicio.

SU DECISIÓN ESTABA TOMADA

Torres pasó largas horas examinando el expediente. Cotejó obras de juristas, repasó apuntes propios y revisó cada prueba disponible. Cuando estimó haber reunido todos los elementos, redactó su fallo.

La confesión de los acusados era relevante, sí, pero no bastaba para probar la existencia de un crimen. Así lo explicó en su sentencia:

> *El acusado no puede ser considerado testigo del crimen en el momento de su comisión. Su estado de ánimo, sin duda, no le permitiría observar con exactitud los hechos. Estas características, por su propia naturaleza, solo podrían ser apreciadas por un perito.*

Si quería condenarlos por envenenamiento, necesitaba certezas, pruebas concretas: el análisis de expertos, la identificación de la sustancia tóxica, la comprobación de su efecto en la víctima. En este caso, nada de eso existía.

San Martín había muerto catorce días después de haber ingerido el líquido sospechoso. De haber contenido arsénico, como creían los acusados, el desenlace habría sobrevenido en pocos días; a menos

que la dosis administrada no fuera suficiente para causar un verdadero envenenamiento. Solo la autopsia podría despejar esa duda. Pero cuando finalmente se autorizó la exhumación del cuerpo, ya era demasiado tarde: cualquier posibilidad de detectar la sustancia se había esfumado. La demora inicial de la Municipalidad había frustrado la única oportunidad de obtener pruebas científicas. Tampoco la investigación policial aportó evidencia concluyente. Se buscó el supuesto frasco de veneno en la habitación de Filomena. Nunca apareció.

¿Fue un intento fallido? En ese sentido, Torres postuló un principio fundamental: la tentativa debía ser real, no una simple intención. No bastaba con desear la muerte de alguien; el acto debía representar un peligro concreto. "Las simples intenciones, por perversas que sean, no son punibles", dijo.

Para ilustrarlo con mayor claridad, recurrió a un ejemplo contundente: si alguien disparaba sobre un hombre ya muerto, no cometía asesinato, por más que creyera estar matándolo. Del mismo modo, si los acusados administraron una sustancia inofensiva creyéndola letal, no hubo delito, sino apenas una intención criminal sin consecuencias reales. Por eso, se preguntó:

> *¿Sabían Sassano y Filomena si el líquido que recibieron de Rossi era realmente veneno? No existe ningún motivo para presumirlo. Creían que lo era, pero solo porque Rossi se lo entregó a Sassano asegurándole que se trataba de veneno.*

El magistrado también abordó la correspondencia que intercambiaron los acusados en prisión.

En ninguna de sus cartas Sassano deja de mencionar "el agua". Insiste a Rossi en que niegue haberla suministrado.
Filomena, en una carta que hace escribir a una presa para Sassano, también se confiesa culpable del crimen. En ella dice: "Y siempre sueño contigo, pero quién sabe cuándo llegará aquel dichoso día, porque somos criminales, y aquí las mujeres me dicen que hace falta mucho tiempo para concluir una causa como la nuestra".

Torres reflexionó sobre el papel de la justicia. No tenía dudas de que Filomena y Sassano habían albergado intenciones perversas, pero la ley penal no castigaba pensamientos ni deseos, sino actos efectivos y peligrosos. La moral podía condenar el intento. Los tribunales solo sancionaban crímenes que hubieran tenido la posibilidad real de consumarse.

Con estos argumentos, concluyó, oponiéndose a la postura del fiscal Peña, que no existían pruebas suficientes para condenar a la pareja ni por envenenamiento ni por tentativa de homicidio.

La confesión, por sí sola, carecía de valor probatorio, y la falta de evidencia científica hacía imposible sostener la acusación.

La ley no podía castigar a alguien solo por creer que cometía un crimen. Su decisión estaba tomada: para el juez, los tres debían ser liberados.

EN SUEÑOS

El expediente se engrosó con las veintinueve fojas del fallo judicial. Tan pronto como firmó la sentencia, el juez instruyó a Lacasa para que comunicara la resolución a los presos, al fiscal y a los abogados.

Juan Sassano fue el primero en recibir la noticia. Estaba más delgado, con el pelo largo y sin bigote, pero la sonrisa seguía intacta. El silletero firmó el aviso con trazo fuerte, presionando la pluma, como lo había hecho al intentar disimular su verdadera caligrafía ante los peritos.

Minutos después, Nicola Rossi conoció el dictamen. Al firmar la notificación, notó que su nombre quedaba inscrito justo debajo del de Sassano.

El secretario Lacasa, siempre eficaz, no perdió tiempo. Tomó el tranvía en la calle Santa Fe y se dirigió a la Cárcel Correccional. Allí le explicó a Filomena la nueva situación procesal: aún faltaba la decisión del tribunal superior y, con suerte, en un mes habría una respuesta. Filomena escuchó sin alterar el gesto. Había aprendido a domar las emociones. Solo se permitió una leve mueca, que no obtuvo réplica del imperturbable secretario del juzgado.

Mientras tanto, el abogado López visitó a Rossi en la Penitenciaría. El fosforero tenía una barba blanca que le llegaba al pecho, pero ni el vello ocultaba las arrugas que el encierro había acentuado. Escuchó con atención las palabras de su abogado. López le aseguró que su suerte no dependía de la de la pareja. Al contrario, su libertad debía ser la primera en decretarse.

El legajo de la causa, por su parte, iniciaba su viaje definitivo: subía a la planta alta del Cabildo porteño, donde la Cámara de Apelaciones decidiría su destino, confirmando o rechazando la sentencia.

Cada acusado enfrentaba la espera a su manera. Sassano, el más sereno, confiaba en la solidez del argumento presentado por el defensor de Filomena, reforzado por el bien fundamentado veredicto del juez. Rossi, en cambio, ardía de impaciencia: intuía su inminente libertad y la ansiedad lo carcomía.

Filomena había encontrado su propia forma de resistir. Se aferraba a lo inmediato, al mañana más cercano. Pensaba en qué tareas haría, quiénes serían los guardias de turno, qué les servirían de comer. Su único margen de incertidumbre era el clima. Y, aun así, con el tiempo había aprendido a interpretarlo. Cuando salía al patio del aljibe, contemplaba el cielo y formulaba su pronóstico: el viento, las nubes, la lluvia... cada fenómeno se volvía un lenguaje que descifraba con paciencia.

Así sobrevivía. Sin embargo, en las noches, cuando los sueños profundos la arrastraban hasta lo desconocido, espiaba a un hombre sin rostro que fumaba y leía en la planta alta del Cabildo. No poseía nombre ni voz, pero tenía poder sobre miles de sus mañanas.

A veces, el pasado la acosaba. Giovanni la visitaba en sus pesadillas. Otras veces era Sassano. Poco importaba. Giovanni había quedado atrás. Sassano, también.

El hombre sin rostro, en cambio, era el futuro.

Solo un sueño se permitía como real: la campiña de Nápoles. Para el resto, su antídoto era simple: despertarse. Y no volver a dormir.

PRISIONERO DE MAIPÚ

La curiosidad fue más fuerte.

Gerónimo Cortés trabajaba junto a una pila de expedientes. Carpetas verdes, blancas, celestes y amarillas se acumulaban en su escritorio. Eran casos criminales y correccionales que debía analizar. Como fiscal de la Cámara de Apelaciones, su tarea era evaluar cada sentencia: podía confirmarla o rectificarla, por más que la última palabra la tenían los camaristas, e incluso la Corte Suprema en ciertos casos. Era el paso previo. Y la pila de expedientes, con sus cuatro colores, jamás disminuía.

Sin embargo, aquel día, un detalle lo distrajo.

Entre la monotonía de papeles, una portada blanca que asomaba por la mitad de la pila, permitía leerse un apellido inconfundible: San Martín.

Desde el balcón del Cabildo fue testigo del solemne traslado del féretro del general San Martín a la Catedral, en mayo de 1880. También recordaba el impacto que había provocado su muerte, cuando la noticia llegó a Córdoba en 1850. Entonces tenía diecisiete años y ya había cursado la mitad de su carrera en la universidad.

Pero su vínculo con el apellido iba más lejos de las enseñanzas de historia nacional.

De niño, su padre le contó que había sido prisionero del mismísimo José de San Martín tras la batalla de Maipú. Años más tarde, mientras estudiaba en el Colegio Monserrat de Córdoba, descubrió que su padre y el Libertador, ambos llamados José, tenían prácticamente la misma edad: apenas diez días de diferencia en sus nacimientos.

Para Gerónimo Cortés, el nombre San Martín evocaba algo más que las glorias de la patria. Por eso, al verlo impreso en la portada del expediente, la curiosidad fue más fuerte.

Tomó el legajo y, al abrirlo, descubrió una acusación de asesinato.

El hallazgo fortuito aceleró la revisión del caso de los envenenadores. Cortés —quien no sabía que encarnaba la silueta sin rostro que aparecía en los sueños de Filomena— estudió con detenimiento el fallo del juez Torres, los alegatos, el dictamen del primer fiscal y las declaraciones de los procesados. Conocía muy bien los dos inquilinatos: era parte de su vecindario, pues vivía en Libertad y Charcas.

Cortés señaló como una contradicción de Torres, el hecho de que en la sentencia, "el mismo juez que promovió la absolución", los creía "efectivamente autores del delito". Y consideró que el magistrado se equivocaba en sus conclusiones, pues la imposibilidad de realizar la autopsia no debía ser un obstáculo para condenar.

> *Con ese razonamiento, sería necesario admitir que los envenenamientos cometidos en parajes de campaña o en pequeñas poblaciones donde no haya químicos ni facultativos médicos quedarían siempre impunes, lo cual es ciertamente inadmisible.*

Si bien en este caso no se pudo realizar el análisis toxicológico, existían pruebas suficientes para establecer la causa de la muerte: los síntomas, los testimonios y las confesiones.

Si un individuo en perfecta salud, como San Martín el 1 de enero de 1881, ingiere una bebida y, sin otra causa aparente, comienza a presentar síntomas de envenenamiento —vómitos, dolores, ardor insoportable, etc.—, que en pocos días lo llevan a la muerte, desfigurándolo por completo, la causa del fallecimiento es evidente.

Cortés se basó en detalles concretos: el cuerpo, en su ataúd, tenía un tono amoratado y los rasgos irreconocibles. Los testigos coincidían en que, en sus últimos días, el hombre gritaba de dolor, afirmando que sentía fuego consumiéndole las entrañas.

Para el fiscal, todo apuntaba a una intoxicación.

Otro punto que desmontó fue la hipótesis del juez Torres sobre la inmediatez del efecto del arsénico. Torres sostenía que, si San Martín había sido envenenado, debía haber muerto mucho antes. Cortés rechazó esa conclusión:

Magliola le ha suministrado el veneno en pequeñas dosis, haciéndolo parecer enfermo. Incluso llamó a un médico, aunque se negó a proporcionarle antecedentes sobre la enfermedad. Y, en lugar de curarlo, sin duda lo remató con una dosis más fuerte cuando lo consideró oportuno.

Según su conjetura, Filomena aprovechó la visita médica para administrarle una última dosis letal, disfrazándola de medicamento.

Además de las pruebas físicas, Cortés sumó las confesiones. Filomena y Sassano, tras negar inicialmente su responsabilidad, terminaron admitiendo que le habían dado a Giovanni un líquido que creían venenoso. Según explicó, los acusados negaron haber cometido el crimen, "aconsejados por uno de los tantos irresponsables que degradan el título de abogado". Aludía a su colega Baldomero García Quirno, quien, por otra parte, desde el primer día había ideado la correcta estrategia de la defensa.

Pero el fiscal no solo se apoyó en sus palabras, sino en sus actos.

Al día siguiente de la muerte, Sassano cruzó el patio de la pensión sin atreverse a mirar el cuerpo en el ataúd. Cortés opinaba que ese gesto era la prueba silenciosa de su culpa.

Días después, envió doscientos pesos a la viuda, una suma considerable. El dinero —aseguró el fiscal— no era un simple acto de caridad, sino un testimonio de la relación estrecha entre ambos.

En casos como este, el adulterio es una fuerte presunción de homicidio.

Cortés no tenía dudas sobre lo sucedido. Nicola Rossi debía ser absuelto, porque su implicación no podía probarse con certeza. Pero para Filomena Magliola y Juan Sassano, coautores del asesinato, la condena era clara: pena capital.

Sin embargo, más de dos años habían transcurrido desde la muerte de San Martín. Por razones de plazos legales, la pena de muerte ya no podía aplicarse.

Aun así, su dictamen fue tajante: prisión de por vida para los dos acusados.

EL FALLO

Los cinco integrantes de la Cámara de Apelaciones tuvieron la responsabilidad de resolver entre dos posiciones opuestas. Por un lado, la absolución por falta de pruebas dictada por el juez Torres. Por el otro, la prisión perpetua de Filomena y Sassano, impulsada por el fiscal Cortés.

Para llegar a una conclusión, analizaron minuciosamente las confesiones de los acusados en la comisaría, comparándolas con las declaraciones de Rossi, el contenido de las cartas y el careo entre los amantes del 8 de abril de 1881. También repasaron los testimonios de Malato, Mallorca y Sánchez, en busca de coincidencias y contradicciones. Finalmente, evaluaron los cambios de postura de los acusados a lo largo del proceso.

Los camaristas no dedicaron ni una línea a la discusión sobre la ausencia del cuerpo del delito ni a la fallida autopsia. Simplemente, aceptaron la argumentación del fiscal.

Así, ratificaron la condena a cadena perpetua para los amantes, tal como lo había propuesto Gerónimo Cortés.

EL TINTERO DE ALBERDI

Filomena escuchó al secretario Lacasa sin levantar la vista del suelo. Luego regresó al patio y descargó su furia golpeando con fuerza la pala de lavar contra unas sábanas sucias, frotando con ímpetu unas manchas que resistían tanto como ella se resistía a aceptar su destino.

Sassano, en cambio, se encogió sobre sí mismo y se llevó las manos al estómago. Lloró en silencio, firmó la notificación y se retiró a su celda, donde siguió llorando.

Rossi recuperó la libertad el 14 de agosto de 1883, apenas dos semanas después de la sentencia de la Cámara. No regresó a su antiguo domicilio. Se instaló en el barrio de Balvanera y retomó su viejo oficio de vendedor ambulante de fósforos.

El comisario Tasso se retiró de la policía en agosto de 1882 para dedicarse a negocios particulares. Se casó con Julia Bazo y, finalmente, estableció la granja Luis María —un homenaje a sus padres— en General Rodríguez, a sesenta kilómetros al oeste de la ciudad, donde se dedicó a la cría de ganado Durham.

El doctor Juan Benigno Borbón, quien había firmado el certificado de defunción de San Martín, partió a Europa a comienzos de 1882, justo cuando el juez Torres tomó la causa. Llevaba una misión

especial: su padre, quien lo adoptó cuando tenía seis años, lo había enviado a buscar a Juan Bautista Alberdi e intentar persuadirlo de regresar al país. Sin embargo, la salud del prócer tucumano estaba demasiado deteriorada.

Borbón no pudo cumplir con el pedido, pero lo acompañó y asistió en sus últimos días. Alberdi falleció el 19 de junio de 1884. Entonces, Borbón regresó a Buenos Aires con una reliquia en sus baúles: el tintero con el que Alberdi había escrito *Las Bases*.

En 1886, Borbón heredó una fracción de la quinta familiar: 2.400 metros cuadrados en Callao y Guido, dentro de la manzana que esas calles comparten con Ayacucho y Quintana.

El juez Adolfo Insiarte continuó su carrera en el fuero Correccional, sin abandonar su pasión por la floricultura. Organizaba remates de plantas y, en 1884, participó en la comisión de ensanche de la plaza de San Isidro. Una franja de su chacra en Punta Chica fue expropiada para permitir el paso del ferrocarril.

Tras su muerte, en 1890, su viuda, Ana Parravicini, donó su nutrida biblioteca a la Facultad de Derecho de la UBA y puso en venta la quinta familiar, que para entonces estaba descuidada. Según los avisos, el precio de venta era irrisorio. Finalmente, en 1892, la propiedad pasó a la familia Frías.

Ana Parravicini adquirió una quinta más pequeña, cercana a la estación San Isidro, y una casa en Mar del Plata. Mantuvo su pasión por la ópera y conservaba un palco en la cazuela del teatro.

Años después, su sobrino nieto, Benjamín, soñó con Anita. Fue en un período de grandes complicaciones para la familia. En su sueño, la tía abuela le pedía que rezara a Santa Rita y a la Virgen de Guadalupe. Más tarde, su madre le reveló que Anita había sido

devota de Santa Rita. Días después, un accidente dejó varado a Benjamín frente a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Palermo. Los problemas se resolvieron en menos de una semana, según contó el protagonista. Aquel episodio marcaría la confirmación de que tenía experiencias paranormales. Era Benjamín Solari Parravicini, el *Nostradamus* argentino.

PRESO 270

El juez Guillermo Torres permaneció en su cargo hasta abril de 1888, cuando asumió como diputado por la provincia de Buenos Aires. Figura clave dentro del círculo político de Julio A. Roca, su casa, ubicada en Larrea y Juncal, en el barrio de Recoleta, se convirtió en un concurrido centro de negociaciones políticas.

Su influencia fue determinante en 1892, cuando, ejecutando una estrategia de Roca, convenció a Luis Sáenz Peña de presentarse como candidato presidencial, dejando fuera de la contienda a su propio hijo, Roque Sáenz Peña.

En 1896, bajo el gobierno de José Evaristo Uriburu, Torres asumió como Procurador del Tesoro, un cargo de gran peso institucional que desempeñó durante cuatro mandatos. Su gestión se extendió hasta el viernes 21 de agosto de 1908.

Al día siguiente, en el primer aniversario de la muerte de su madre, Ann Barton, visitó el cementerio de la Recoleta para rezar ante su tumba. El domingo 23 de agosto, por la tarde, murió de manera repentina.

Los diarios informaron: "Murió de una manera inesperada", "nadie imaginó su fin inmediato", "los ataques de neurastenia fueron graves", eufemismos empleados para evitar mencionar un suicidio. El

registro del Cementerio de la Recoleta, en cambio, es determinante. Causa del fallecimiento: "Herida penetrante en el cráneo".

También murió joven el doctor Julián María Fernández, el forense que había desechado los frascos con las vísceras de San Martín. Falleció en marzo de 1897, a causa de una cirrosis hepática, en la quinta familiar de Ramos Mejía. Su viuda, Carmen Ramos Mejía Madero de Fernández Argerich, tramitó la sucesión en el juzgado civil a cargo del doctor Juan Agustín García (hijo), quien en su juventud había defendido a Filomena Magliola.

Carmen y Julián habían sido casados por el padre Eduardo O'Gorman, hermano de la trágica Camila y de Enrique, el gobernador de la Penitenciaría.

El eficiente secretario Pastor Lacasa tuvo una brillante carrera: fue juez del crimen y camarista. Presidió la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires y también dejó su huella en otros poderes del Estado, ya que se desempeñó como ministro provincial y diputado nacional.

El primer fiscal, Manuel Peña, ocupó más tarde una fiscalía de la Cámara de Apelaciones. Paralelamente, se dedicó a la investigación histórica, publicando estudios sobre su pariente, Martín Miguel de Güemes, y otras figuras de la Independencia argentina. Retirado de la función pública, fue pionero en la introducción de los primeros cultivos de algodón al Chaco.

Gerónimo Cortés, uno de los fiscales más respetados de su tiempo, tuvo un papel destacado en numerosos casos notorios, entre ellos, el atentado contra el presidente Roca. Además de su labor en la fiscalía, ejerció como profesor universitario y fue autor de valiosas obras jurídicas.

Su ascendente carrera política se vio truncada en 1891, cuando falleció a los 58 años, con un futuro aún prometedor.

El expediente que había reunido a jueces y fiscales de renombre se archivó en el estante de la letra M, aunque no por mucho tiempo. Seis meses después de que Cortés dictaminara la prisión perpetua para los amantes, el juzgado se trasladó al Cabildo, llevándose consigo los archivos.

Mientras tanto, en la Penitenciaría Nacional, el único vestigio de aquel crimen era Juan Sassano, el preso napolitano número 270. Abandonó la silletería, pues no era una actividad lucrativa, y optó por trabajar en la imprenta, donde se convirtió en encuadernador.

A mediados de la década de 1890, aceptó la sugerencia de inscribirse como alumno en la Escuela de Penados.

Fue, sin duda, la mejor decisión que tomó para su futuro.

CADA 25 DE MAYO

En septiembre de 1890, pocas semanas después de que Carlos Pellegrini asumiera la presidencia de la Nación, se resolvió que la Correccional de San Telmo albergara solo a mujeres y menores de edad.

Para Filomena y el resto de las reclusas, el cambio fue significativo: los hombres fueron trasladados a la Penitenciaría de Palermo, lo que mejoró considerablemente las condiciones de alojamiento, hasta entonces deplorables.

Además, la administración de la cárcel pasó a manos de la congregación francesa de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor. Desde entonces, la máxima autoridad no fue un director, sino una hermana superiora, y la Cárcel Correccional se transformó en el "Asilo del Buen Pastor".

Las monjas, fácilmente reconocibles por su atuendo enteramente blanco, imponían su presencia con una combinación de disciplina rigurosa y austeridad. Su reputación las precedía: eran severas, inflexibles en la observancia de las normas, convencidas de que la corrección solo podía alcanzarse a través de la obediencia y el sacrificio.

Un mes después, en octubre de 1890, Pellegrini decretó que cada 25 de Mayo sería la fecha para ejercer la clemencia presidencial. Se estableció que los presos con buena conducta y con recomendación favorable podrían recibir un indulto, como parte de los festejos.

Con esa noticia, la esperanza de Filomena renació.

Sin embargo, cada aniversario patrio traía la misma decepción: ninguna de las internas de la Correccional fue beneficiada. Solo se perdonaba a los hombres.

Con el paso de los años, la sensación de haberse convertido en parte del inventario de la cárcel se instaló en su espíritu.

Cuando las monjas asumieron la dirección, Filomena era la reclusa más antigua del penal. Su experiencia resultó valiosa, y le confiaron la tarea de recibir a las nuevas presas y ayudarlas a adaptarse a ese mundo de privaciones.

Pero así como las acogía, también las despedía.

Salvo un par de reclusas que, como ella, habían recibido sentencia de reclusión indefinida, las demás entraban y salían.

Hasta que llegó la noticia.

El 24 de mayo de 1896, tras catorce años, o más específicamente 5.087 días de encierro, Filomena Magliola fue conducida ante la superiora. Allí le comunicaron que ella, junto con veintidós hombres, integraba la lista de indultados por el presidente José Evaristo Uriburu. Al día siguiente, al mediodía, recuperó la libertad. Los ahorros de su trabajo como lavandera, sumados a un porcentaje de las ventas de los objetos decorativos que pintaba, le permitieron costear un pasaje de tercera clase rumbo a Italia.

Sassano nunca supo que Filomena había sido indultada ni que había abandonado el país.

Él también había soñado con el perdón presidencial desde que supo de la medida. Con ilusión, envió su solicitud al Ministerio del Interior.

Pero pronto se desanimó.

Las autoridades habían recibido cientos de pedidos. No le sorprendió no figurar entre los catorce elegidos.

Pellegrini terminó su mandato y fue sucedido por Luis Sáenz Peña, quien gobernó durante dos años y tres meses, hasta que, debilitado por la falta de apoyo político, presentó su renuncia.

Entonces asumió su vicepresidente, José Evaristo Uriburu, quien pasaría a la historia por haber firmado el primer indulto concedido a una mujer en fecha patria.

Sassano, una vez más, quedó al margen del perdón.

Tendría que esperar hasta el próximo 25 de Mayo, cuando, una vez más, se renovarían las esperanzas de tantos penados.

Sin embargo, un hecho impensado lo pondría en carrera antes de tiempo.

AQUEL JUEZ

En la cálida mañana del 5 de enero de 1896, la estación del ferrocarril de Retiro se pobló de personalidades. Por motivos de salud, el presidente Uriburu se tomaba dos meses de licencia en Capilla del Monte. Aquel viernes partía, acompañado de su familia, dos secretarios y su edecán —su sobrino, José Félix Uriburu—, rumbo al buen clima de las sierras cordobesas.

La comitiva de despedida estaba encabezada por el presidente provisional del Senado, Julio A. Roca. Con Sáenz Peña renunciado y Uriburu de licencia, Roca, siguiente en la línea de sucesión, asumió interinamente el Poder Ejecutivo.

Dos semanas después, desde su despacho presidencial, firmó un decreto conmutando la pena de tres sentenciados a cadena perpetua. Entre ellos, Juan Sassano. ¿El motivo? Sus sobresalientes calificaciones y conducta en la Escuela de Penados. Las tres condenas a perpetuidad fueron reducidas a quince años de presidio.

Sassano se encontraba trabajando en el taller de encuadernación cuando recibió la noticia. El director de la prisión le leyó el decreto. Sassano se arrodilló y lloró. La pesadilla llegaba a su fin. Justamente el día anterior había cumplido quince años en prisión.

—¿Entonces puedo irme hoy mismo? —preguntó con ansias.

El director negó con la cabeza. Los primeros seis meses sin condena efectiva no se computaban. Su reclusión efectiva había comenzado el 19 de junio de 1881 y debía completarse en la misma fecha de ese año.

La resignación era su única opción. Seis meses más le parecían una eternidad.

Pero el viernes 19 de junio, a las 11:15 de la mañana, el momento finalmente llegó. En su celda, le entregaron una camisa, un traje, zapatos y un chambergo. Se quitó la gorra azul con el número 270 estampado en fondo blanco, el mameluco gris azulado y los botines negros. Se vistió de calle.

A las 12 en punto, en el patio principal de la Penitenciaría, Sassano se presentó escoltado por un guardia. El director leyó el decreto y le estrechó la mano.

—Si alguna vez vuelve a este edificio, que sea como visitante.

Quien le hablaba no era Enrique O'Gorman, ya jubilado, sino su sucesor, Reynaldo Parravicini, hermano de Ana, la viuda del juez Insiarte.

Juan Sassano salió por el portón y caminó por la calle Chavango rumbo al centro. Tenía 46 años. Había pasado la tercera parte de su vida encerrado.

Con los ahorros de su trabajo en prisión, compró un pasaje y partió de regreso a Italia.

La libertad que la Justicia les había negado a Sassano y Filomena, condenados por el asesinato de Giovanni San Martín, se concretó durante el período presidencial de José Evaristo Uriburu.

Fue poco después de que Guillermo Torres —el juez que estaba convencido de que debían ser absueltos en primera instancia—

asumiera como Procurador General. Filomena apareció en la lista de indultados, sin que ella hubiera enviado una solicitud. Nadie supo quién intervino en su favor. Solo quedó el hecho: fue la primera mujer en la historia argentina en recibir el perdón presidencial.

FIN

LA HISTORIA DETRÁS DE LA NOVELA

El crimen de Año Nuevo nació mientras investigaba la historia de mi primera novela, *Los Caballeros de la Noche*. Esa es la razón por la que comparten algunos protagonistas, un par de escenarios y, sobre todo, el marco de la época. Ambas narraciones están basadas en hechos reales ocurridos en Buenos Aires, durante la década de 1880.

Sin embargo, tienen poco más en común: los delitos son distintos, los enfoques también. Cada historia, a su manera, es fascinante.

En todo caso, las andanzas de *Los Caballeros de la Noche* allanaron el camino para la investigación de *El crimen de Año Nuevo*, pues muchos de los rastros ya habían sido explorados en el primer libro.

La historia de este crimen se encuentra en uno de los tantos curiosos expedientes del Archivo General de la Nación (AGN). Un legajo en excelente estado que conserva el sumario policial, las indagatorias, diligencias, peritajes y las cartas originales que fueron transcritas en esta obra.

Otro documento relevante, también resguardado en la sede del AGN en Parque Patricios, es la causa por el robo a la sastrería Los Tres Mosqueteros, investigada por el mismo juzgado y en la misma época. Este archivo es significativo porque permite identificar las mismas caligrafías. En un mundo donde cuatro quintas partes de los expedientes parecen haber sido escritas por médicos en recetarios,

familiarizarse con la escritura de los empleados del juzgado se convierte en un recurso invaluable, pues facilita la lectura de otro legajo de características similares.

Después de todo, el primer desafío no es analizar el contenido en profundidad, sino descifrar la letra.

Pero reducir la importancia del AGN de Parque Patricios a un par de expedientes judiciales sería injusto. Esta investigación recurrió a numerosos archivos de la institución, donde el personal —preparado y eficaz— facilita el acceso a la memoria histórica.

Los periódicos de la época fueron otra fuente invaluable.

Además de la sede del AGN en San Nicolás, consulté colecciones de la Biblioteca Nacional, el Congreso, la Hemeroteca Porteña, el Banco Central, la Quinta Los Ombúes de San Isidro y la Universidad de San Andrés.

Tienen, sin embargo, un problema: son adictivas.

Uno comienza buscando un artículo específico y, de pronto, se encuentra atrapado en un universo de noticias, publicidades, entrevistas, avisos y crónicas que abren infinitas puertas hacia el pasado.

En el aspecto jurídico y policial, fueron fundamentales la Biblioteca del Ministerio de Justicia, el Museo de la Policía Federal Argentina y el Instituto Universitario Policía Federal, que resguardan libros y documentos de enorme valor.

Los archivos de los cementerios de la Recoleta y Chacarita, por su parte, ofrecen registros siempre reveladores.

Durante la escritura

Quiero compartir algunos aspectos del proceso de escritura de este libro, porque podrían ser aplicados a cualquier otra de las obras que he publicado. Y, seguramente, de las que aún restan contar.

Mientras se desarrolla la historia, con frecuencia surge la necesidad de confirmar una fecha, un nombre, una cita textual. A veces, ese regreso a las fuentes revela un detalle inadvertido que obliga a modificar lo ya escrito.

En este caso, inicialmente supuse que el brindis de Año Nuevo había ocurrido al mediodía del 1 de enero. Sin embargo, meses después, al atar cabos, comprobé que había sucedido por la noche.

No quedó más opción que revisar cada párrafo para corregir el tiempo exacto de la acción.

Algo similar ocurrió con Nicola Rossi. Sabía leer y escribir; sus testimonios en el legajo llevaban su firma manuscrita. Sin embargo, en el expediente declaraba que el conversador Oggioni se las leía.

La contradicción me inquietó hasta que comprendí la respuesta: Rossi comprendía únicamente letras mayúsculas.

Algunas curiosidades

Unas pocas anécdotas tomadas durante el proceso de investigación:

—Los ladrones de la sastrería, en un principio, fueron representados por el doctor Marcelino Aguirre. Filomena Maglioli había trabajado como mucama en el estudio de Marcelino y sus hermanos.

—El boticario Torres y su cuñado Ralph Barton fueron distribuidores oficiales de la primera soda carbonatada, la misma que más tarde llamaríamos simplemente "soda". En aquel entonces, el tubo acodado del sifón, que permitía conservar la efervescencia, era una novedad para los porteños.

Barton abandonó a su socio y se estableció en Lima, donde logró gran éxito con la venta de la soda.

Décadas después, un nieto de Ralph obtuvo en Estados Unidos la licencia para fabricar y distribuir Coca-Cola en Sudamérica.

—El muelle de Catalinas o Seeber, impulsado por Francisco Seeber, competía con el vecino muelle de Pasajeros, el principal de la ciudad. Aunque su construcción de ochocientos metros en el río se aprovechaba para cargas específicas, muchos vapores desembarcaban pasajeros en el Seeber.

Fue inaugurado el 28 de agosto de 1874, a las tres de la tarde, por el presidente Domingo Faustino Sarmiento, en una jornada lluviosa. Sus galpones, años más tarde, serían reemplazados por el Hotel Sheraton y otros edificios de Catalinas.

Seeber llegó a ser intendente de Buenos Aires en 1889, cuando Filomena y Sassano aún purgaban su pena en prisión.

Las calles de Buenos Aires

Es posible que los lectores familiarizados con la ciudad, sus calles y su sistema de numeración se hayan sentido en algún momento

desorientados. Tal vez les haya resultado difícil establecer la proximidad entre el Palacio Miró —que estuvo emplazado en la manzana de Viamonte (se llamaba Del Temple), Talcahuano, Córdoba y Libertad— y el inquilinato ubicado en Talcahuano 335. Situaciones similares pueden haber surgido con otras direcciones. Esta aparente incongruencia se debe a que he empleado la nomenclatura y numeración vigentes en 1880, las que conocieron los protagonistas de esta historia.

El pasado nos observa

Las historias que nos preceden no son simples ecos lejanos. Nos observan desde los expedientes amontonados, las páginas de los periódicos y los registros de los cementerios. Nos hablan con voces de tinta, esperando ser escuchadas.

El crimen de Año Nuevo es una de esas historias olvidadas, rescatada de los documentos que el tiempo intentó sepultar.

No es solo el relato de un asesinato ni el reflejo de una época convulsa, sino también un testimonio de cómo el pasado se reconstruye a través de sus huellas.

Como lectores, somos testigos de este viaje a otra Buenos Aires. De la lucha entre el destino y la justicia. De vidas que se entrelazaron en un entramado de pasiones, secretos y decisiones irreversibles.

Ahora, la historia de Giovanni, Filomena y Sassano ha vuelto a la superficie. Y está en sus manos.

AGRADECIMIENTOS

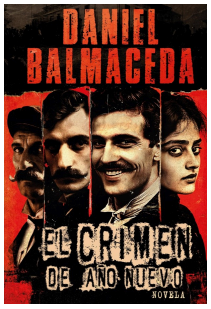
A Silvia, mi lectora preferida.

Gracias a Nacho David, Vanina Suárez, Mane Pérez del Cerro, Andrés Ciro Martínez, Pedro Alfonso, Alejandro Martínez, Mariana Marx, Leonel Contreras, Ernesto Falzone, Carlos Arzadún, María de Filpo, Adrián Saia, Conrado F. Luján de Frankerberg, Luciana Ferrer de Frankerberg, Juan Llanos, Martín Bianchi Tasso, Verónica Velásquez, Gabriel Iezzi y Susana Gesualdi por sus aportes fundamentales.

Gracias a Emilio Perina Konstantinovsky, director general del Archivo General de la Nación. A Ana Lavaque, directora general de los Cementerios de la Ciudad de Buenos Aires. A Gustavo Rossi, gerente operativo del Cementerio de la Recoleta. A María Elena Tuma, Coordinadora del Área de Patrimonio Histórico y Cultural del Cementerio de Chacarita. A Gustavo Fabián Alonso, Teresa Fuster y Mercedes Cuadra, del Departamento de Estudios Escritos del Archivo General de la Nación. A Norma Escudero, de la Biblioteca del Achivo General de la Nación. A Juan Pablo Alfaro del Museo de la Policía Federal Argentina. A Sebastián Freigeiro, de la Biblioteca de la Quinta Los Ombúes. A Fito Barragán, de la Hemeroteca de la Legislatura, a Antonio Román de la Biblioteca del Ministerio de

Justicia, a Patricia León de la Biblioteca Tornquist y a Bárbara Eschman del Archivo del Cementerio de la Recoleta.

Agradezco especialmente a los responsables de la Sala de Publicaciones Periódicas Antiguas de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM); al equipo del Archivo General de la Nación (AGN); al de Microfilm de la Biblioteca del Congreso; a la Biblioteca Crio. Antonio Ballvé del Instituto Universitario Policía Federal Argentina (IUPFA); a los colaboradores de la Hemeroteca Porteña José Hernández, dependiente de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires; y a los administrativos de los cementerios de Recoleta y Chacarita.



«EL MENSAJE ANÓNIMO ERA UN ESCUETO RESUMEN DE UNA HISTORIA SINIESTRA».

En 1880, Buenos Aires ya no era aquella Gran Aldea apacible, sacudida apenas por el traqueteo esporádico de un tranvía o un carruaje. Una cuarta parte de sus habitantes eran inmigrantes alojados en pensiones, aferrados al sueño de un futuro mejor. En el corazón de ese deslumbrante y desigual escenario urbano, comienza a gestarse una tragedia.

En un conventillo del barrio Norte, un crimen quiebra la frágil convivencia de los inquilinos y estremece a la colectividad napolitana. El cuerpo yace en el patio, y a su alrededor se multiplican las conjeturas: ¿venganza, celos, ajuste de cuentas, rencor?

Todos parecen tener algo que ocultar. Reconstruir lo sucedido será una travesía entre indicios, secretos y giros inesperados. Los personajes son piezas de un rompecabezas que el lector deberá armar, dudando de cada uno.

¿Quién es la víctima? ¿Qué misterios se ocultan tras las máscaras que impone el delito?

Rescatada con maestría por Daniel Balmaceda a partir de documentos olvidados, esta historia real y vertiginosa, narrada con suspenso y puntillosa destreza, desempolva huellas del pasado para retratar una época convulsa, inaugural y profundamente reveladora de la idiosincrasia argentina.



DANIEL BALMACEDA

Es periodista por la Universidad Católica Argentina. Trabajó como editor de las revistas *Noticias*, *El Gráfico* y *Newsweek*, entre otras. Es profesor de la Diplomatura de Historia y Cultura Argentina del CUDES, y miembro de número de la Academia Argentina de la Historia, del Instituto Histórico Municipal de San Isidro, y de la Sociedad Argentina de Historiadores. Distinguido como Personalidad destacada de la Cultura en la Ciudad de Buenos Aires.

Trabajó en diversas radios y condujo el programa de televisión "Historias ricas", que obtuvo el premio Martín Fierro. Es uno de los divulgadores de historia más importantes de la Argentina. Algunos de sus libros publicados por Sudamericana son *Historias inesperadas de la historia argentina*, *Historias de corceles y de acero*, *Romances de escritores argentinos*, *Oro y espadas*, *Historias insólitas de la historia argentina*, *Belgrano*, *Romances turbulentos de la historia argentina*, *Estrellas del pasado, La comida en la historia argentina*, *Espadas y corazones*, *Qué tenían puesto*, *El apasionante origen de las palabras*, *Grandes historias de la cocina argentina*, *Sarmiento* e

Historias de la Belle Époque argentina. Con *Los Caballeros de la Noche* incursionó en la novela policial histórica, título que se convirtió rápidamente en best seller. *El crimen de Año Nuevo* es su última novela, también basada en un caso real.

Otros títulos de Daniel Balmaceda en

penguinlibros.com



Balmaceda, Daniel
El crimen de Año Nuevo / Daniel Balmaceda. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2025.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-7252-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Ilustración y diseño de tapa: Iván Tiscornia

© 2025, Daniel Balmaceda
c/o Schavelzon Graham AgenciaLiteraria
www.schavelzongraham.com

Edición en formato digital: junio de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-07-7252-5

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

El crimen de Año Nuevo
Dedicatoria
Trece palabras
Primera parte
- Promesa incumplida
- Filomena y Giovanni
- El Asilo
- Dos mil conventillos
- Frente al Palacio Miró
- El optimista de las sillas
- Mañana mismo se mudarán
- La siesta de la pasión
- Rancho, toldo, puchero, poncho
- No siempre es el hombre quien salva la casa
- Aquel pacto quedó sellado
- Libertad y Paraguay
- Usted es un miserable
- Ninguno lo olvidaría
- Feriado a solas
- Pretzels y. Christstollens
- Entre el temor y el deseo
- Mercado Independencia
- Con un tuteo impropio
- Las copas de leche

Segunda parte
- Palermo verde
- ¿Cuánto tiempo más?
- Almas en pena

Esto no puede seguir así
Tío Nicola
Paz y sus hombres
31 de diciembre
Vino con limonada
Escarlatina
Dos pozos

Tercera parte

Pablo Tasso
Jamás la he visto
Rumores en el conventillo
Junto a un poste de luz
Solo un gran cariño
Cadena criminal
Poseedor de nuestro secreto
La Correccional
Los Tres Mosqueteros
La araña de gas
Incomunicados
Negar y negar
108 ataúdes
Una carta misteriosa
Yo no dije eso
Jugada inesperada
Te pido que me perdones
Porque somos criminales
Duelo en la noche
Uno dice que sí y el otro dice que no
El problema era geográfico
Incómodo reencuentro
La autorización
Pantalón verde a cuadros
Un muro invisible
Siete nombres
El hijo del boticario
Todo a la venta
La palabra del fiscal
La sorpresa de los alegatos

Cuarta parte
Tensa y distante
Para quedar bien con el gobierno
No juegue con nosotros
El último informe
El Año Nuevo
No hay pena sin crimen
La más remota prueba
Si los comisarios fueran jueces
Como la luz del mediodía
Su decisión estaba tomada
En sueños
Prisionero de Maipú
El fallo
El tintero de Alberdi
Preso 270
Cada 25 de Mayo
Aquel juez
La historia detrás de la novela
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Daniel Balmaceda
Créditos